

José María Pérez Bustero

Vascones

Historia novelada del pueblo vasco



Título: Vascones: Historia novelada del pueblo
vasco

Autor: José María Pérez Bustero

Portada: Esteban Montorio

Edición

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703 934

Fax 948 704 072

<http://www.txalaparta.com>

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, mayo 2002

Copyright

© Txalaparta

Fotocomposición

arte 4c

Fotomecánica

arte 4c

Impresión

Lizarra

I.S.B.N.

978-84-8136-234-3

Depósito Legal

NA-1317/02



Viene a ser la historia como un comercio y plaza pública de los siglos, en que los hombres vivos ven y notan las acciones, movimientos y designios de los que ya pasaron.

*José de Moret, cronista oficial
del Reino de Navarra en el siglo XVII.*

Capítulo 1

Fin de la época romana

A mediados de enero del año 407 llegó a Pompaelo el rumor de que una avalancha de pueblos germanos habían logrado cruzar el Rin por la zona de Maguncia. La noticia era inquietante pues cabía que avanzaran hacia el Pirineo sin detenerse en las Galias, con la intención de penetrar en las tierras de Hispania. Si nadie les cerraba el paso de Iturisa cruzarían luego por la calzada que llegaba desde Burdigala, arrasando los poblados.

Lejos quedaba la época de máximo esplendor del Imperio romano. Ya en los años del emperador Cómodo, el último de la familia de los Antoninos, había sobrevenido una crisis económica imparable. En los años de autarquía militar, tras la muerte de Severo Alejandro a manos de sus propios soldados, las fronteras del Imperio fueron traspasadas en numerosos puntos por las tribus germánicas. Aunque Diocleciano consiguió restablecer la situación, se consideraba perdida la paz de los confines. Los mauritanos presionaban por el sur, los persas por la zona oriental, los sármatas por el noreste y los germanos por el norte.

Ante aquellas circunstancias Roma abandonó extensas zonas al norte del Danubio y del Rin, estableciendo los lindes en la ribera sur de dichos ríos. Las legiones romanas se encargaron de su defensa. Sin embargo, la presión de los godos hizo insostenible la guarda de esos confines, sobre todo por la parte de Dacia y Panonia. El emperador Valente se vio obligado entonces a pactar, aceptando su asentamiento en tierras del Danubio y reconociéndoles

como aliados del Imperio. Pero también aquella decisión resultó infructuosa porque los godos penetraron hacia Macedonia y Panonia, empujados a su vez por los hunos.

Estos últimos tenían una capacidad guerrera superior a la de cualquier pueblo germano. Habían avanzado durante siglos desde las zonas interiores de Asia, creado un imperio al este del Caspio. Su impulso los llevó luego por el Volga. Seguidamente derrotaron a los godos, obligándoles a abandonar las zonas del Dnieper y Dniester. No cabía suponer que iban a detenerse en los Cárpatos. Se sabía que iban sumando hombres de otras tribus a sus tropas y que tenían el asesoramiento de personajes romanos y griegos.

Los godos, huyendo de ellos, habían entrado en suelo romano propiamente dicho. Desde el año 401 se dirigieron incluso hacia Roma, conducidos por su caudillo Alarico, que había tomado el título de rey. El mismo general Flavio Estilicón, que hasta entonces defendía las fronteras del Rin, tuvo que acudir con su ejército a la Italia annonaria, frenando a Alarico en Polenza y Verona, y permanecer en la llanura del Po para cerrar el paso a la capital del Imperio.

Con esta maniobra, Estilicón dejó sin defensa el Rin. Sólo quedaron las guarniciones de las ciudades. Al comprobar que las legiones romanas no se encontraban al otro lado del río, una serie de pueblos germanos se agruparon en la orilla, dispuestos a cruzarlo.

El freno del Pirineo

El día elegido para el paso del Rin fue el último del año 406. Vándalos, hérulos, alamanes y sajones recorrieron las Galias, buscando botín en los campos y ciudades. Según transcurrían los meses se les unían otros pueblos, entre ellos los suevos y nuevas tribus vándalas. Ciudades como Reims, Amiens y Arras fueron saqueadas y entregadas a las llamas, sin apenas oposición. Tampoco la guarnición de sármatas de Poitiers fue capaz de hacerles frente.

Al no poder dirigirse hacia la península itálica, invadida ya por los godos y mejor defendida por las legiones de Estilicón, aquel conjunto de pueblos fue acercándose a la Novempopulania, tierra de los vascones, al sur del Garona.

En Pompaelo creció la inquietud. Las autoridades enviaron un mensajero al emperador Honorio para exponerle que las escasas milicias de Tartesium, Aquae Tarbellicae, Elusa, Ausci, Turba, Lugdunum Convenarum, Beneharnum, Lactoratium o Iluro no iban a frenar aquellas masas de gentes. Tampoco podría hacerlo la guarnición romana del fortín denominado Lapurdum, situado en la confluencia del Aturri y del Errobi, sede del tribuno romano. En poco tiempo llegarían los germanos a los pasos del Pirineo.

Los germánicos no eran ejércitos sino pueblos. Los hombres aptos para el manejo de las armas abrían la marcha pero con ellos venían mujeres, niños y ancianos, además del ganado y el botín que iban robando por donde pasaban. No podían, por consiguiente, avanzar por senderos secundarios, ni subir por cualquier valle o vadear los ríos sin tener en cuenta épocas y zonas. Para llegar a las tierras ibéricas deberían tomar la calzada romana que venía desde Burdigala. Una vez en Aquae Tarbellicae tenían dos posibilidades: proseguir hasta Beneharnum y por Iluro dirigirse hasta Jaca, camino de Caesar Augusta; o continuar hacia Asturica, por el paso de Iturisa, para alcanzar Pompaelo y seguir por la barranca de Aracoeli. Era improbable que avanzaran por la costa. No encontrarían allí ninguna vía importante y sí la dificultad de atravesar el Bidasoa por su desembocadura.

Su probable llegada al Pirineo por Iturisa estaba en la mente de los nobles de la ciudad. Algunos habían reclutado milicias entre sus mismos siervos y allegados. Dídimio y Viridiano, parientes del emperador, que destacaban por sus posesiones, se habían puesto al frente de ellas, decididos a cerrar el paso del Pirineo por la zona más alta de la calzada, que era un lugar estratégico. Acampados en la cima, vigilaban los valles de la vertiente norte.

Vascones romanizados

Una de las familias de gran arraigo en Pompaelo era la del comerciante Enneges. Aunque vascón, mantenía buena relación con los romanos de la ciudad. Su oficio lo convertía en gran concededor del territorio. Con frecuencia visitaba Tritium, Vareia, Calagurris, Graccurris, Cascantum y Turiasone en el valle del Ebro. Le eran asimismo familiares las rutas que se internaban en los valles del Pirineo. Contaba con amigos en la ciudad vascona de Jaca y traía mineral de la zona de Oearso. En más de una ocasión había llegado hasta Burdigala. Rondaba los sesenta años pero se ocupaba directamente de su hacienda, si bien tenía encomendadas las fincas a su hijo mayor, Elando, y al cónyuge de su hija Uxana.

Aquellas noticias sobre los pueblos germánicos le inquietaban por la vida de sus familiares. Tenía previsto, sin embargo, sacarlos de Pompaelo y llevarlos a la zona de Longida. Le preocupaban también las pérdidas que inevitablemente se producirían. Si aquellas gentes llegaban en tiempo de cosecha, se podía dar ésta por perdida. Había recomendado a su hijo, que vivía en Andelos, que no tuviera almacenado cereal, vino, ni aceite.

Lo mismo iba a aconsejar al varón de Uxana, un hacendado romano que poseía campos, viñas y gran número de siervos por tie-

rras de Liédena. Como era soberbio y se fiaba de su posición, tendría la petulancia de enfrentarse a los primeros germanos que llegaran. Pero si repartía armas entre los criados y amigos, solamente conseguiría llenar de sangre las dependencias. Era preferible refugiarse en alguna aldea del valle de Salazar hasta que desaparecieran aquellas hordas.

A Enneges le intranquilizaba de forma especial su hijo menor, Biurno, que formaba parte del Ejército romano. Vio con buenos ojos su decisión de entrar en las milicias romanas pues convenía contar con un miembro de la familia en el estamento militar. Los vascones se enrolaban a menudo en el ejército imperial. Biurno, por desgracia, se mostraba excesivamente compenetrado con el espíritu romano. Ahora estaba muy afectado por aquella invasión de los germánicos. Había subido, incluso, hasta Súmmum Pyrineum y, a su regreso, hablaba con enojo de la indisciplina de los soldados allí establecidos. Los había visto merodear en busca de reses que hurtar a los pastores de la zona sin que se produjeran sanciones. Desde el principio había desconfiado de aquel reclutamiento apresurado. Repetía que no bastaba colocar a un hombre el yelmo en la cabeza, una loriga en el pecho y una espada o una lanza en la mano. Se requería también ánimo de soldado.

Enneges sentía también preocupación por Sossinaden, el hermano que vivía en su casa. Era de carácter difícil, aunque tampoco podía esperarse otra cosa de alguien con sus características. Poseía un gran ingenio, cultivado durante toda su vida. Sin embargo, era contrahecho. Apenas nacido fue patente su deformidad. En un primer momento su padre decidió dejarlo morir, pero una de las hermanas de su madre se comprometió a criarlo y lo llevó consigo a una aldea del Deierri, detrás de Etxauri, evitando así a la familia la vergüenza de aquella criatura. Enneges fue a visitarlo al cabo del tiempo y quedó impresionado por su figura: cuerpo escuálido, espalda torcida y una pierna menos desarrollada que la otra.

Intuía, sin embargo, demasiada viveza y resentimiento en sus ojos como para tenerlo tirado entre los perros de la casa. Lo llevó a Pompaelo y buscó un maestro que le enseñara latín y griego. Al cabo de los años se había convertido en uno de los enseñantes más solicitado para los hijos de la aristocracia de la ciudad. El saber no había equilibrado su carácter. Podía ser sentimental, pero habitualmente era punzante en su forma de juzgar a personas y sucesos. Igualmente receloso era con la sociedad romana. Aunque reconocía que debía a ella su formación y hasta la supervivencia, expresaba reiteradamente un gran desprecio por el Imperio. Precisamente ahora, cuando todos se inquietaban por las invasiones germánicas, repetía a unos y a otros que no valía la pena llevar armas

y vituallas hasta el Pirineo. Era preferible que vinieran pueblos nuevos a acelerar la agonía de Roma, para abrir paso de ese modo a nuevas formas de moral y organización.

La invasión

No había concluido el año 406, cuando aparecieron los primeros convoyes germánicos por el Pirineo. Al comprobar que la calzada se encontraba vigilada por soldados, se detuvieron. Durante varios días intentaron algunos de ellos acercarse a la cima para averiguar qué fuerzas se hallaban apostadas. Al final se alejaron. El hecho se celebró entre las milicias y en la misma Pompaelo. Muchos creyeron que se había aventado el peligro y que aquellas multitudes no estaban preparadas para un enfrentamiento en los desfileros.

Sossinaden repetía a unos y otros que volverían a verlos pronto. Y como advirtiera que su sobrino Biurno estaba empeñado en la vigilancia y defensa, trataba de disuadirlo. Sentía Sossinaden un especial afecto por su sobrino, a pesar de sus diferentes puntos de vista. En su opinión, Biurno era el único de la familia que veía más allá de su hacienda.

Durante el verano del año siguiente llegó por fin la respuesta del emperador Honorio a la demanda de ayuda, traída por un tal Sabiniano, patricio de Roma. Para Biurno aquella misiva era significativa del interés de Roma. A Sossinaden, por el contrario, le confirmaba sus sospechas.

–Se aproxima el fin del Imperio, Biurno. Ante la probable invasión de las provincias de Hispania, el emperador recomienda simplemente que nos defendamos por nuestra cuenta. Permite el aumento en las pagas, concede honores que no aportan más que inútiles ceremonias, y da permiso de alojamiento a los soldados en las casas del vecindario. Pero ningún refuerzo.

Y al cruzarse con él le insistía en que dejara el ejército:

–Me duele verte con ese atuendo romano.

Otros acontecimientos agravaron la situación. En Bretaña se levantó un tal Constantino dispuesto a disputar el trono al emperador Honorio. Condujo después sus tropas a Galia, formadas por mercenarios francos y alamanes en su mayoría, y estableció su cuartel en Arles. Desde allí envió a su hijo Constante hasta el Pirineo. Se creyó que vendría en apoyo de las tropas, pero una vez en la cima, se hizo dueño de la situación y condujo presos a Dídimo y Viridiano hasta Arles. Las milicias del Pirineo quedaron bajo el mando de hombres de su confianza. Las gentes germánicas, mientras tanto,

vagaban por las Galias, evitando los encuentros con las tropas de Constantino y asolaban repetidamente campos y ciudades.

Estilicón murió en el 408 y el godo Alarico llegó hasta los muros de Roma, obligando a la ciudad a pagar un gran tributo. Algo similar hizo con Ravena, donde había fijado su capital el emperador Honorio.

En septiembre del año 409 llegó la noticia de que la avalancha de pueblos germánicos se acercaba de nuevo por la calzada de Burdigala hacia el Pirineo. Biurno, ignorando los consejos de su padre y de Sossinaden, se dirigió con un par de amigos de la guarnición de Pamplona hasta la cumbre donde se hallaban las milicias. Al llegar, comprobaron que nadie se preparaba para el enfrentamiento. Habían abandonado la vigilancia y no se oían voces de mando. Biurno intentó dar órdenes pero los soldados se volvieron con gesto amenazante, conminándolo a alejarse. Retrocedió unos pasos y acabó trepando con sus dos compañeros hasta un peñasco, desde el que se divisaba el fondo del valle.

Pronto observaron una interminable comitiva de caballos, gente a pie y carromatos. Según se acercaban, una parte de las milicias comenzó a desertar, escondiéndose primero entre los árboles y escapando luego por la calzada, sin miramiento alguno. Los demás se mantuvieron en actitud de espera. Su propósito era simplemente llegar a un acuerdo con los que subían, ya que daban por perdida toda posibilidad de defensa.

Los primeros germánicos que alcanzaron la cima se detuvieron a corta distancia. Después se adelantaron los jefes, levantando los brazos para tranquilizar a las milicias. Debieron llegar pronto a un compromiso pues se renovó el vocerío y echaron a andar juntos calzada abajo hacia Pompaelo.

Biurno permaneció un momento inmóvil, no queriendo aceptar que las milicias se hubieran sumado a la invasión. Luego él y sus amigos se dirigieron a la ciudad por sendas de pastores. Los germanos marchaban tranquilos pues arrastraban el peso del camino, y pudieron sobrepasarlos.

No se detuvieron en toda la noche. Al pasar por las aldeas advertían del peligro y la gente escapaba de las casas con lo que tenían a mano, dirigiéndose hacia las partes montañosas. Llegados a Pompaelo recorrieron las calles alertando a gritos a la población. Biurno se dirigió a la casa de su padre y la halló vacía. El viejo había salido de Pompaelo con parientes y siervos antes de que el pá-nico lo impidiera, llevándose dinero y joyas.

Las calles estaban vacías. Sólo algunos procuraban salvar enseres cargándolos en animales y carretas. Estaba Biurno a punto de

abandonar la ciudad por la zona occidental, cuando distinguió una figura sentada junto a la muralla, sin intención, aparentemente, de seguir a los demás. Al acercarse, se dio cuenta de que era su tío Sossinaden. Desde el caballo le gritó si estaba loco para no escapar, y aquél le preguntó:

—¿Hasta dónde puede escapar un tullido en una situación como ésta?

Nueva época vascona

Dudaba Biurno a dónde dirigirse y Sossinaden le hizo tomar la dirección de Etxauri, para continuar desde allí hasta el Deierrri, que no estaba atravesado por las vías que tomarían los germanos.

Iba Sossinaden a la grupa de su sobrino, agarrándose a él para no caer, ya que no tenía costumbre de montar. Al principio permaneció callado. La cuenca se había llenado en los últimos tiempos de villas pertenecientes a señores romanos. Las dependencias de los siervos y los establos se levantaban junto a la mansión principal. A la entrada podía verse el nombre del dueño escrito en un mosaico. Sossinaden miraba a los propietarios y siervos que se alejaban. Una vez cruzado el Arga, dijo a su sobrino con su tono irónico habitual:

—Tú, Biurno, supones que las tribus vasconas pertenecen al Imperio romano y que quedan atadas a su destino, ¿verdad?

Biurno se mantuvo en silencio, sabiendo que Sossinaden retomaría la palabra por la tensión que le producían aquellos sucesos. Continuó:

—No es así. Debo recordarte que antes de entrar en el Ejército romano, los vascones sirvieron como soldados en los ejércitos de Aníbal, cuando éste invadió Itálica, hace ya más de 600 años, como nos consta gracias a los escritores romanos. El poeta Silio Itálico decía que el vasco estaba habituado a las armas, que desdeñaba protegerse la cabeza con el yelmo y que destacaba por su agilidad.

Esperó un momento y, como Biurno no hiciera comentarios, añadió:

—Sólo más tarde, cuando los cartagineses fueron vencidos en Italia, llegaron los romanos hacia el Pirineo para así cortar el avance a los de Cartago en el caso de futuras guerras. Ésa fue la circunstancia de que las tierras vasconas pasaran a manos de los romanos. No de golpe, sino a lo largo de varias generaciones.

El caballo seguía la senda que llegaba hasta el alto. Sossinaden golpeó a su sobrino en el costado para llamar su atención:

—A pesar de que no te han interesado nunca estos temas, ahora es imprescindible que los conozcas. Debes comprender la diferencia entre el Imperio y nosotros.

Biurno le indicó que estuviera atento a las ramas bajas de las encinas para no golpearse con ellas. Sossinaden le hizo caso pero prosiguió hablando:

—Las comarcas de los jacetanos y suessetanos fueron las primeras ocupadas por los romanos. En esta primera embestida, echaron también a los celtas e íberos de las tierras del Ebro, donde repoblaron Graccurris, la ciudad de Gracco.

Biurno le interrumpió:

—Tengo oído que estos hechos fueron providenciales. Los vascones pactaron con los romanos y les ayudaron a recuperar aquellas tierras.

Sossinaden le dio la razón pero continuó con el mismo tono:

—Casi un siglo más tarde ocuparon el alto curso del Garona, donde ahora están Lugdunum Convenarum y Conserans.

—No negarás que en los parajes en que había solamente pastores, ahora hay termas y ciudades.

El sotobosque cerraba a veces la senda y Sossinaden se vio forzado a interrumpirse. Apenas se aclaró el camino, añadió:

—Un tiempo después, las rivalidades entre los pretendientes al trono de Roma les hicieron tomar posiciones y ocupar la parte central de los vascones, entre el Pirineo y el Ebro, con su ciudad más importante, Iruñea. Pompeyo estableció en ella un campamento y la denominaron desde entonces Pompaelo.

Bajó la voz y continuó:

—Y no mucho después conquistaron los pueblos aquitanos, que ocupaban las tierras que van desde los Pirineos hasta el Garona y desde la costa hasta Tolosa. Luego se adentraron en los montes y cuencas que llegan hasta los cántabros, buscando minas, madera, ganado y mercenarios.

Biurno le cortó con aspereza:

—¿Qué pretendes al recordar todo esto? ¿Pasar el rato mientras huímos? Cállate y agárrate bien no sea que te caigas hacia atrás.

Sossinaden arrimó su cara al cuerpo de Biurno, apretándose a su cintura con los brazos:

—Ahora que está a punto de desaparecer el Imperio de Roma, los que vivimos entre el Garona y el Ebro, éstos que los escritores latinos y griegos llamaban vascones, aquitanos, várdulos, caristios

y autrigones, y que nos parecemos por nuestra lengua y costumbres, debemos evitar que nos dominen otros pueblos. Hemos aprendido del Imperio nuevas formas de agricultura, tratamiento de los minerales, construcción de puentes y calzadas y, sobre todo, el arte militar y tenemos más gente y recursos que muchos de esos pueblos germánicos.

El Deierrí

Estaba ya oscuro cuando llegaron al alto y se detuvieron a pasar la noche. Aprovechando el silencio reinante, Sossinaden continuó insistiendo en sus planteamientos hasta que Biurno lo recriminó por no dejarle conciliar el sueño. Al amanecer, Sossinaden señaló con el brazo las sierras de Andía y Urbasa y, a lo lejos, las de Codés y Cantabria y comentó:

—De aquí procede nuestra familia. Aunque tus abuelos vivían en Iruñea, habían nacido en el Deierrí. Tu padre no te ha traído por esta zona porque se avergüenza de que estos parientes tengan costumbres que hace cientos de años.

Sentía Biurno el aliento de su tío y le herían sus palabras. Queriendo cambiar de tema y molestarlo a su vez, le comentó:

—Me han dicho que tienes un hijo en el Deierrí.

Tenían a la derecha las gargantas del río Genbe, y Sossinaden tardó un momento en responderle. Ahora su tono era más grave.

—Así es. Tendrá unos veinte años. No vive conmigo pero no siente bochorno de tener un padre tullido. Yo tampoco me sonrojo de que apenas sepa unas palabras en latín. Su madre se volvió de Iruñea con él cuando aún era niño y yo me quedé en casa de tu padre.

Pareció reírse y añadió que, como Biurno supondría, no había conseguido enamorar a mujer alguna. Una muchacha vascona trabajaba en casa de Enneges y un día había logrado, por una mezcla de compasión y miedo y algo de dinero, o tal vez porque era ya de noche y no podía verlo, lo dejara dormir con ella. Y como aquella situación se repitiera varias veces, terminó quedándose embarazada.

—Le ofrecí considerarla mi mujer, aunque logré tan sólo que permaneciera un tiempo en Pompaelo. Pronto me rogó que la dejara volver con su familia. Y así lo hice. Luego tuvo en el Deierrí cuatro hijos más con otro hombre. Al mío le llaman Andoso porque, paradojas de la vida, ha sido fuerte desde que nació.

Sossinaden iba a visitarlo de cuando en cuando y se sentía respetado por él, pues su madre, como tienen por costumbre los vas-

cones lo había educado en el aprecio a sus antepasados. A veces le había expresado su deseo de ir a Iruñea, sin embargo hasta entonces lo había hecho desistir, pues las personas se hallan más protegidas dentro de una aldea que en una ciudad.

La zona de la Llanada

Hacia mediodía llegaron a Lezaun, un poblado en la vertiente de la sierra de Andia. Le daban aquel nombre porque tenía cuevas utilizadas en otros tiempos como viviendas. Allí vivía el hijo de Sossinaden. A la mañana siguiente manifestó Biurno el propósito de llegar hasta la vertiente norte de la sierra. Quería observar si las caravanas germánicas desaparecían por la calzada Asturica hacia el Ebro o si alguna tribu decidía quedarse por la llanada del Zadorra, que era tierra muy fértil. Preguntó por algún hombre joven que conociera el terreno y que fuera resistente y de confianza.

Andoso, a indicación de su padre, se ofreció para ir con él. Era alto y fibroso y tenía una mirada despierta. El camino aprovechaba el desnivel que separaba las sierras de Andia y Urbasa. Le llamaban Zalbide porque podía hacerse a caballo. Andoso iba adelante, atento a lo que Biurno le decía. Sentía curiosidad por aquel pariente. Llegados al alto, que por ser zona de muchos fresnos tenía el nombre de Lizarraga, divisaron la interminable caravana de los germánicos. Los grupos más numerosos eran los alanos, suevos y vándalos. Sin embargo, había varios más. Cada pueblo iba a su vez dividido en clanes y los componentes de cada clan marchaban juntos. Se dispersaban a veces buscando reses y entrando en las aldeas, pero volvían de nuevo al grupo, sin mezclarse entre ellos.

Durante varios días continuaron Biurno y Andoso por la sierra de Andia y Urbasa, por los montes de Entzia e Iturrieta e incluso más adelante. Se tropezaban con gentes que habían escapado y que contaban lo sucedido en las tierras bajas. Tanto Alba, como Tullonium, Suestasium, Beleia y otras poblaciones habían quedado arrasadas. Aquella zona y la que se prolongaba hasta el Ebro, según Biurno, podían sufrir mucho en el futuro. Constituían la ruta natural que llevaba desde Gallaecia y Lusitania al interior del territorio vascón y era rica en cereal y ganado.

Las caravanas fueron alejándose en dirección al Ebro, hacia Deobriga y Antecobia. Su intención era llegar hasta las grandes tierras abiertas donde terminarían por establecerse. Al entender que no quedaban grupos desgajados en la llanada, Biurno se dispuso a regresar con rapidez a Iruñea pues habría que organizar de nuevo la ciudad. Andoso le pidió entonces que lo llevara consigo. Sossinaden agarró a su hijo del brazo y, apartándose un momento de Biurno, le dijo:

–Es posible que quieras marcharte del Deierri porque tu padre te trata con dureza o porque admiras a Biurno. Aunque te he disuadido en otras ocasiones de abandonar el valle, me alegro ahora de esa decisión porque en compañía de Biurno puedes aprender muchas cosas. Y es que, Andoso, además de cuidar los rebaños por el monte, va a ser preciso defender las llanuras y los pasos.

Andoso miraba atentamente a su padre. Sossinaden añadió con voz firme:

–En cualquier caso, una vez en Iruñea, te darás cuenta de que los romanos y buena parte de los vascones que conviven con ellos tienen una forma diferente de pensar.

Se llevó la mano al mentón y prosiguió:

–Para ellos las personas no nacen iguales, ni tienen los mismos derechos. Tú oye, observa y aprende, pero no olvides nunca quién eres.

Capítulo 2

Los godos por el Garona

Los que habían escapado de los germánicos reaparecieron en Pompaelo con noticias de las ciudades y villas saqueadas. Enneges y Biurno, junto con otros comerciantes y miembros de la guarnición, trataron de restablecer una autoridad que velara por el orden e impidiera los hurtos, castigando los desmanes con dureza.

Estaban en tiempo de labrar y preparar la siembra y era urgente el trabajo en los campos. La reconstrucción de casas y poblaciones iba a exigir tiempo. Había ciudades como Calagurris, Jaca o la misma Pompaelo que podrían ser restauradas con rapidez. La recuperación de otras, como Andelos, Cara y las ciudades de la llanada del Zadorra, sin embargo, iba a ser más difícil. Muchos siervos no habían regresado y aparecieron bandas que desvalijaban villas y campos. También era necesario atender el comercio y el mercado. Era de esperar que el emperador intentara controlar de nuevo la zona de Galia, Aquitania y Novempopulania, pues no era posible un comercio de cierto alcance sin contar con las ciudades del norte.

El pacto de los godos con Roma

Sossinaden repetía, por su parte, que no bastaban aquellas obras de restauración. A decir de las gentes que llegaban desde la otra parte del Pirineo, el norte estaba lleno de pueblos que se desplazaban incesantemente.

—Todos esos pueblos y grupos tienen jefes y armas, van unidos y atacan de forma conjunta. Los vascones, por el contrario, somos tantas naciones como valles y como ciudades. Apenas lleguen unos miles de bárbaros volveremos a escapar a toda prisa buscando cada uno el monte más alto a su alcance.

No lograba convencer a nadie. Enneges se reía de él y Biurno confiaba en la organización de Roma. No podían imaginar un sistema diferente. En el año 414, por otra parte, sucedió un hecho de gran importancia. El nuevo rey de los godos, Ataulfo, hizo las paces con el emperador Honorio y recibió la misión de defender el Imperio en las Galias. Los godos empezaron, con ello, a ocupar ciudades y campos, sobre todo a lo largo del Garona hasta Burdigala.

Enneges y otros muchos opinaron que aquel pacto posibilitaba un nuevo ordenamiento y estabilidad. Sossinaden, por el contrario, se revolvía entre sus bastones, insultando a todos, incluso a Biurno.

—Se ha cumplido lo anunciado tantas veces. Esos bárbaros tienen ocupada la zona del Garona, donde se hallan muchas ciudades vasconas.

Se mostraba tan enojado que Biurno desistía de visitarlo con tal de no escuchar sus palabras. Enneges decía a su hijo que no se preocupara por aquel desdichado, que en vez de maldecir a los godos había que entrar en contacto con ellos.

—No hay jefe, por muy aficionado que sea a la guerra, que no acepte comprar a buen precio caballos o grano.

Enneges maduró la idea de acercarse hasta el Garona. Dudaba entre hacerlo solo o bien con un séquito de ciudadanos de Pompaelo. Su avaricia le impulsaba a no compartir con otros su iniciativa. Biurno se ofreció a acompañarlo con una decuria de soldados. Pero Enneges no aceptó su propuesta. Significaría una provocación. Los godos no eran los bárbaros de otros tiempos sino que estaban formando un reino. Tal vez podía ser útil llevar a alguien como Andoso, templado y totalmente fiel.

Andoso había cambiado mucho en los años que llevaba en Pamplona. A su llegada no entendía siquiera el concepto de meses o de semanas. Para él no existía más que ayer, hoy y mañana. Ésa era la única medida del tiempo entre los vascones. Tampoco entendía el día de descanso como algo prefijado, sino de acuerdo al ritmo del campo, del ganado o de la caza. Las únicas estaciones eran la siembra, la cosecha, la época del frío y la nieve que dejaban todo apagado, y la del calor que secaba fuentes y hierbas. Con los romanos, sin embargo, había aprendido latín y el manejo de nuevas armas.

Aceptó enseguida la oferta de Enneges. Antes de salir hacia el norte, tanto su padre como Biurno hablaron con él. Era probable

que no llegaran hasta el Garona o que no pudieran regresar. En todo caso, debía notificar si los godos construían defensas y fortificaciones donde se establecían, si guardaban disciplina en las acciones guerreras y si organizaban guarniciones y milicias en las ciudades o preferían campar a su albedrío. Sobre todo debía averiguar si planeaban avanzar hacia el Pirineo. Aquellas noticias eran más valiosas que arreglar negocios de caballos.

Salieron de Iruñea y Enneges se dejó guiar por Andoso, ya que demostraba mayor capacidad de adaptación al terreno. Una vez pasadas las cimas y llegando a la parte inferior septentrional, Andoso se mostró deslumbrado por la llanura que se mostraba frente a sí. Enneges le dijo con cierto énfasis:

—Ésta es la zona de ribera de los vascones en la vertiente norte, así como tienen la del Ebro en la vertiente sur. Tu padre suele comentar que Ausci, Aquae Tarbellicae, Beneharnum, Turba, Elusa, Burdigala y Basatica eran las capitales de otras tantas tribus. Te darás cuenta de que su lengua y sus costumbres son parecidas a las nuestras. Sólo más allá están los celtas, a quienes los romanos llaman «galos» y que ocupan las tierras entre el Garona y el Loira.

No encontraron godos hasta cruzar el Aturri, aunque se hablaba de ellos por todas partes. Avanzando hacia el Norte advirtieron que la situación era más peligrosa de lo que Enneges había imaginado. No había una sola autoridad en la zona. Se mantenía un prefecto en Burdeos que se hallaba obligado a ser condescendiente con los godos.

Merodeaban también grupos de alanos, suevos y vándalos que habían quedado desgajados. Asaltaban y hasta dominaban temporalmente villas y poblaciones, haciendo a veces tratos con los godos y hostigándolos después.

Llevaban varias semanas sin encontrar con quién negociar, por lo que Enneges decidió acercarse hacia Burdigala. Como oyeron que también Basatica se encontraba en aquellos días regida por magistrados romanos, decidieron probar suerte. Enneges juzgó oportuno darse un aire más señorial y se vistió con una túnica que guardaba en el bagaje.

Al aproximarse observaron, sin embargo, que se agitaban diferentes grupos de tropas sitiando la villa. Los guerreros godos se retiraban al ver la confusión entre bandos. Algunos de ellos se percataron de la presencia de Andoso y Enneges. Seguramente les llamaba la atención el elegante vestido de éste. Señalándolo con el brazo, echaron al galope hacia ellos.

Enneges y Andoso picaron a sus cabalgaduras, alejándose. Enneges lo hacía por el sendero, sin fiarse de lanzar a su caballo por el campo, agarrándose a la montura para no caerse. Andoso galopó

paba por terrenos más cubiertos y le gritaba una y otra vez que saliera del camino y que se agachara. Él mismo tenía el cuerpo apretado sobre el caballo, buscando con la mirada zonas más escarpadas en las que desmontar y perderse entre el matorral.

Al volver un instante la cabeza mientras galopaba, pudo advertir que Enneges era golpeado por una lanza y se torcía hacia atrás, levantando los brazos y cayendo del caballo. Se puso a salvo y al anochecer dejó el caballo entre los árboles y volvió sigilosamente al lugar. El cadáver de Enneges estaba desnudo al borde del camino y un par de perros habían empezado a devorarlo. Se lo echó al hombro y, aprovechando un desnivel, lo cubrió con piedras para ocultarlo de las alimañas.

Zonas assoladas

Hubiera tomado Andoso la dirección del Pirineo pero no podía presentarse a Biurno y a su padre para notificarles simplemente que había huido dejando a Enneges muerto. Se obligó, por ello, a recorrer durante algún tiempo las zonas ocupadas por los godos, observando lo que le habían indicado, a pesar de sentirse inseguro y cansado.

Si bien los godos deambulaban por las zonas vasconas al sur del Garona y por las aquitanas entre este río y el Loira, tendían a concentrarse en la parte de Tolosa, con el fin de convertirla en su capital. Andoso los siguió y pasó por Elusa y Ausci, que estaban en gran parte destruidas. Los incendios devoraban rápidamente las casas de madera y las mansiones romanas eran sometidas al pillaje.

La gente huía de las poblaciones, sobre todo las mujeres pues los guerreros abusaban de ellas. Muchos optaban por no regresar y continuaban en dirección al Pirineo. Algunos llevaban ovejas y hasta caballerías. Otros iban a pie, portando vasijas de hierro, un poco de comida y un cuchillo sujeto a la cintura. Razón tenía Sossinaden al decir que los vascones eran un pueblo tranquilo, desarmado y sin jefes. Los godos, no roturaban, ni sembraban, ni cuidaban ganado y resultaban odiosos, pero se movían juntos y armados.

El regreso por Jaca

Durante varios meses se vio Andoso empujado unas veces hacia Tolosa y otras hacia el Pirineo. Al cabo de un tiempo se encontró en la ciudad de Lugdunum Convenarum. Aunque situada dentro del Pirineo, había sido una ciudad muy querida por los romanos. Su espléndido anfiteatro se hallaba en estado ruinoso y la hierba crecía entre las gradas. Los godos habían saqueado repetidamente las casas principales, destruyendo incluso las paredes en

busca de posibles tesoros escondidos por sus dueños antes de la huida.

Al caer la tarde se alejó de la población con su yegua para dormir al resguardo de alguna roca. Al acercarse a una casa abandonada, oyó voces y avanzó con precaución. De pronto salió una mujer corriendo, seguida por un godo armado. Ella tenía una estaca en la mano y a veces se detenía haciéndole frente. Luego echaba a correr de nuevo, cogía del camino alguna piedra y se la arrojaba. Él era un hombre joven. Se veía su caballo atado a un árbol cercano. La mujer rondaba los veinte años y era de constitución fuerte. Debíó reparar en Andoso pues cambió de dirección hacia donde él se ocultaba. Andoso tomó una rama desgajada. Cuando pasó la mujer, se interpuso y golpeó con todas sus fuerzas al godo que la perseguía de cerca. Al caer éste al suelo conmocionado por el golpe, Andoso sacó el cuchillo y se lo clavó varias veces en el cuello.

Luego llamó a la mujer, hablándole en euskara, y entre los dos quitaron al muerto las armas y la ropa. Tomaron también el caballo. La mujer había huido de Aquae Onessorum, ciudad muy conocida por sus termas y que habían saqueado los godos. Los vascones la llamaban Ilixo o Iritxo porque antes había sido un poblado pequeño. La mujer trabajaba como criada de una familia noble. Al entender que era de Bigorre, Andoso le explicó que intentaba llegar al paso que bajaba luego a Jaca para seguir después hasta Iruñea. Ella debía tomar otra dirección. La mujer, sin embargo, estaba muy asustada y continuó detrás de él.

De esa forma pasaron varios días. Andoso la miraba y ella se mostraba tranquila. Después de aquel largo período escondiéndose, lleno de imágenes terribles, el cuerpo de la mujer lo embargaba durante el día y lo encendía al caer la noche. Se llamaba Elaia, nombre que le había puesto un hombre que procedía de la costa, porque ya de pequeña era morena y, según contaban, esbelta como una golondrina negra.

Se decía Andoso a sí mismo que si Elaia tomaba otra dirección, le propondría que accediera a sus impulsos, porque le iba ya dobliendo su figura, como si no existiera sino ella. Pero si continuaba con él, la llevaría hasta el Deierrí y la presentaría a sus familiares. No desmerecería de las demás mujeres cuando hubiera que buscar leña, recoger el ganado o criar hijos. Sentía tanta atracción, que le hubiera seguido hasta el Bigorre si se lo hubiera requerido.

Alcanzaron los altos, dejando a la derecha las fuentes del río Oloron, y bajaron hasta Jaca, la ciudad vascona a la que los antiguos llamaban Itazka. No habían llegado hasta allí los godos pero la gente estaba inquieta temiendo que lo hicieran en cualquier momento y, la saquearan como habían hecho en Iruñea los otros germanos.

Andoso y Elaia no se detuvieron en la ciudad sino que tomaron el valle del río Aragón, hasta meterse por la apertura del río Irati. Dejaron después a sus espaldas Ilunberri y continuaron hacia Pompaelo entre la sierra de Izco y la peña de Izaga. Andoso no había comunicado todavía a Elaia sus pensamientos. A media mañana de aquel día llovió y tuvieron que cobijarse ambos bajo una roca. Sentados en el suelo, Andoso sentía el brazo de ella rozando el suyo. Entonces logró por fin decirle que la había deseado durante todo el camino y que temía ser confundido con aquellos hombres que iban de una a otra parte. Él quería mostrarle que pertenecía a un linaje y luego haría que todos la aceptaran pues nunca iba a abandonarla.

Elaia lo escuchó en silencio, sin moverse. Pasado un rato fue dejándose caer hacia él, hasta pasarle el brazo en torno al cuello, con los ojos cerrados, acercándole la cara a la suya, como si descansara ella también de su profunda tensión. Al cesar la lluvia siguieron caminando en silencio. A media tarde, sin embargo, Elaia lo hizo detenerse y se bañó en el río Elorz. Salió del agua y, sin vestirse, se acercó a él y le dijo que no era bueno que los demás se enterasen de aquellos deseos sin haberlos saboreado antes, ya que la unión entre el cuerpo de un hombre y una mujer era algo tan sorprendente como la vida y la muerte juntas. Andoso se quedó mirándola ante sí, mientras el cuerpo desnudo resaltaba entre el matorral y los troncos de los árboles. Nada le había sucedido en la vida tan hermoso como aquel fuego que lo agitaba.

Capítulo 3

Las armas

Una vez en Pamplona, Andoso buscó a su padre y a Biurno para darles cuenta de lo que estaba sucediendo al norte del Pirineo. Sossinaden lo escuchó en silencio, aunque moviéndose nerviosamente. Luego dijo:

–Todas estas noticias se resumen en que los vascones son gentes sin armas, con la fortuna de tener montañas en las que refugiarse. De momento los han echado de la llanura del Garona. Luego perderán la del Aturri. Después la cuenca de Iruñea y la llanada del Zadorra. Para entonces habrán huido también de la zona de Calagurris y del río Occa, la tierra de los ruccones. Partirán corriendo a las montañas y allí se quedarán apretados contra los riscos, confiando en que no subirán a arrancarlos de ellos.

Miró a uno y a otro, y añadió:

–De ahora en adelante la tarea consiste en buscar guerreros en este pueblo de pastores, labradores y comerciantes.

Biurno y Andoso callaban.

–Evidentemente yo no sirvo con este cuerpo maltrecho. Pero vosotros sí podéis hacerlo.

Había hablado otras veces de la necesidad de organizar a la gente, sobre todo en las zonas cercanas a las calzadas y entra-

das de los valles, y ahora repetía aquellos planes con apasionamiento. Como Biurno y Andoso le pusieran delante la dificultad de llevar a cabo dicha tarea, Sossinaden se enojó.

—Os hablo simplemente de explicar la situación a los demás. No me argumentéis que los hombres solamente piensan en el grano y en las crías del ganado. Las armas son ahora una necesidad.

Después añadió:

—Si imagináis que mi enojo procede de mi frustración, os diré que los vascones son ahora un pueblo tan contrahecho como yo.

Según hablaba iba alzando la voz. Trataron de calmarlo, pero terminó echándolos de casa.

—¡Quitaos de mi vista mientras no avivéis los pensamientos!

Cuando se alejaban, salió todavía a la puerta apoyándose en los bastones y llamó a su hijo:

—¡Andoso! Ten hijos con esa mujer del Bigorre. Pero no me traigas nietos si no vienen con armas.

Gente que vagaba

Elaia tenía prisa en tener un hijo para ser aceptada plenamente en el linaje de su marido. Se quedó por fin en estado pero dio a luz una criatura tan falta de fuerzas que vivió solamente unas semanas. Luchaba Elaia contra la muerte que parecía tenerla atrapada desde el primer momento y le ponía el pecho una y otra vez en la boca, animándola con lágrimas y enojo, sorprendida de que una cosa tan sencilla como vivir le resultara tan imposible. Afortunadamente tuvo de nuevo otra niña. Nació el mismo año en que el emperador de Roma hizo un nuevo pacto con los godos. Éstos quedaban como dueños de dos tercios de las tierras que había entre el Loira y el Garona, dejando el resto para los antiguos propietarios. Andoso afirmaba que no iban a permanecer mucho tiempo en aquellas tierras mientras tuvieran nuevas que conquistar al sur del Pirineo.

Elaia dio a su hija el nombre de Buttura, en recuerdo de la madre de Andoso, que todavía vivía en el Deierrí. Se mostraba Buttura llena de vida y gritaba a unos y otros para que la llevaran a todas partes. Tres años después tuvo Elaia un hijo, al que puso de nombre Indibil, en recuerdo de su padre, que había dejado en Bigorre. Después tuvo un aborto y no volvió a parir más.

Hubiera querido Elaia mantener a su hija cerca, pero prefirió desde niña acompañar a su padre a traer leña y a mover el

ganado. Pronto se aficionó también a cazar como hacían los muchachos. A menudo se la veía desgreñada y sudorosa aunque era muy hermosa de cara y esbelta.

Con diez años la llevó Andoso hasta Iruñea. A Elaia le asustaba salir del Deierri. Si al otro lado del Pirineo la gente temía incluso sembrar o bajar los rebaños a la llanura por las incursiones de los godos, en la parte sur tampoco había seguridad, pues vagaban sin rumbo siervos que se habían quedado sin amos ni trabajo, mendigos, escapados de otras zonas y miembros de tribus germánicas que se aventuraban por su cuenta. Sobrevivían a base de hurtos y a veces se juntaban en bandas que asaltaban los caminos, las fincas y los rebaños. Los habitantes de las zonas llanas o cercanas a las calzadas y los pastores tenían armas en casa y salían con ellas. Algunos portaban scramasax, espadas cortas de un solo filo, que lo mismo servían para abrirse paso entre la maleza que para cortar carne o defenderse. Otros hacían puntas de hierro y las colocaban en el extremo de una rama de boj a modo de lanza.

Sossinaden apenas podía ya moverse. Solía permanecer reclinado en un diván y cubierto con una manta. Cuando vio a su nieta corriendo hacia él, se le iluminó el rostro. Todavía intentó reñir a Andoso:

—¡Qué padre eres tú, que me presentas a la hija vestida como un muchacho!

Sin embargo, le hizo quedarse a su lado. Tenía los ojos humedecidos.

Los bagaudas

Indibil, al contrario que su hermana Buttura, se mostró desde pequeño tranquilo y afectuoso. Biurno, que no tenía hijos, insistía a Andoso para que le cediera uno de los suyos, prometiendo que lo consideraría como hijo verdadero y lo convertiría en su heredero. Indibil accedió a vivir en Pamplona. Apenas lo tuvo consigo, buscó Biurno un maestro que le enseñara a leer y escribir. No era tarea fácil y sólo encontró un presbítero de edad avanzada que sabía hacerlo.

Andoso se acercaba con cierta frecuencia hasta Iruñea, según decía, para visitar al hijo. Al mismo tiempo buscaba a Biurno para comentar con él las nuevas. Solía repetir Andoso, como lo hacía antes Sossinaden, que incluso para vivir en el Deierri era necesario conocer lo que sucedía en otras partes. Y si no había mensajeros a sueldo, habría mercaderes, vagabundos o pastores.

Roma ya no gobernaba el Imperio. A veces se desconocía el nombre del nuevo emperador. Los romanos no mostraban otro interés que el cobro de impuestos en las zonas que seguían controlando. No era de extrañar que se produjeran revueltas. El pacto con los godos había funcionado durante poco tiempo. Trataban de controlar la Provenza y hacían incursiones por la Tarraconense sin que los emperadores pudieran impedirlo.

Hacia el año 435 se tuvo noticia de que grupos de campesinos sublevados merodeaban por las Galias, el Loira y el Ródano, y que a su paso se sumaban bárbaros y desertores. Los denominaban bagaudas. Después se dirigieron hacia los Alpes y Aquitania. Pronto se los vio llegar por el Pirineo, utilizando la misma calzada que habían recorrido los germánicos. Desde la cuenca de Iruñea hasta el Zadorra y por la zona del Ebro, creció la inseguridad de los caminos.

Ante la importancia de aquellas bandas, se organizaron cuerpos de ejército bajo generales romanos con el fin de hacerles frente. Se produjeron verdaderas batallas. Una de ellas tuvo lugar en la zona de Aracoeli en el año 443. Biurno manifestaba a Andoso que no merecía la pena unirse a ellos, ya que aquellas gentes se movían ante todo por resentimientos y codicia.

El paso de los suevos

Cada día tenía más prestigio Andoso entre los hombres del Deierri. Había un joven, a quien llamaban Isuzko por su temperamento fogoso, que lo seguía a todas partes. Y como Buttura también los acompañaba y eran de pareceres semejantes, terminaron viviendo juntos. Andoso le dió la iniciativa, porque lo veía muy determinado en sus movimientos. Le pedía, no obstante, que controlara sus impulsos:

—Los años dan mucho atrevimiento, Isuzko. Pero hay que tener más miras.

Buttura se quedó embarazada y tuvo su primer hijo, al que llamó Artea porque lo imaginaba fuerte como su padre o como una encina. Al año y medio nació el segundo y le puso el nombre de Haritza, como un roble. Buttura parecía feliz y mostraba orgullosa sus hijos a familiares y amigos.

En el Deierri existían dos grandes preocupaciones. Una, la protección de quienes llevaban madera y ganado o venían con trigo de tierras más llanas. Otra, que la zona se iba llenando de gente nueva la zona. Con la inseguridad de la vida en las partes llanas y de paso, aparecían por los valles altos muchas familias decididas a establecerse allí. Si las cosas seguían así, llegaría un

tiempo en que las comarcas de montaña iban a estar saturadas de aldeas.

Se sabía además que los suevos, uno de los pueblos germánicos que había cruzado el Pirineo, se habían establecido en la parte de occidente y pretendía extender su dominio hasta el Mediterráneo. Requiario, su jefe, buscaba la amistad del rey godo, Teodorico, asentado en Tolosa. Le había prometido éste la mano de su hija, y para celebrar los esponsales se dirigía a dicha ciudad, cruzando la Tarraconense, todavía gobernada por magistrados romanos, y saqueándola de paso.

Una vez concluida la boda y después de consultar a los agoreros, aunque se había hecho católico para ganarse a los obispos, decidió regresar atravesando tierras vasconas. Por el norte del Pirineo se vieron de nuevo muchas gentes abandonar las ciudades de Lugdunum, Beneharnum, Iluro y otras poblaciones ante el paso del Ejército suevo. Era el año 449.

Isuzko y otros decidieron apostar hombres por la vertiente de las sierras que daban a la calzada romana entre Pompaelo y la llanada del Zadorra. El Ejército suevo no consistía en una multitud de guerreros con sus familias como en el 409, sino en miles de hombres que necesitaban resarcirse de los gastos de su campaña.

Aparecieron en el Pirineo al principio de la primavera. Los grupos vascones no podían hacerles frente. Solamente vigilaban las zonas de paso y pasaban aviso de sus movimientos. Pamplona se quedó vacía. Los suevos la atravesaron sin apenas detenerse en ella. Seguidamente avanzaron por la Sakana. Por todas partes había hombres apostados, dispuestos a impedir que subieran en busca del ganado.

Isuzko se hallaba con unos cuarenta hombres a pocas millas de Aracoeli, donde había un camino escarpado que llegaba hasta la planicie de la sierra de Urbasa. Cuando el grueso del Ejército suevo llegó a aquel acceso, salió un grupo de guerreros en dirección al alto. Llevaban con ellos un vascón, al que probablemente habían forzado a guiarlos. Empezaron a subir sin demasiadas precauciones. El camino culebreaba entre los peñascos. Cuando los tuvieron cerca, Isuzko y sus compañeros atacaron. No duró mucho el enfrentamiento. Sorprendidos por el ataque y el griterío, trataron por un momento de resguardarse, lanzando algunas saetas y lanzas. Pero enseguida retrocedieron. Isuzko corrió hacia ellos, lanzándoles piedras que rodaban por el barranco. Un suevo que se había guarecido tras una roca le arrojó a pocos pasos una lanza, clavándosela en el vientre. Los compañeros de Isuzko corrieron a socorrerle. Sin embargo, las vísceras se le escapaban y no lograba siquiera retenerlas con las manos.

Algunas mujeres se habían acercado desde Lezaun hasta los altos. Al ver que portaban un hombre herido, bajaron a su encuentro. Entre ellas estaba Buttura. Cuando se dio cuenta de que era Isuzko, se puso a gritar. Luego se quedó abrazada a él, sollozando, viéndolo morir.

La necesidad de un ejército

Desde entonces Buttura vivió resentida. Ni siquiera ante sus hijos podía reprimir el amargor que la embargaba. Debían vengar a su padre, matando a todo aquél que intentara subir por el Zadorra o cruzar el Pirineo. Había que cerrar todos los pasos y ocupar de nuevo las llanuras.

Andoso, que iba haciéndose viejo, sabía el daño que podía crear el odio de una persona adulta, y trataba de borrar en ambos nietos las palabras de su hija. Comprobando que Artea y Haritza eran cada vez más aficionados a las armas y a la caza, y más audaces en todo lo que emprendían, intentaba que se dedicasen a otras tareas. Los enviaba con los pastores, hachaban leña para el invierno y labraban utensilios de madera para la casa. Al caer la noche se quedaba hablando con ellos.

—Habéis tenido un padre muy valiente. Ahora bien, si deseáis dedicaros a las armas tenéis que dominar los primeros impulsos y observar los sucesos. No basta hacer planes para hoy. Hay que ponerse tarea para mañana.

Y según crecían les explicaba que cada persona tenía, como decían en lengua vasca, un *sumo* diferente, que venía de la palabra *sua*, fuego. Esto se percibía cuando brotaba de su interior la *su-mindura*, la ira, que era una mezcla de fuego y de sufrimiento, como lo expresaba el término vascón. Podía uno tener ese instinto desde el vientre de su madre y ésta desde vientres anteriores. Pero era preciso manejar con habilidad esa fuerza, como el hacha al cortar un árbol.

El año 451 supieron que Atila, rey de los hunos, había sido derrotado cerca de Troyes, junto al Sena, por una suma de tropas romanas, godas, y borgoñesas. Pero eso no era un signo de estabilidad general. Dos años después, en el 453, se supo que había pasado el túnel de Aitzkorri trayendo mineral, que varios cientos de hérulos, llegados en sus naves, habían saqueado las comarcas costeras.

Pocos años después, cuando Artea y Haritza eran ya muchachos que destacaban por su envergadura, aparecieron de nuevo miles de guerreros por el Pirineo, pasando otra vez por Pamplona y Sakana. El nuevo rey de los godos, Teodorico II, había

decidido destruir el poder de su cuñado, el suevo Requiario, temeroso de que le disputara algún día la zona mediterránea. No tardaron en regresar por el Zadorra, camino de Tolosa. Habían deshecho el reino suevo y saqueado sus ciudades y tierras sin hacer excepción de iglesias ni de monjes. El mismo Requiario y muchos otros caudillos fueron conducidos prisioneros.

Buttura se apostaba entre las rocas como otras veces, aunque ahora acompañada de sus hijos. El paso tranquilo de los godos la enfurecía tanto que sus hijos intentaban calmarla.

—De momento sólo cruzan nuestras tierras. ¿Qué vamos a hacer el día que decidan quedarse? ¿Llevarles nuestros rebaños y las mujeres más jóvenes para tenerlos tranquilos?

Y repetía una y otra vez lo que había escuchado a su padre y a Sossinaden:

—Si nos uniéramos todos los linajes y tribus vasconas, seríamos más numerosos que cualquiera de esos pueblos.

Vuelta de las costumbres vasconas

No siempre sentía Buttura la misma fuerza. Por las noches repetía removiéndose entre la hierba seca:

—¡Pobres hijos míos! ¡Qué estoy haciendo con vosotros!

Se percataba de estar empujándolos a las armas. Advirtiéndolo Andoso la turbación de su hija, le aconsejó que los mandara con su tío Indibil a Pamplona. El influjo de éste sería beneficioso para los dos jóvenes pues aquél era sereno en sus actos. La estancia en Iruñea, por otra parte, les proporcionaría nuevos conocimientos.

Iruñea se había despoblado en aquellos años. Estaban desapareciendo personas y costumbres inspiradas en los romanos. Indibil no tenía los negocios de Biurno y mucho menos su padre, Ennegas. Poseía una casa sencilla en las afueras, con campo y algo de huerta, aunque seguía conservando la vivienda dentro de los restos de la muralla.

Acogió a sus sobrinos de buena gana aunque no consiguió sujetarlos a la vida de Iruñea. No se enojaba, sin embargo, y los muchachos acabaron por tomarle un gran aprecio. Aunque apenas se hablaba ya latín en la cuenca, Indibil les hizo aprender algunos términos, pues lo consideraba importante para contactar con otras gentes. Ayudaban en la época de las cosechas, en la traída de madera a finales del invierno, y llevaban productos de cuero que se trabajaba en Pompaelo a algunas villas que se habían restaurado por la Cuenca.

Capítulo 4

La ocupación goda

Artea y Haritza volvían con alguna frecuencia al Deierrri para visitar a Buttura. Además del afecto natural de los hijos, sentían hacia ella una profunda veneración. Pero unían a su ímpetu la prudencia de su abuelo Andoso. Con frecuencia comentaban con su tío Indibil las noticias que iban llegando. Las últimas apuntaban a cambios importantes en el reino goda. Teodorico II había sido asesinado por su hermano Eurico, que había establecido la corte en Burdigala y se mostraba decidido a controlar las tierras que iban desde el Loira hasta más allá de Marsella.

Sus planes iban, sin embargo, aún más lejos. Pretendía conquistar las tierras de la Península Ibérica. Para ello debía cruzar el Pirineo. Indibil sugería a sus dos sobrinos que no se opusieran a los godos si cruzaban por Iruñea. Acabarían marchándose como habían hecho otros pueblos. Y si determinaban asentarse, se podría llegar a acuerdos. De esa forma se evitarían represalias y también muchas desgracias.

Cuando se supo que Eurico había hecho una compilación de leyes redactando un código que ordenaba las diferentes situaciones sociales, Indibil insistió en sus consejos. Una legislación general regularía la convivencia entre los pueblos, como había sucedido tiempo atrás con los romanos.

La entrada de los godos

Artea y Haritza eran, de diferente parecer. Como muchos, otros no estaban dispuestos a aceptar a los godos. Al desaparecer la ad-

ministración romana, las formas vasconas renacieron. En muchas comarcas se nombraban incluso *buruzagis* o jefes y estaban dispuestos a impedir que los godos se adentraran en la parte alta de los valles.

El año 476 fue depuesto en Ravena el último emperador, Rómulo Augustulo, que era todavía un adolescente. Roto ahora todo pacto con el Imperio, cabía esperar que Eurico se sintiera con las manos libres para empezar la campaña de Tarraconense y de Lusitania. Era imprescindible enterarse de sus planes.

Por aquellos días Artea y Haritza desaparecieron de Iruñea. Sabían los dos hermanos que en el Ejército de Eurico no sólo se enrolaban godos sino también hombres de otras tribus germánicas, siervos y hasta descendientes de romanos que habían aceptado la nueva situación. No les fue difícil ser admitidos en las tropas.

Sin embargo, no bastaba con ser llevados de una parte a otra para conocer los planes de los jefes. Por ello, y valiéndose de su prestancia física e ingenio, consiguieron que un alto oficial los tomara para su guardia personal. Desde ese puesto permanecían atentos a los movimientos y conversaciones. Como no lograban, informarse suficientemente, decidieron utilizar otros medios. Un día tuvo que ir dicho oficial desde Basatis a la guarnición de Akize, y se hizo acompañar por ellos y por otros dos soldados. Cuando pasaban por una zona abarrancada, Artea y Haritza mataron a los dos soldados y arrastraron al oficial hasta un bosquecillo. Allí lo golpearon hasta hacerle confesar los planes del rey. De esa forma supieron que Eurico había planeado tomar aquel mismo año 477 las ciudades de Pompaelo y Caesaraugusta, como dos puntos estratégicos en la calzada Burdigala-Asturica y de la vía Aureliana que seguía el curso del Ebro. El conde Gautherio iría al mando del Ejército.

Una vez conocidos los planes acabaron con el oficial. Se apresuraron luego hacia el Pirineo y llegaron hasta Iruñea previniendo a todos de lo que se avecinaba.

Y así acaeció. Aquel mismo año avanzaron los godos por ambos extremos de los Pirineos. Cuando los hombres de Gautherio llegaron a la ciudad se encontraron con gente que aceptaba la ocupación. Pero desde el primer momento se vieron hostigados por grupos armados.

Artea y Haritza se movían por la cuenca, atentos a las patrullas godas y ayudando a quienes se enfrentaban a ellas. Habrían pasado tres semanas cuando se toparon un atardecer con un grupo de soldados que rastreaban el terreno entre Gazolaz y Paternain, donde había una gran villa romana. Uno de los godos pareció reconocerlos y fueron tras ellos.

Los dos hermanos escaparon a galope por las cuestas. Fue en esos primeros momentos cuando sintió Artea el golpe de una lanza en la pierna. No se detuvo a pesar del dolor. Al poco reparó que Haritza se rezagaba. Artea le gritó que azuzara al caballo y lo siguiera. Pronto comprendió que Haritza intentaba salvarlo. Al girar de nuevo la cabeza vio que su hermano levantaba el brazo despidiéndose e indicándole que continuara su huida, mientras él tomaba otra dirección llevándose detrás a los godos. Los fue alejando hacia el río Arga y sólo pudieron alcanzarlo al pie de la peña de Etxauri, matándolo allá mismo a golpes de lanza y de espada.

Artea se acercó durante la noche, a pesar del dolor que le causaba su herida. Habían dejado el cuerpo de su hermano sobre una roca para que lo devoraran las rapaces. El grupo de soldados se había quedado a dormir allá mismo, confiando la guardia a uno de ellos. Artea se arrastró hacia él y de un golpe de cuchillo le cortó el cuello. Retiró luego el cuerpo de su hermano y colocó en su lugar al godo muerto. A Haritza lo puso delante suyo en el caballo y subió por la ladera, despacio, dejando que el animal encontrara el camino. Con una mano sujetaba a su hermano como si lo cuidara, y con la otra se agarraba a la crin para no caerse. La debilidad le cerraba los ojos a causa de la sangre perdida.

Cuando Buttura oyó los perros, se asomó fuera de la casa y corrió hacia sus hijos. Artea cayó exhausto en sus brazos y Haritza estaba ya frío. En un primer momento se abrazó a ellos y llamó a gritos a los vecinos. Llegados éstos, salió corriendo en busca de una mujer que entendía de enfermedades y heridas, a la que llamaban Lexeia por vivir en una cueva. Regresó con ella a toda prisa y mientras Lexeia se hacía cargo del herido, Buttura cavó una fosa junto a un roble, sin permitir que nadie le ayudara, y enterró a Haritza en ella.

Encerrados en los valles

Rondaba Lexeia los treinta años aunque aparentaba tener más por su aspecto descuidado. No tenía marido ni tampoco hijos. Las mujeres aseguraban que se hacía lavados que le impedían quedarse embarazada. En cualquier caso, se portó bien con Artea. Un año le costó curarlo, primero evitando que muriera de la herida y librándolo después de la cojera. Durante ese tiempo no le permitió alejarse de la aldea. Sólo después empezó Artea a salir más allá de Etxauri.

Buttura había decaído mucho en aquellos meses por la angustia de su hijo y estaba desanimada con el temor de poder definitivamente. Un día se acercó Lexeia hasta su casa. Últimamente aparecía limpia y arreglada. Le pasó el brazo por los hombros, sacudiéndola afectuosamente, y le dijo:

—No vas a morir sola ni amargada, Buttura, que llevo en el vientre un hijo de Artea para que te alegre el resto de tus días.

Pasados los meses parió Lexeia gemelos. Al ponerlos en los brazos de Buttura le dijo con voz suave pero firme:

—Estos hijos van a ser también tuyos, pero te prohíbo que les hables de guerras y de resentimientos. Ya elegirán ellos su camino.

Buttura se lo prometió pues estaba cansada de vivir. El primero se aficionó mucho a Buttura y Lexeia le fue llamando Urruma. Era para la anciana como un arrullo de paloma, y a la vez como un lamento de un hombre perdido, todo eso podía significar aquel nombre. Al otro hijo le quiso llamar con el nombre de Haritza, pero en la aldea empezaron a llamarle pronto Kemena pues tenía más brío y decisión que los demás.

Kemena intentó desde muchacho acompañar a su padre, quien se lo impedía, haciéndolo volver a la aldea. Hasta que un día se apercibió de que, en vez de obedecerle, lo seguía desde lejos y entonces lo esperó, orgulloso de su apego. Desde entonces empezaron a salir juntos.

El objetivo de los godos no era ocupar una ciudad medio despoblada. Utilizaban Iruñea como punto estratégico en el ir y venir de las tropas y vituallas entre el Garona y el Ebro. Su verdadero objetivo era frenar a los suevos por el Oeste y ocupar la Tarracense. Mantenían una guarnición en la ciudad pero no perdían fuerzas en controlar las diferentes zonas.

Les bastaba requisar lo que hallaban a su alcance. La gente que vivía en la zonas bajas desistía por ello de sembrar o criar animales. Aumentaba el número de quienes migraban a las zonas de somontano y valles más protegidos. Las estrechuras de los ríos que bajaban del Pirineo por una y otra vertiente, la zona del Orba hacia los desfiladeros del río Aragón, la parte del Deierrí, las Amezkoas y la Berrueza seguían llenándose de poblados. Aquella saturación aumentaba el temor de que pronto serían insuficientes los pastos y la caza. Escaseaban ya el trigo, el aceite y el vino. Los vascones vivían encerrados en las zonas menos fructíferas.

Formas antiguas de vida

Artea no se perdía en quejas sobre aquellas circunstancias. Siempre acompañado por Kemena, se reunía con los cabezas de linajes del Deierrí y de otros valles. Cuando la ocasión era propicia asaltaban convoyes militares para arrebatarles las armas y el cereal que transportaban. No todos estaban de acuerdo porque, a su entender, provocaban incursiones de castigo y quema de las aldeas más bajas. En opinión de Artea, sin embargo, aquellos ataques eran sólo el principio de otros más importantes.

Lexeia también se mostraba animosa. Utilizaba manteca a falta de aceite, recogía bellotas y las molía con una piedra haciendo luego una especie de pan. Así habían sobrevivido durante mucho tiempo. Con madera se podían hacer casi todos los utensilios necesarios. El día que faltara hierro podía robarse en la cuenca, o traer mineral del otro lado del Aitzkorri. Había leche suficiente para hacer quesos. Aunque escaseaba el vino, seguían produciendo sidra. Obtenían sal del río que bajaba de la sierra de Sarbil, por la zona que llamaban Gezalaz, para conservar la carne. Sobraban pieles para curtir y hacer calzado y vestidos, además de correajes, aperos para el ganado y odres. Y se daban todo tipo de hierbas para curar heridas y enfermedades. Los vascones hablaban de nuevo la misma lengua, incluso los que habían arribado sabiendo sólo latín.

Urruma solía quejarse de que su padre y su hermano no participaban con los demás en el cuidado de los rebaños, ni en la reparación de los caminos. No partían leña ni iban de caza en grupo. Se ausentaban a menudo y se presentaban después al reparto de la lana o de los corderos, como si tuvieran los mismos derechos que los demás. Lexeia le replicaba con firmeza:

—Una cosa has de entender, Urruma y quiero que lo hables con los demás si viene al caso. Entre la gente de montaña cada familia no tiene sus propiedades como sucede en Iruñea o en las ciudades del Ebro y de Aquitania. Entre nosotros, los rebaños, la leña y hasta la caza y lo que está fuera de la casa de cada cual pertenece a todos. Lo mismo se distribuye a la mujer que pare que a quien ha salido con el ganado. Los que vigilan también hacen tarea para los demás.

Un nuevo pueblo por el norte

Habían transcurrido casi veinte años desde la ocupación de Iruñea por los godos, cuando llegaron noticias de que otro pueblo venía presionando por el norte. Estaba compuesto en su origen por tribus germanas desplazadas a las zonas del Rin y del Elba. Con el tiempo, mediante uniones de clanes y estirpes diferentes, habían creado una organización común. Les daban el nombre de francos y estaban unidos bajo un rey llamado Clodoveo. El nuevo monarca había ocupado las zonas cercanas al Loira tras vencer al duque galorromano que gobernaba aquella tierra. Los obispos de Aquitania lo miraban con simpatía porque se había declarado católico, mientras que los godos se mantenían todavía arrianos y no reconocían la autoridad de la jerarquía romana. Por eso, el rey Eurico desconfiaba de los sacerdotes y mandaba vigilarlos de cerca.

Incluso había apresado a los obispos de Tolosa y Arles, acusándolos de conspiración.

De pronto se supo que los francos habían hecho una incursión hasta Burdigala. Se habían retirado luego a la otra ribera del Loira llevando prisionero al duque goda. Era el año 498. Artea meditó sobre aquel suceso. Si continuaba la presión de los francos, los godos tendrían dificultades para controlar las tierras del norte, y los vascones podrían librarse de ellos.

Nunca se había asentado Artea en un lugar, como si su mente lo impulsara de una a otra parte. Y ahora se marchó con su hijo Kemena hasta el otro lado del Pirineo para observar de cerca cuanto sucedía.

La derrota goda

Cuando se acercaron al Aturri, Artea y Kemena comprobaron que las guarniciones y convoyes godos estaban alerta, más que por la zona de Iruñea. Pasó, no obstante, un tiempo sin que se produjeran acontecimientos importantes. Artea vacilaba entre regresar o quedarse, pues le dolía atar a su hijo a aquella forma de vida. Kemena, sin embargo, le pidió que no mirase por él sino que determinara lo más conveniente.

Continuaron, pues, en aquella zona. Después de varios meses se encontraron en Elusa, a media distancia entre el Aturri y el Garona, no lejos de Tolosa, contratados por un aquitano que había conservado sus riquezas colaborando con los hombres de Alarico. Había una mujer goda que se personaba a menudo en casa del aquitano acompañada de un siervo, para encargarle trigo, leña, carne de cabrito u hortalizas. Era altiva y miraba con desprecio a Kemena, fijándose expresamente en sus cabellos largos y enredados y en su ropa sucia por las cargas que llevaba. Artea la animaba a no tomarlo como desprecio. Era un modo de demostrarle el interés que sentía.

No mucho tiempo después la mujer le mandó llevar una carga de leña a su vivienda. Y así continuó ordenándole un día y otro como si fuera su dueña. Kemena era de buena presencia y de mirada serena. Artea aseguraba que en Tolosa no había un goda tan esbelto como él. Ella parecía desafiarlo según aparecía por la puerta. Un día, sin embargo, lo hizo entrar en su alcoba. Y Kemena se acostó con ella, no solamente aquel día, sino muchos más. Sentía Kemena odio por aquella mujer pues apenas daba por terminado el acto, lo hacía marcharse con altanería. Pero lo requería de nuevo, y cuando se quedaba desnuda en sus brazos, el placer la obligaba a ser afec-

tuosa, no logrando ocultar la ternura. Kemena se reblandecía y desconcertaba y concluía besándola cada vez más suavemente.

Estando un día en su casa, entraron varios oficiales godos con la noticia de que los francos habían atravesado el Loira y que en aquellos días se encontraban frente a la ciudad de Poitiers. El rey Alarico II tomaba apresuradamente medidas para ponerse al frente de su ejército y dirigirse a marchas forzadas hacia aquella ciudad. Teniendo el tiempo a su favor hubieran podido los godos reunir fuerzas muy superiores a las de Clodoveo. Pero ahora se atisbaba cierto nerviosismo en la corte. Artea indicó a Kemena que se mantuviera tranquilo, entrando como siempre en casa de aquella mujer. El momento de actuar llegaría si los godos perdían la batalla.

Transcurridas varias semanas supieron por fin que los godos habían sufrido una gran derrota y que el reino de Tolosa estaba en peligro. La batalla había tenido lugar cerca de Poitiers, en Vogladum. El rey Alarico había muerto en el combate. Pronto empezaron a verse bandas armadas de aquitanos, galos y vascones que acababan a las guarniciones godas. Se contaba que, al entrar en tierra aquitana, el rey franco había implorado la protección del cielo, prohibiendo a sus soldados tomar nada del país «sólo yerba o agua». Sin embargo, una vez obtenida la victoria, los mandó saquear todo lo que encontraran a su paso.

Kemena había entrado en casa de la mujer goda con ánimo de desvalijarla. En ese momento apareció ella. Kemena tomó una espada para matarla, pero se detuvo, porque ahora ella estaba tan asustada que parecía diferente. La empujó suavemente hacia fuera y le dijo que escapara con los demás.

Era el año 507.

Capítulo 5

Los vascones occidentales

Hubiera deseado Kemena sumarse a los que perseguían a los godos, pero Artea lo retuvo:

–Déjalos que huyan hasta la Septimania y que pasen por la costa hacia la Tarraconense. Nosotros vamos a convocar a la gente de los valles del Pirineo y a matar a los de la guarnición de Iruña, ahora que no pueden recibir ayuda.

Los godos iban desapareciendo de la zona aquitana. Les esperaban tiempos de crisis hasta recuperarse de aquel desastre. No tenían otra opción que trasladarse por la costa mediterránea hacia la Península Ibérica e intentar reunirse allí como reino.

Se dirigían Artea y Kemena hacia Iruña sin apenas detenerse. Kemena insistía en hacerlo al ver que su padre se quedaba exhausto, pero éste sólo aceptó descansar en Arieta, una aldea que estaba junto a la calzada, cerca de la ciudad. Kemena siguió hasta Iruña y regresó unas semanas después, cuando habían expulsado a los godos de la ciudad y de la cuenca. Artea le rogó entonces que le llevara hasta el Deierri para despedirse de Lexeia.

Allí murió a los pocos días. Todavía recomendó a Kemena que no se quedara en el valle pues era el momento de moverse por las zonas del norte. Los francos intentarían dominar ahora lo abandonado por los godos pero, afortunadamente, sus tierras centrales estaban lejanas y no podrían controlar las inmensas zonas que iban desde el Loira hasta los Pirineos. Además no eran un pueblo

ni suficientemente numeroso ni un reino con buena organización interna.

Así lo hizo Kemena, no sólo por respeto a su padre sino porque él mismo medía la importancia de aquellos cambios. En el año 511 murió el famoso caudillo Clodoveo. Sus hijos dividieron entre sí sus las tierras del Rin y del Sena, que no formaban un país. Precisamente por eso les daban diferentes nombres. La zona más importante era Austrasia, en tierras del Rin. Otra parte era Neustria, formada por tierras que habían ocupado más recientemente. Dentro de la misma Neustria diferenciaban la parte norte, en tierras del Sena, y la posteriormente conquistada Borgoña, que seguía la margen derecha del Loira hasta el Mediterráneo.

El resto eran tierras que no les pertenecían. Las que se extendían entre el Loira y el Garona era la comarca que acababan de abandonar los godos, conocidas como Aquitana. Las que iban desde el Garona hasta el Ebro correspondían a los vascones. Aunque nombraron como destinatario a un tal Childerico, que residía en París, éste no llegaba a controlarlas. Para supervisar una ciudad o para cobrar tributos se veía obligado a montar una guarnición u organizar una incursión armada. Al margen de en esos momentos, eran los aquitanos al sur del Loira y los vascones al sur del Garona quienes ocupaban el país.

Esa ausencia de dominio franco dio pie a que los pastores bajaran de nuevo con los rebaños a las tierras más llanas en las épocas de invierno. Otros, regresaron a las ciudades, tras haber estado vagando durante aquel último tiempo, y las repoblaron de nuevo. Algunos se aventuraron incluso a sembrar. Por las viejas calzadas que cruzaban Jaca, Iruñea y las tierras del Arakil y del Zadorra, se empezaron a ver mercancías y viandantes.

Las tierras de Occa

Por aquellas fechas aparecieron en el Deierrri un hombre y una mujer jóvenes que parecían venir de lejos. Lexeia los vio en el camino pidiendo limosna y los llevó a su casa, indicándoles que descansaran en el tronco que había junto a la puerta. Luego les ofreció avellanas y queso. Mientras comían supo de su procedencia. Habían escapado de su tierra, en la zona alta del Ebro. Hacía tiempo que asomaban bandas que unos tomaban por guerreros y otros por bandidos. No eran cántabros, con los que mantenían buena vecindad, sino suevos.

El hombre no era de gran entereza. Se llamaba Brevicio y la mujer Iñara. Habían vivido entre el río Oja y el Occa. Cada vez eran más intensos los rumores de que los suevos tenían intención de entrar por la Bureba. Vivía con miedo. Un día asaltaron su poblado

y Brevicio tomó entonces a su esposa y cruzó con ella el Ebro. Llevaban un tiempo sin establecerse. La mujer añadió que Brevicio, al ser labrador, no era hábil con el ganado ni con la caza y le costaba adaptarse a los trabajos y costumbres de la montaña.

Aunque vestía sin arreglo y llevaba los cabellos con poco aliño, se la adivinaba hermosa. Lexeia pensó que tal vez su hijo Kemena habría estado a veces de esa manera a la puerta de alguna casa. Hizo venir a Urruma, y le dijo:

—Lleva contigo a Brevicio y responde por él ante los demás.

Y desde entonces Brevicio iba con Urruma a todas partes. Al poco tiempo Iñara se quedó preñada. Había abortado anteriormente, pero ahora avanzaba sin problemas con el embarazo. Brevicio estaba orgulloso de ser padre y se esforzaba en merecer el aprecio de sus vecinos, sufriendo por no poseer las habilidades de los demás.

Aunque le tenía advertido Urruma que fuera prudente con la doma de animales jóvenes, Brevicio no le hacía caso, y poniéndose en peligro, creía estar más cercano de la estimación que tanto anhelaba. Una mañana se empeñó en montar una yegua joven que no había bajado todavía de la sierra. Y aquel mismo día lo trajeron muerto a casa. Le había tirado la yegua y al caer se golpeó la cabeza contra una roca.

Iñara había dado a luz hacía pocas semanas y, a raíz de aquella desgracia, perdió la leche. Urruma entonces tomó al niño y se lo llevó a Lexeia. Tenía ésta por entonces cerca de setenta años y estaba vieja y encorvada. Sin embargo, cuidó del niño y durante varios días no se ocupó de otra cosa que de vigilarlo y darle leche de oveja y miel, hasta que encontraron una mujer que lo amamantara.

Fue Lexeia quien empezó a llamarlo Belexen porque era mo-reno y daba gritos como si no supiera llorar. Y con ese nombre se quedó. Urruma se acercaba a menudo a observar cómo iba el niño, aunque también a Iñara. Pero no se atrevía a manifestar claramente sus sentimientos.

Ya gateaba Belexen, y se mostraba fuerte y ruidoso, cuando Lexeia tomó a su madre de la mano y la llevó hasta Urruma, animándolos a pasar la noche juntos. Y así lo hicieron. El cuerpo de Iñara era suave, y Urruma estuvo acariciándola toda la noche, repasando una y otra vez aquella senda ondulada, temiendo que al amanecer no conseguiría alejarse de ella y salir con el ganado.

Grupos de vigilancia

Kemena no había regresado al Deierri sino para visitar a su madre. Se había casado en Iruñea y tenía una hija llamada Gartzene y

un hijo al que decían Oskitz. Ni siquiera permanecía grandes temporadas en Iruñea. Aunque los francos no presionaban por el norte, era necesario organizar grupos que vigilaran y se acostumbraran a las armas. Los godos, por su parte, después de tener un tiempo como cabeza de su reino a Barcelona, optaron por Sevilla en su intento de dominar la Bética. No se temía que hicieran expediciones sobre el Ebro.

De los hijos que habían tenido Urruma e Iñara sobrevivieron dos, llamados Azeri y Alduara. Lexeia los quería, ya que llevaban su sangre, pero centraba en Belexen sus mayores afectos. Le recordaba a Kemena pues, como él, tenía la mente fuera del valle. No parecía entender que había que esquila a su debido tiempo y echar las hembras al macho cuando se las viera en celo. Si una yegua tenía una herida había que curarla pronto, volviendo a mirarle la herida un día y otro, dándole de nuevo con manteca y derritiéndosela con un hierro al rojo vivo. Y había que arar, limpiar de piedras, sembrar, escardar, regar, cosechar y edrar.

Belexen también mostraba gran apego por Lexeia. Desde que la vio forzada a permanecer en casa porque las piernas no le seguían, le traía hierbas del monte. Y cuando dejó de andar, Belexen la sacaba en brazos hasta la puerta en los días de sol. A la muerte de Lexeia empezó Belexen a juntarse con otros del valle y a desparecer días y luego temporadas enteras. Y no era siguiendo a un jabalí, rastreando un lobo, o buscando un caballo joven que se había perdido. Se sabía que él y sus amigos estaban relacionados con su tío Kemena y otros *buruzagis* que formaban bandas.

Iñara deseaba apartarlo del influjo de Kemena, no sea que lo perdiera cualquier día. De poco servía, sin embargo, prohibirle aquellas salidas. Así es que, aconsejada por Urruma empezó a hablar con las vecinas de su tierra del Ebro, lamentándose de no tener noticias de sus padres, si es que vivían, y de sus hermanos. Sería la mujer más feliz del mundo si alguno de sus hijos visitara a aquellos parientes. Bien pagados consideraría los partos y noches sin dormir si uno de ellos lo hiciera. Belexen había pensado más de una vez en lo dura que había sido la vida con su madre, y sufría al enterarse ahora de sus quejas.

El valle del Ebro

Un día salió Belexen de casa con la yegua, y dijo a un vecino que se marchaba hacia el valle del Ega. Tenía oído que el camino más seguro para ir a las tierras del río Occa era seguir el curso de aquel río. Y con él siempre a la vista, llegó primero hasta la sierra de Codés. Cruzó algunas aldeas en las que se distinguían aún ruinas romanas: Uxanavilla, Kabredo y, finalmente, Marannione, las

tres al abrigo del bosque y aprovechando las aguas del Ega. En Marannione le dijeron que, pasando la foz, daría pronto con un nuevo poblado que llamaban Bernedo, situado en el mismo despeque de la sierra. Allí encontraría el camino que desde antiguo subía por la ladera y se prolongaba hasta el valle del Ebro.

Belexen dejó que la yegua caminara a su paso para no cansarla y llegó entre hayas y boj a una especie de portillo abierto en la misma roca. Al cruzar aquella altura le apareció de pronto el inmenso valle del Ebro, lleno de claridad, que contrastaba con el aspecto umbrío que dejaba a su espalda. Con razón sentía su madre tanta añoranza de aquella zona donde, según ella, todos hubieran deseado vivir.

A pocos pasos, en plena ladera sur, vio una aldea que llamaban Meanuri o Meano, por ser poblado de paso. Era tarde y, al no suscitarse desconfianza por ser de su misma lengua, le permitieron dormir en una borda de piedra y madera que había a la entrada del lugar.

Unos días más tarde llegó hasta la zona del río Oja. Los parientes de Iñara no podían creer que aquel hombre joven fuera hijo de Brevicio y de Iñara. Vivía uno de los abuelos y, aunque tenía los ojos hundidos en sus arrugas, lloró cuando le dijeron que era su nieto. Iñara le había quedado como una llaga de la que no esperaba curarse. Cuando Belexen le dijo que su intención era volver pronto al Deierri, se enfadó mucho, diciéndole que no iba a permitir que regresara hasta que le sobreviniese la muerte.

—Te juro que vas a esperar poco, hijo mío.

Los vascos hortelanos

Decidió prolongar un poco su estancia y el abuelo le hizo vivir con una de sus hijas, tía por tanto de Belexen. Tenía, entre otros, dos hijos y una hija de su edad y pensaba el viejo que la compañía de éstos le ayudaría a adaptarse a las costumbres rucconas. Los varones se llamaban Mantzio y Opilano y la muchacha, Oteia.

El abuelo tenía el cuerpo menguado pero los recuerdos claros. Explicaba a Belexen que ellos pertenecían a la tribu de los autrigones. Ocupaban la parte occidental de los vascones y sus tierras llegaban desde la costa hasta los montes de Occa. Todavía existía una calzada romana, que arrancaba de Birovesca y cruzaba el Ebro por Deobriga siguiendo luego por Uxama Barca hasta Portus Amanus, junto al mar.

Los autrigones tenían por todas partes la misma lengua y costumbres. La gente de los montes y somontano, sin embargo, era más retraída y la del Ebro más abierta. La abundancia de sol, el

verse desde lejos y el no andar tan hacinados por la lluvia y la nieve les hacía más comunicativos y locuaces. La vida del Ebro obligaba también a dos cosas muy importantes: a relacionarse con otros pueblos y a ser hortelano.

Pasaban los meses y Belexen no hallaba el momento de regresar pues aquel viejo parecía rejuvenecido. El valle del Ebro sorprendía según avanzaba la primavera. Había cerezos, melocotoneros, ciruelos, albaricoqueros, almendros. Belexen nunca había imaginado tierras de vascones como aquéllas. En las huertas crecían cebollas, puerros, acelgas, lechugas, berros, zanahorias. Por el campo de secano granaban la cebada y el trigo. Su prima Oteia era morena y alegre y, al caminar, todo el cuerpo se recortaba en el aire. Y lo trataba con mucho afecto. En cualquier momento se le acercaba y rozaba, sin reparar que era un hombre.

Había transcurrido el verano y seguía en el Ebro. Las tierras que caían de las sierras del sur estaban divididas por ríos que bajaban paralelamente. El Tirón y el Oja u Occa o Ezca, según cómo lo pronunciaran, el Nájera, el Iregua. Hacia Calagorris, según le decían, se deslizaba el Cidacos y otros valles que se convertían en vegas al llegar al Ebro y que también eran tierras de los vascones, aunque siempre disputadas por otros.

En el Ebro se podía comprobar lo aprendido de los romanos por los vascones. Utilizaban el arado con su timón, cama, esteva y reja, no un simple tronco curvado, que usaban todavía en otros lugares. Practicaban diferentes tipos de injerto. Aprovechaban los cerros y altos, que eran más numerosos que en la parte baja del Ebro, para el cereal, las viñas, olivos o almendros, mientras que la mayoría de los frutales estaban en zonas de huerta. Dividían el secano, a su vez, en zonas de barbecho y zonas de siembra para que descansara la tierra. Usaban el mimbre y especialmente el lino para tejidos. Y aprovechaban la tierra roja y arcillosa de ciertas zonas para fabricar vasijas y cazuelas de todo tipo.

El primer paso de los francos

Llevaba Belexen cuatro años en tierras del Oja, cuando llegó la noticia de que un ejército franco había cruzado el Ebro más allá de Calagorris, dirigiéndose a Zaragoza. Belexen se inquietó de lo que podría haber sucedido por Pamplona y el Deierrí. Y no soportando la incertidumbre y el recuerdo de su madre y hermanos que le hervían dentro, decidió irse.

Nadie se lo reprochó, ni siquiera el abuelo, que ya no se enteraba de las cosas. Oteia habló con sus hermanos y decidieron acompañarlo durante una jornada, acercándolo hasta el puente de Mantible, para que luego subiera hasta el paso de Meanuri en la

sierra Cantabria. Ya atardecía cuando Mantzio se puso a su altura en el camino y le dijo que su hermana lo amaba. Si no pensaba regresar debía expresárselo claramente para que no se angustiara esperándolo. Belexen entonces le confió que él tenía los mismos sentimientos pero que, tratándolo ella como a un hermano, no se atrevía a desearla como mujer.

Al llegar la noche, Mantzio dijo a su hermana que se apartara con Belexen hasta el amanecer. Éste se mantuvo largo tiempo acariciándola, como si no lograra saltar de la ternura al deseo ni necesitara otra cosa, moviendo lentamente las manos por aquel sinfín de recodos que tenía su piel. Y cuando Oteia posó su vientre sobre él, como una mies, le pidió Belexen que esperara su regreso porque no iba a quedarse en el Deierrí. Oteia entonces empezó a besarlo con toda su fuerza, riéndose en voz alta en la noche y llamando a sus hermanos, gritándoles que Belexen iba a regresar.

Era el año 541. Belexen reapareció al poco tiempo. Los reyes francos, que eran hermanos entre sí, habían unificado los diferentes ejércitos para tomar Zaragoza y extender su control hasta la Tarraconense. Cercaron la ciudad durante cuarenta y nueve días, y cejaron en su intento, perseguidos por los hombres del jefe godo Teudis.

La invasión de los suevos

No llegó a ser Belexen un verdadero hortelano como los ruccones. Ante su poca disposición para el campo, le encargaron llevar trigo, aceite y vino hasta las partes más montañosas y allí cambiarlo por ganado, pieles, queso y, si alcanzaba la costa, por salazón. También llegaba a Calagurris y a las tierras de la Bureba.

Al año de vivir juntos, Oteia tuvo un hijo, al que llamaron Aketza, y tres años y medio después una hija, a la que dieron el nombre de Naiara. Otro hijo murió el mismo día del parto. Tuvo uno más, que murió siendo niño, tras comer unas bayas que le hincharon el vientre.

Belexen iba de una parte a otra, escuchando lo que se decía, y con el tiempo sospechó que los suevos o los godos iban a aparecer en tierras del Ebro. Los godos no eran ya aquellos guerreros escapados de Tolosa. Poseían de nuevo un gran ejército, como habían demostrado a los reyes francos en Zaragoza. No se habían transformado en una nación asentada en el campo y en la ganadería. Para el trabajo utilizaban a los anteriores pueblos de la península y a los descendientes de romanos. Ellos eran una aristocracia de guerreros, llena de tensiones internas, siempre codiciosos de nuevas tierras y poblaciones.

Los suevos mismos presentían el peligro. Por ello estaban a su vez reforzando su propio ejército, dispuestos a extender sus tierras antes de encontrarse arrinconados por los godos.

Tenía Aketza veinte años cuando empezaron a verse grandes bandas de suevos por las tierras de la Bureva y de Antecubia, llevándose ganado y grano, y matando a quien se les oponía. Belexen comentaba que solamente había dos salidas: defender las tierras o escapar a las montañas. No era fácil cerrarles el paso. Podían vigilar el desfiladero de Antecubia, pero la Bureva estaba llena de cañadas y zonas abiertas. Habría que fortificar los poblados y adiestrar a los hombres jóvenes. La única ciudad bien situada era Cantabria, a dos días de camino siguiendo el curso del Ebro.

La gente no tenía mentalidad guerrera. Los viejos decían a Belexen que los ruccones estaban acostumbrados al paso de los ejércitos y a que las tierras se perdieran y ganaran.

Así se llegó al año 572. Hacía un año que los suevos habían coronado rey a un tal Miró, que sucedía al viejo Teodomiro. Belexen regresó un día a toda prisa de la Bureba avisando que avanzaba un gran ejército. Y no habiendo posibilidad de frenarlos, mandó a Aketza y Naiara a que preparasen las yeguas. Aquella misma tarde salieron hacia el puente de Cihuri, para llegar lo antes posible hasta el Ebro y cruzarlo por Mantible.

La destrucción de Cantabria

Hubiera querido Belexen seguir al valle del Ega hacia el Deierri. Pero cuando llegaron hasta Meanuri, desde donde se divisaba una gran zona del Ebro, Oteia le pidió quedarse allí, pues no quería perder de vista la comarca en la que había vivido.

El rey suevo había dejado tan asoladas las poblaciones, que durante un tiempo se pudo ver gente que escapaba de sus guerreros. Luego pareció volver la calma, como si tuvieran razón los viejos del río Oja. Belexen no quiso, sin embargo, regresar a tierras de Occa. Seguía convencido de que la zona del Ebro era otra tierra de invasiones. Había rumores de que el nuevo rey de los godos, llamado Leovigildo, había fijado su residencia en Toledo con el propósito de dominar toda la península. Se proponía echar del sur a los hispanorromanos que tenían el apoyo de los bizantinos, y acabaría luego con la dinastía sueva. No le restarían después sino los cántabros y los vascones.

Al conocer bien las tierras del Ebro, se ofreció Belexen a llevar ganado de la sierra a las poblaciones riberas y subir aceite y vino, además de trigo. Lo hacía con mucho cuidado, siempre acompañado por Aketza y Naiara. Belexen se fiaba mucho de ésta porque era

observadora y resistente. Después empezó a quedarse él en Mea-nuri mientras sus hijos bajaban con otros vecinos. Les hacía llevar un cuchillo a la cintura y también una espada corta, que colocaban entre los arneses.

En la primavera del segundo año, reunieron de nuevo ganado para llevarlo hasta la ciudad de Cantabria. Salieron temprano, y en un par de horas tuvieron ante su vista el montículo alargado donde se levantaba la ciudad. De pronto, les cruzó un grupo de personas que huía de un gran tropel de guerreros godos que llegaban Ebro arriba. Se detuvieron sobresaltados. Unos, agruparon los animales y otros, subieron a un cerro desde el que se avistaba más espacio.

Había transcurrido poco tiempo cuando se oyó un griterío que procedía de la ciudad. Empujaron al ganado hacia arriba, alejándose. Poco después divisaron humo y llamas. Estaban ya al amparo de una ladera, yendo hacia la sierra, sin montar para no ser vistos desde lejos, cuando fueron sorprendidos por un grupo de guerreros que intentaban cortarles el camino. Aketza gritó que abandonaran el ganado, y todos buscaron su cabalgadura para escapar cuesta arriba. Hizo señas a su hermana para que lo siguiera, pero el caballo de ésta se espantó, nervioso con los gritos de los godos que estaban ya encima. Naiara no conseguía montarse y se dio cuenta de que dos guerreros se dirigían hacia ella. Entonces echó a correr a pie, procurando ocultarse entre los enebros y el boj.

Durante unos instantes creyó haberlos despistado. Tenía el cuchillo en la mano y esperaba tensa. Llevaba calzas hasta las rodillas y abarcas de cuero. Los vio de pronto ante sí. Apretó el arma en la mano, las piernas arqueadas, esperándolos. Entonces advirtieron que era una mujer y se rieron. Naiara no entendía lo que decían, mientras la señalaban y hacían gestos, burlándose. Uno de ellos se puso frente a ella empuñando la espada en actitud de atacarla. El compañero intentó situarse detrás para saltarle encima. Naiara oía sus pisadas y se giró rápidamente, alcanzándolo con el cuchillo en el cuello e hiriéndolo mortalmente. En ese instante, sin embargo, sintió un golpe en la cabeza y se tambaleó, aturcida.

Notó sin más, conmocionada todavía por el golpe, que tenía al otro encima queriendo violarla. Por un momento no logró reaccionar. Solamente sentía el peso del hombre y su aliento. Lo abarcó entonces con sus brazos para apartarlo y en ese punto rozó el puñal que tenía él sujeto al cinto. Lo extrajo de golpe y se lo clavó por el costado y el vientre repetidamente. El godo gritó y hubiera querido ahogarla entre sus manos, mas el dolor lo hizo retorcerse y rodar. Y cuando quiso ponerse en pie, vacilando, ella lo hirió de nuevo hasta verlo de bruces, inmóvil.

Se oían trotes de caballos y voces, así que prefirió ocultarse al amparo de una losa que sobresalía del declive. Sólo cuando notó que los ruidos se alejaban, salió con precaución y marchó hacia Meanuri. Avanzado un trecho, distinguió un hombre a caballo que miraba en todas direcciones, como si buscara a alguien. Era Aketza. Corrió hacia él levantando los brazos. Él también se dirigió a ella velozmente. Se apoyó en su pie y montó detrás, abrazándolo, sin poder dominar ahora los sollozos. Ya cerca de la aldea se detuvieron junto a una fuente porque Naiara quería limpiarse la sangre antes de presentarse a sus padres.

Era el año 574.

Capítulo 6

Reorganización vascona

El ejército de Leovigildo llegó en su avance hasta la ciudad cántabra de Amaya. Fue tan extremada su violencia que en la reunión del senado en Toledo, uno de los obispos echó en cara a los jefes aquellas matanzas y la destrucción de la ciudad de Cantabria. Los godos, sin embargo, no detuvieron su ofensiva. En el año 580 remontaron el Zadorra hasta la llanura interior, donde anteriormente confluían las tribus caristias, várdulas y autrigonas. Allí construyeron un fuerte, al que pusieron de nombre Vitoriaco.

Época de incursiones

Naiara vivía llena de resentimiento. Su madre intentó consolarla durante un tiempo pero al verla encerrada en el odio fue perdiendo ella misma el ánimo de vivir que lo tenía muy mermado desde la huida de Occa. Oteia se quedaba aterida en los fríos de invierno, sin apenas moverse, con el rostro contraído. Murió en los primeros días de invierno de aquel año 580. Belexen decidió entonces volver al Deierrri con su hija. Aketza se había unido a una mujer del poblado y prefirió quedarse.

Permanecieron poco tiempo en Lezaun. Al llegar el verano se marcharon ambos a Iruñea y buscaron a los hijos de Kemena. La ciudad había cambiado mucho en aquellos años. Al no haber autoridad de francos ni godos, los sacerdotes y el obispo habían cobrado un gran prestigio. Tenían su iglesia en la parte alta, junto a

las murallas. Las decisiones de importancia eran tomadas en reuniones de vecinos. Muchos de ellos eran labradores, que aprovechaban la vega del Arga. Destacaban, asimismo, los artesanos. Trabajaban la lana, el mimbre, las pieles y la madera. Y había venta de pan, vino y aceite, además de hortalizas y frutas.

Los reyes francos de Austrasia y Neustria seguían adjudicándose las ciudades de las tierras aquitanas y vasconas, intercambiando incluso las posesiones en sus comarcas del norte y de Burgundia. Los galorromanos, que se situaban entre el Garona y el Loira, sentían una gran animadversión contra los francos. Sin embargo eran los vascones, que habitaban entre el Garona y el Pirineo, quienes más hostigaban a los convoyes y puestos francos. Por ello, los cronistas de dichos reyes los citaban como enemigos y los representaban como gente que se movía de una a otra parte, aludiendo a las bandas armadas que dominaban cada vez más el país.

Oskitz y su hermana Gartzene se habían relacionado con dichas bandas. Un hijo de Oskitz, llamado Ioritza, parecía seguir los pasos de su padre y de su abuelo. Era responsable de un grupo que merodeaba por la zona de Oloron. Había vivido con una mujer de Iruñea pero ésta, al no soportar la angustia de sus ausencias, lo había abandonado. Ioritza había desistido de tener una familia. No le tenían como hombre de buen carácter pues se mostraba agrio con sus mismos compañeros.

En uno de sus regresos a Iruñea, su padre, Oskitz, le presentó a Naiara, pero aquél no le prestó atención. Naiara fue de nuevo en su busca unos días después. Le habían informado de que las mujeres participaban en las bandas con los hombres, y deseaba hacerle saber también. Ioritza le replicó con desdén que él no tenía inconveniente. Podrían divertirse con ella por la noche los guerreros que no tenían esposa. Al decir esto, le dio la espalda. Entonces Naiara lo sujetó por un brazo y le puso el cuchillo en el cuello gritándole que hiciera la prueba él mismo.

La primera batalla ganada por los vascones

Ese mismo año marchó Naiara con los hombres de Ioritza. Los francos de Chilperico, rey de Austrasia y Borgoña, estaban preparando un cuerpo de ejército para realizar una operación de castigo. Chilperico se atribuía las tierras de Bazas, Dax, Oloron, Bigorre, Comminges, Eauze, Auch y Lectoure, mientras que el rey de Neustria hacía lo mismo con Conserans, Lapurdum y Aire-sur-L Adour, además de Bearn. Querían hacer ahora una demostración de fuerza, para afianzar su control y dar seguridad a las colonias militares francas. El ejército iba al mando de un dux, llamado Bladastes.

Las bandas vasconas organizadas en las diferentes zonas y valles fueron ocupando los pasos. Enviaron gente a vigilar los movimientos de aquellas tropas y pasaron aviso de las vituallas que portaban.

De esa manera comprobaron que Bladastes se acercaba sin demasiadas precauciones, confiado en su ejército. Pensaba que no eran enemigos dignos a tener en cuenta aquellos montañeses que vivían en la miseria de sus valles. No enviaba guerreros para inspeccionar el terreno antes de aventurar entre las colinas el grueso del ejército. Venían, eso sí, con buenas armaduras, sobre todo los oficiales: coraza con pechera y espalda, yelmo, muchos llevaban además escudo y algunos cubrían los muslos y brazos con mallas.

Cuando la configuración del terreno descompuso un tanto el ejército de Bladastes se oyó la señal de ataque. Primero un sinfín de rocas rodando por las pendientes. Después atacaron con flechas y lanzas desde distintas partes a la vez, desconcertando a los francos, que empezaron a retroceder.

Aquel día Bladastes «perdió la mayor parte de su ejército», como reconocieron al tiempo los cronistas, aunque él mismo logró escapar, abandonando el convoy en manos de los vascones. Éstos persiguieron a los francos un largo trecho y luego regresaron para cuidar a sus propios heridos y enterrar a sus muertos. A los enemigos los dejaron tendidos sobre el terreno después de recoger sus pertrechos y armas.

Era el año 581. Aquel suceso sirvió de referencia durante mucho tiempo. Era la primera vez que los vascones se habían enfrentado a un ejército entero, doblegándolo.

Las incursiones del año 587

Ioritzza había llegado lejos persiguiendo a los francos de Bladastes. Naiara lo vio regresar lentamente y se percató de que llegaba herido. Corrió hasta él y lo obligó a tumbarse en el suelo. Tenía la herida en el costado. No era profunda pero le dificultaba la respiración. Y mientras lo curaba, él pasó la mano por su brazo y le dijo:

—Hay guerreros que te adulan una y otra vez y yo no sé hacerlo.

Naiara hizo que se apoyase en ella y emprendieron la subida en silencio. Sólo al rato le comentó que accedería a vivir con él si cambiaba su forma de ser.

—No soporto que hables a gritos y necesito que me mires con sosiego.

Ioritzza no sabía responderle. El simple roce de su pecho le dolía más que la herida.

–Tengo dos hombres en mí, Naiara. Uno corre, grita y mata, si es preciso. El otro te busca a todas horas.

Naiara vivió con él desde aquel día y lo acompañó en varias incursiones más. Cuando se quedó preñada la advirtió una mujer de que iba a perder la criatura si no reposaba. Se quedó en un poblado junto al río Aldude y tuvo una niña a la que llamó Iztilne.

Más tarde nació su hijo, al que puso el nombre de Urgidar. Éste no lo parió en el valle del Aldude, en la vertiente norte del Pirineo, sino en Iruñea. El año 586 había muerto el famoso rey de los visigodos, Leovigildo, y Ioritzza había marchado por el sur con otros muchos vascones, divididos en grupos, cada uno con su jefe, para irrumpir por el Ebro. Era preciso aprovechar la primera época del reinado de Recaredo, hijo de aquél, para hacer botín en territorio godo. Aquellas incursiones fueron tan famosas que los cronistas de Toledo las recogieron en sus obras.

En los siguientes años se acometieron parecidos asaltos por el norte. Los reinos francos eran gobernados por reyes que, a pesar de ser parientes, estaban envueltos en resentimientos y peleas. A veces se trataba de celos de sus mujeres o amantes, como sucedía con Chilperico rey de Neustria y Segiberto, su hermano, rey de Austrasia. Chilperico acabó asesinado por orden de su misma esposa. El rey Gontran de Borgoña había aprovechado la circunstancia para invadir París, declarándose de paso señor de Aquitania y Novempopulania, la tierra vascona. Con ello provocó la rebelión de Gondobaldo, hijo del muerto.

Con tales enfrentamientos dejaban muchas zonas desprotegidas y los grupos vascones aprovecharon la situación. En ese año 587 decidieron los *buruzagis* realizar una gran campaña. La experiencia y organización que poseían les daban fuerza para atacar lejos de los valles. Convocaron a la gente de una y otra vertiente y de otras comarcas. Una vez calculada la gente disponible, se decidió qué zonas asaltar y en qué orden, indicando los caminos y las partes vadeables de los ríos.

Así comenzó el asalto de las fincas y villas de las llanuras. Más tarde se dijo que «los vascones irrumpieron de sus montañas descendiendo a las llanuras, devastando viñas y campos, incendiaron casas, llevándose cautivos junto con sus rebaños».

El cuerpo del ejército al servicio de los reyes francos estaba en Tolosa, a las órdenes del duque Austrobaldo. Éste movió sus soldados contra ellos pero obtuvo «solamente pequeños resultados», como escribieron los empleados francos más tarde.

Capítulo 7

Contra godos y francos

Acabadas aquellas incursiones, Ioritzza llevó a su familia a Garazi, por aquel entonces, una aldea junto al Errobi. Le gustaba porque era de paso y confluían las noticias que venían de Lapurdum, Burdeos, Iruñea y la tierra que se extendía hacia Tolosa. Allí tuvo Naiara a su tercer hijo, al que puso de nombre Aketza porque se acordaba de su hermano dejado en Meanuri, en la ladera de la sierra Cantabria frente al valle del Ebro. Por desgracia murió cuando apenas tenía tres años. Había empezado pronto a caminar pues Iztilne y Urgidar, sus hermanos, lo llevaban a menudo con ellos. No resultaba fácil vigilarlo y a veces se perdía entre el ganado. Un día lo pisó una yegua, que por lo demás era mansa, hundiéndole el vientre. Sobrevivió pocas horas. Su madre lo envolvió en una tela limpia y lo retuvo en los brazos, muerto, hasta que una vecina se lo quitó de las manos para darle sepultura junto a la casa.

Más tarde nació Eburne, a la que llamaron así porque el día del alumbramiento cayó una gran nevada. Urgidar e Iztilne mantenían encendido el fuego en el otro extremo de la casa. De esa forma, las paredes conservaban el calor sin llegar el humo a la criatura. Tenían el suelo recubierto con hierba seca, que habían extraído de la parte baja de la meta o almiar, y así no afloraba la humedad del suelo.

Varios años más tarde, cuando Naiara rondaba los cuarenta y cinco, parió otro hijo al que llamaron Hartzza. En ese parto tampoco estuvo presente Ioritzza. Naiara lo disculpaba. Debía de ser du-

ro para un hombre no entender lo que significaban los hijos al no verlos día a día ni mes a mes echando a andar, corriendo luego, montando después sin ayuda de nadie en una yegua y saliendo con el ganado. Naiara sabía que Ioritzza, cuando pasaba las noches en casa, se agarraba a ella y palpaba su piel como si tuviera hambre de sus labios y su vientre. También era duro ser mujer y llevar encima el peso entero de la cría de los hijos.

La guerra del año 602

Naiara y los suyos no permanecieron definitivamente en Garazi. Al tiempo fueron a vivir a Elusa. Los vascones iban asentándose cada vez más en las ciudades y poblados de las llanuras. Ya no eran conocidos como bandas y grupos errantes que suscitaban desconfianza. A su tierra, que empezaba al sur del Garona, le llamaban Vasconia en vez de Novempopulania. Los descendientes de romanos, los aquitanos y la gente que había cruzado el Loira escapando de las conflictos francos tenían cada vez mejor relación con ellos. Al verlos más avezados en el manejo de las armas, les encargaban incluso la formación de guarniciones en las ciudades y el control de comarcas enteras.

Ioritzza se había trasladado a Elusa precisamente para dirigir las milicias que recorrían la zona. Aunque tenía entonces cincuenta y seis años mostraba una gran resistencia. Además era tenaz y de gran astucia. Naiara no entendía al principio aquella nueva relación con los aquitanos y gentes venidas del norte. Se desconcertaba todavía más cuando Ioritzza saludaba a los mandatarios francos al aparecer éstos con su guardia por la ciudad.

Ioritzza le pedía que tuviera paciencia. De hecho empezaron pronto a cerrar el paso a dichos oficiales aunque llegaran protegidos por sus soldados. Aquitanos y vascones se habían persuadido de que ninguno de los dos reyes, Teodoberto II de Austrasia ni Thierry II de Burgundia, emprenderían una nueva conquista, sabiendo cómo estaban organizados.

En el año 602 sucedió, sin embargo, lo inesperado. La nueva vida que estaba cobrando el territorio lo hacía más codiciable que antes. Ese año organizaron ambos reyes un ejército de gran envergadura y fueron conquistando ciudades y zonas una tras otra. Más tarde escribirían los cronistas francos que habían logrado doblegar a los vascones «con el auxilio de Dios».

Llegaron también a Elusa, y en la defensa de la ciudad murieron Ioritzza con más de sesenta años y Urgidar con apenas veinte. Advertieron a Naiara de que los francos estaban aniquilando a un grupo de vascones que intentaban oponerse en la puerta misma de la ciudad y fue corriendo, enloquecida.

Tenían Iroitza y Urgidar la sangre escapando del cuerpo y la piel perdiendo su calor, sin ninguna expresión en los ojos. Sólo una completa inmovilidad. Hartzea acompañaba a su madre. Solamente tenía nueve años. Naiara le dijo que no llorara sino que la ayudase a llevar los cuerpos. Todavía faltaban muchos años por vivir y habría tiempo de venganza y volver a echar de allí a los francos.

El ducado de Vasconia

Pronto comprobaron los vascones que los francos no habían proyectado una simple incursión de guerra. Estaban organizando militarmente el territorio con tropas estables, dándole categoría de ducado. Al frente del mismo pusieron un alto mandatario con el título de dux. Ese primer duque se llamaba Genial.

Hartzea conservaba el impacto de las imágenes de Elusa y las palabras y actitud de su madre y de los demás. Los soldados de Genial, traídos del norte, recorrían las zonas y su presencia era habitual en poblaciones y caminos. La gente sentía aversión contra ellos. A Hartzea le parecía tan normal odiar a los francos como hablar una lengua diferente. Todo lo que veía o escuchaba de ellos le reforzaba aquel aborrecimiento.

No faltaban, sin embargo, personas que proponían aceptar la situación. Era inútil vivir con aquella tensión. Hartzea, en todo caso, no tenía duda alguna. Le resultaba imposible imaginar que aquella ocupación fuera definitiva.

Las expediciones vasconas por el Ebro

Las tropas de Genial intentaron también ocupar la vertiente sur de los Pirineos. Hicieron incursiones hasta la tierra de los cántabros, pasando por las zonas de várdulos y autrigones.

Los grupos armados vascones, a su vez, preferían seguir el curso del Ebro. En los últimos tiempos los visigodos tenían de nuevo reyes de poca capacidad y los vascones atacaban en busca de botín. Cuando contaba Hartzea diecisiete años, se requirió gente para nuevos ataques y se sumó a las expediciones. Poseía ya entonces gran corpulencia. Si había que sujetar un caballo joven para curarle una pata, lo agarraba y mantenía sujeto por más que el animal intentara librarse. Y al levantar un tronco hacía el esfuerzo de dos hombres. Era el año 610. Los hechos no sucedieron como se esperaba. Había tomado el mando de los godos un tal Gundemaro y éste llevó a sus tropas hasta el Ebro, frenando las incursiones.

Las circunstancias empeoraron dos años después. Subió al trono un nuevo rey, de nombre Sisebuto, que retomaba el viejo proyecto godo de dominar toda la península. Primero organizó una flota para acabar con los bizantinos por el sur. Después envió sus tro-

pas Ebro arriba, al mando de un militar de gran dureza, de nombre Rékhila. Llegó éste hasta la tierra de los cántabros, pasando por las tierras de los rucones. Al atacar, acudieron muchos vascones, entre ellos Hartzea. Pero no pudieron detener a Rékhila, que derrotó también a un Ejército franco que había acudido a las órdenes de un dux llamado Francio.

Nunca hubiera imaginado Hartzea a tantos hombres jóvenes huyendo monte arriba. Aquello le produjo una profunda humillación. Su madre le había pedido que al pasar por la sierra de Cantabria preguntara por su hermano Aketza o sus hijos. Ahora le resultaba difícil el mero hecho de pensar en llegar a casa y presentarse a su madre.

Naiara estaba enferma, echada sobre la hierba dentro de casa. Cuando lo vio en la puerta, mudo, lo llamó y Hartzea se abrazó a ella, tumbándose a su lado. Naiara lo acarició largo rato en silencio como cuando era niño:

–Hijo, a mí me basta con que vivas.

La línea defensiva goda

Aunque Hartzea continuó los años siguientes en el valle de Garazi, anduvo poco con los rebaños. No llegó siquiera a tener mujer. Al morir Naiara, se quedó él con la casa. La tenía, sin embargo, tan abandonada, que la puerta se había salido de sus goznes. Volvía a temporadas y la reparaba acordándose de su madre, que hubiera sufrido de verla así. Mas los hechos vividos y su tenacidad lo quemaban por dentro y lo llevaban de una a otra tierra.

A Hartzea le preocupaba la actitud de los vascones de las zonas entre el Aturri y el Garona respecto a los francos, pues eran necesarios para sacudir su control. Una de sus hermanas, Iztilne, vivía precisamente en Lapurdum, casada con un descendiente de latinos, del que había tenido dos hijos. Hartzea decidió ir hasta allí. Lapurdum era poco más que un recinto fortificado y conservaba todavía la muralla romana con sus torretas. Aunque no estaba dentro de las grandes rutas, tenía buena comunicación con los valles del Pirineo siguiendo el curso del Aturri y del Errobi, que se unían en aquel punto.

Al llegar a Lapurdum se enteró de que Iztilne había abandonado a su marido, uniéndose a un mercader de Ausci. Entonces decidió seguir hasta aquella ciudad, pasando por Dax y luego por Atura, tomando el curso del Aturri. El nuevo marido de Iztilne, de nombre Luspanar, le pareció de gran ingenio. A pesar de que hablaba mejor el romance que el euskara, como muchos vascones de aquellas tierras, compartía el mismo resentimiento hacia los francos. Estaba convencido de que los vascones debían unirse a los aquitanos. Es lo que habían empezado a maniobrar en tiempos de Iorit-

za, su padre. La invasión de Teodoberto y Thierry había interrumpido el proceso.

Cuando regresó Hartzea al Pirineo comentó con unos y otros la posibilidad de colaborar con los aquitanos. En los valles no entendían aquella unión. Mas era cierto que el rey goda Sisebuto estaba envejeciendo. Apenas llegara la noticia de su muerte debían convocar a la gente y bajar hacia la Tarraconense, haciendo todo el daño posible.

Así lo hicieron en el año 621. A Sisebuto lo había sucedido Recaredo II. Aprovechando las indecisiones que cabía prever, en el Gobierno goda bajaron un gran número de vascones tanto por el camino de Iruñea como por la parte de Jaca. Aquellas incursiones, sin embargo, acabaron mal. Recaredo, el nuevo rey goda, murió a los pocos meses y el poder recayó en el veterano duque Suintila, quien se había distinguido por su energía en los tiempos de Sisebuto. Estaban todavía asolando el Ebro los montañeses cuando vieron cómo llegaba con el ejército hasta Zaragoza.

Los godos los empujaron Ebro arriba, a través de las riberas del río Aragón. Temieron entonces que los godos llegaran tras ellos hasta Pamplona y decidieron hacer la paz con Suintila, ofreciéndole rehenes. Fueron obligados asimismo a dejar un notable número de hombres para construir un fuerte en plena llanura, antes de las colinas que llevaban a la cuenca de Iruñea. A dicho fuerte lo denominaron pronto Oligitum, ciudad de los godos. Y fue desde aquel tiempo el punto más alto de la línea defensiva que los godos trazaron para frenar a los vascones.

La porfía vascona

Aunque la derrota ante el ejército de Suintila llenó de amargura a la gente, Hartzea no se dejó amilanar. En su opinión, los godos se habían conformado con instalar un fuerte para vigilar las expediciones de los montañeses porque no se atrevían a ocupar ni Iruñea ni Jaca. Reconocían que los vascones podían mover cientos y hasta miles de guerreros.

En vez de regresar a Garazi, permaneció en las hondonadas del río Aragón y, junto con otros, ayudaba a los pastores a bajar los rebaños hacia el sur. La montaña formaba allí una especie de lengua que se adentraba en la Ribera hasta tocar las Bardenas. Ellos iban por delante para vigilar. Habría que levantar un par de fortalezas por la sierra de Uxue como protección frente a la guarnición goda de Olite.

Según pasaban los años llegaban noticias de que los godos estaban construyendo una línea de asentamientos por la zona del Ebro. Hartzea resolvió llegar hasta allí. En la parte de Zangoitz, una

mujer de unos treinta años de edad se acostaba con los pastores cuando pasaban por el poblado, a cambio de un cordero o un par de quesos. Hartztea se acercó a su casa y le pidió que la acompañara hasta el Ebro, como si fueran marido y mujer. Se llamaba Nora y, como apreciaba mucho a Hartztea, aceptó. No era de fisonomía hermosa pues tenía las facciones endurecidas y eso resultaba más conveniente.

Tomaron un asnillo, lo cargaron con algunas pieles y quesos y bajaron hacia el Ebro. Entraban en las poblaciones cambiando lo que llevaban por otros productos. De esa forma pudieron observar que los visigodos habían fortificado varios poblados al otro lado del río. Revenga, Carbonera, Abalos, Briones, Cenicero, Alesanco y otros que antes eran simples aldeas, tenían ahora sistemas defensivos de madera y piedra. Siguieron curso arriba. Por la zona de los ruccones no había el mismo dominio godo. Los vascones del Oja y del Occa se mantenían últimamente en alerta, protegiéndose en los valles de la Demanda y en la sierra de Cantabria.

A Nora le sorprendía Hartztea. Nada parecía desalentarlo. A menudo comían mal y se agotaban de andar. Hartztea soportaba sus cambios de humor y sus quejas. Era suave con ella y sin embargo no le hacía el amor. Tal vez no quería ser otro hombre más que pasaba sobre su pecho. Nora tampoco pretendía que la hiciera su mujer.

De regreso, por la zona de Orba, Hartztea se metió desnudo en una poza para refrescarse. Nora se le acercó al salir y empezó a secarle la espalda con su propia camisa. De pronto, Hartztea la levantó en sus brazos y le aseguró que no había conocido nunca a una mujer tan entera y buena como ella. Y riéndose un poco añadió que, si estaba dispuesta a seguir con él, no podría ofrecerle ni casa ni ganado, pero sí unos cuanto años más de parecidas penalidades. Y Nora continuó con él a pesar de los sucesos posteriores.

Desde el río Aragón pasaron a la otra parte del Pirineo, a la zona de Bearn. Había en el norte un nuevo duque de origen sajón, llamado Aigino. No se fiaba de nadie, ni siquiera de los eclesiásticos. En el año 626 había condenado al destierro a un noble de origen romano, un tal Palladio, y a su hijo, Senoc, que era obispo de Elusa, acusándolos de favorecer las revueltas de los vascones. Éstas se habían producido sobre todo en Bearn, Bigorra, Comminges y Conserans.

En el 630, los francos hicieron nuevas expediciones contra Vasconia. Hartztea no perdía el ánimo. Según él, los francos no conseguían sojuzgar a los aquitanos ni a los vascones con aquel ducado y se veían obligados a enviar expediciones de grandes ejércitos.

Las grandes incursiones vasconas

Nora hubiera querido dar un hijo a Hartztea pero no lo conseguía. Aunque no mostraba por ella la pasión de un joven, la trataba con tal suavidad y paciencia que se estremecía cuando la abrazaba. Nora a su vez le adivinaba los sentimientos y sabía cómo tratarlo.

Llevaban casi diez años juntos cuando Hartztea le dijo que iba a ausentarse durante un tiempo. Estaban preparando una ofensiva que iba a llegar hasta las llanuras aquitanas, al otro lado del Garona. Era el año 635. Según se acercaba la partida, el rostro de Hartztea se endurecía y los pensamientos no le dejaban espacio para deseársela.

Salió un día de casa y pronto supo Nora que un sinnúmero de guerreros vascones estaban entrando por las zonas del norte, tomando grano y todo tipo de bienes, sin topar con una fuerza que pudiera oponérseles.

Más tarde le comentó Hartztea que él se había mostrado partidario de concluir aquella operación en poco tiempo y esperar en los montes la contraofensiva. Pero la tensión acumulada, la ausencia de dificultades y, sobre todo, la falta de un mando único, impedían tomar decisiones coordinadas. De esa manera se dio tiempo a que el rey Dagoberto levantara tropas en todo el reino de Burgundia, confiando su mando a un jefe llamado Chadoindo, que se había distinguido en otros tiempos por su bravura y decisión.

El nuevo jefe dividió su ejército en diez cuerpos, encabezado cada uno por un duque, que era la jefatura más alta después del rey. Se trataba de los duques Arimberto, Amalgairo, Leudeberto, Wandalmar, Walderico, Ermeno, Baronte, Chairardo, Chramnelen, de origen romano, Wilibando, burgundio y Aighino, de origen sajón. Había otros de menor rango, simplemente condes, pero que no tenían un duque sobre ellos.

La euforia hizo prevalecer entre los vascones la decisión de salir al paso a los francos en las mismas zonas llanas, por las diferentes partes que atacaran, en vez de organizarse en los valles altos. Pronto corrió la voz de que iban retrocediendo, dejando muchos muertos y cuerpos agonizantes por el camino. Solamente en el valle de Zuberoa lograron sorprender al ejército que conducía el duque Arimberto. Éste perdió la vida junto con otros nobles y gran número de guerreros.

Viendo Hartztea que los francos se acercaban a los montes, quemando aldeas y haciendo gran número de prisioneros, habló con otros *buruzagis* y decidieron presentarse desarmados, solicitando hablar con el jefe del Ejército franco. Así lo hicieron, y fueron llevados hasta Chadoindo.

La victoria contra el godo Oppila

Después de capitular, condujeron a Hartztea y a los demás jefes vascones, hasta la corte misma del rey Dagoberto, en Clichy. Allí se vieron forzados a hacer juramento de fidelidad al rey, a los hijos de éste y al reino de los francos. Sólo así les dejaron volver, conminándoles a que cumplieran el juramento.

A Hartztea no le producía resquemor contar a Nora aquella humillación. Los francos participaban en grandes ceremonias en las que se mentían unos a otros y luego mentían a Dios. Eso mismo habían hecho él y los demás jefes. Les habían perdonado la vida para que convencieran a los demás y pagaran en adelante los tributos estipulados. Pero no iban a hacerlo.

—Hacer promesas a los francos es bajar la espada un momento.

Cuando el rey Dagoberto volvió a dividir el reino entre sus hijos, Hartztea pensó que era de nuevo el momento de atacar a las guarniciones francas. Siguieron años de continuos hostigamientos.

Lo mismo ocurría por la zona de Iruñea. Así llegaron al año 642. Últimamente no se veía a Nora con buena salud. Hartztea volvió a salir, esta vez al encuentro de una expedición goda que se acercaba por el Sur. Nora no lo retuvo. Solamente le pidió que se diera prisa en volver.

El rey godo Chindasvinto había mandado un convoy de armas a las órdenes de Oppila, un hombre joven, poderoso en bienes de fortuna, y célebre por su fuerza corporal. Seguramente quería ganar fama ante el rey. Los vascones decidieron arrebatarle las armas y los aprovisionamientos que llevara. Organizaron un fuerte cuerpo de guerreros y se dirigieron a su encuentro.

Cuando los dos ejércitos estuvieron frente a frente, apareció el noble godo en primera línea y dio la orden de iniciar el combate. Su armadura y su corpachón encima del caballo intimidaron a algunos vascones. Hartztea advirtió que iba demasiado confiado en su aspecto y en las florituras de sus arreos. Se adelantó hasta llamar su atención. Los dos hombres se observaron, fuertes y altos como eran. El godo espoleó al caballo y se lanzó contra Hartztea, pero éste movió el suyo, esquivándolo, y, girando alrededor de aquél, acabó atravesándole el cuello con la espada. Desde ese momento los vascones empezaron a imponerse y terminaron destruyendo el Ejército godo por completo, tomando todos sus enseres y armas.

Hartztea se apresuró a regresar adelantándose a los demás. Cuando llegó a casa encontró a Nora muerta. Una vecina la estaba preparando para enterrarla.

Capítulo 8

Alianza e independencia

Más de una vez consideraba Hartztea los consejos de Luspanar, el marido de su hermana Iztilne, sobre el hecho de tener que establecer relaciones más estrechas con los aquitanos y otras gentes contrarias al poder de los francos. Era la única forma de no quedar asfixiados entre godos y francos. A los años de morir Nora, Hartztea decidió ir a vivir con su hermana Iztilne en Ausci.

El año 653 los vascones hicieron grandes correrías por tierras godas, apoyando la rebelión de un noble godo llamado Froya. Pero Hartztea ya no participó en ellas pues seguía en el norte aunque no había previsto permanecer tanto tiempo. Y es que los planes de Luspanar y otros abrían perspectivas muy ambiciosas.

Luspanar era mercader y no hablaba de forma vaga sobre los sucesos y posibilidades. Tampoco era dado a basar la conducta en simples emociones. Uno debía tener sueños y deseos, pero a la hora de obrar era necesario pesar las cosas como en el mercado y fijar el precio más adecuado. A veces no se hallaba a la venta lo mejor y se compraba lo ofertado so pena de quedarse sin nada. Lo mismo sucedía con las alianzas y amistades.

Iztilne había puesto a sus dos hijos los nombres de Arbiscar y Arranes, antiguos entre los vascones. Al unirse a Luspanar, ambos hijos se fueron con ella y Luspanar los aceptó como propios. Con el tiempo Arranes demostró gran inclinación hacia Luspanar y éste lo introdujo en sus negocios.

Hartzea se dio cuenta de que la actividad de ambos era tan útil como una banda de guerreros. Visitaban a los propietarios de campos en busca de grano, hablaban con pastores que bajaban los rebaños desde el monte, sobornaban a los oficiales francos para comprarles armas y alternaban con los artesanos del cuero y la madera. Por todas partes llevaban y recogían noticias.

También se acercaban hasta la misma Tolosa. Los francos habían intentado reorganizar esos territorios, esta vez como reino con sede allí, pero pronto habían desistido en el intento. La ciudad seguía siendo en todo caso la sede del mandatario franco más importante. Arranes terminó estableciéndose en ella, animado por Luspanar y Hartzea, si bien aparecía frecuentemente por Ausci.

Había transcurrido un año desde las incursiones de los vascones aliados con Froya, cuando Luspanar quedó paralizado de medio cuerpo. Desde entonces se vio recluido en casa. Cuando hacía buen tiempo lo sacaban a la puerta para saludar a quienes pasaban. Y empezó a insistir a Hartzea en que marchara también él a Tolosa. No era su labor escuchar a un inválido sino ayudar a su sobriño en lo que llevara a cabo.

Los territorios de Tolosa

Iztilne había aconsejado a Arranes que no se casara con una aquitana, pues los aquitanos tenían una forma diferente de percibir e imaginar los hechos. Sin embargo, había conocido en casa de un noble de Tolosa a una mujer llamada Alodia y se estremecía cuando la veía. Sabía por Luspanar que en el amor, también debían regir las reglas del mercado: medir bien el precio y no entusiasmarse por la novedad. Pero la piel y los labios de Alodia, su silueta, los ojos, y los pliegues de su vestido mientras se alejaba, es decir, todo aquello que no podía ser medido y tasado de manera exacta, lo atraía más que cualquier otro bien.

Terminó viviendo con ella. Al principio buscaba en Alodia únicamente la suavidad y deslizar las manos por su cuerpo cálido y transparente. Pero pronto percibió también su gran entereza para salir al paso de situaciones de todo tipo y aprendió a quererla como a una igual.

Al año largo de casados tuvieron el primer hijo, al que llamaron Argidar. Después tuvo un aborto. Luego dos hijas. A una la llamaron Joana, como la madre de Alodia, y a la otra Elurne, como a la hermana de Iztilne que se había quedado en Garazi. Un cuarto hijo que tuvieron vivió sólo unas semanas. Arranes permitió que su mujer los bautizara aunque no era esta práctica común entre los vascones. En las zonas alejadas de las calzadas y ciudades importantes no había ni tan siquiera iglesias y sacerdotes.

Proyectos vasco-aquitanos

Había aquitanos que se consideraban superiores a los vascones por estar más romanizados. Muchos otros, sin embargo, reconocían las cualidades de éstos, especialmente su energía. Arranes tenía muchos amigos entre los comerciantes y hacendados de Tolosa. Entre ellos destacaba un hombre llamado Félix que, aparentemente al menos, se entendía bien con los funcionarios francos, tanto si eran de Neustria como si procedían de Borgoña, y que al mismo tiempo era aceptado por los aquitanos.

En el año 660 Félix fue nombrado duque de Aquitania, adjudicándole, como en casos anteriores, toda Vasconia. En poco tiempo fue demostrando una especial habilidad para ganarse la confianza de todos, incluidos los vascones.

Sabía, además, rodearse de personas de confianza. Una de estas personas era un hombre que no llegaría a los treinta años, muy conocido de Arranes. Se hacía llamar Lupus, nombre poco común en Tolosa. Al parecer tenía sangre vascona y Lupus era la traducción de su nombre en vascón. Entre los vascones era frecuente darse nombres derivados de animales, como Beles, Azeri, el mismo Hartztea y Otxoa, equivalentes a Cuervo, Zorro, Oso y Lobo.

Lupus hizo saber a Arranes que Félix tenía el propósito de reducir la dependencia de los francos, aunque de momento mantuviera una relación formal de vasallaje. Partiendo de esa nueva situación, Arranes y Lupus maduraron, junto con otros, la idea de unir a vascones y aquitanos. Los aquitanos eran muchos y tenían ciudades de importancia. Los vascones destacaban por su apego a la tierra y constituían una fuerza de choque de gran eficacia.

Tiempo de decisiones

Al llegar Hartztea le manifestaron sus proyectos y éste se mostró de acuerdo con ellos. Durante un tiempo los ayudó incluso a contactar con gentes de Conserans, Bigorre, Oloron y Lapurdum, las partes más bajas de los vascones y les repetía que debían hablar también con la gente que vivía en los valles altos del Pirineo. Éstos mostrarían recelos ante una alianza con pueblos diferentes y serían reacios a depender de un único jefe.

Decidieron, pues, llegar hasta la parte de Garazi donde vivía Elurne, la hermana de Hartztea, y pasar después a la otra vertiente, hasta Iruñea. Hartztea tenía ya setenta años, pero se prestó a acompañarlos. Solamente les pidió que viniera con ellos también Argidar, el hijo mayor de Arranes.

–Necesito alguien joven que tenga paciencia conmigo si me quedo rezagado.

Hartzea estimaba mucho a aquel muchacho de dieciocho años, que demostraba la astucia de su padre y tenía la figura de un guerrero. Le parecía importante que Argidar conociera desde joven cómo eran y vivían los vascones de otras zonas. Sólo quien conocía esas diferencias podía tomar decisiones ajustadas.

Tardaron varios días en llegar a Garazi y hablaron con los jefes de linaje. Al salir hacia la otra vertiente, Elurne obligó a Hartzea a quedarse pues lo veía agotado, y Argidar permaneció con él a indicación de su padre.

Mientras regresaban aquéllos, Elurne y Hartzea hablaron mucho, volviendo un día y otro a las mismas cuestiones. A veces ella se marchaba por los senderos, enjuta como estaba, a solas. De noche permanecía cerca del fuego, tapándose con una manta, desvelada. Argidar preguntaba a su tío por qué estaba siempre tan pensativa.

–Es una vieja, y no quiere dar su brazo a torcer.

Luego añadía:

–No me extraña que esté confusa porque yo mismo lo estoy a veces. Los vascones vivimos en tierras tan diferentes que nos desconocemos entre nosotros. Los del Ebro, a quienes llaman ruccones, se han relacionado con los cántabros y los celtas. Los de la costa viven dispersos en sus montañas, sin una ciudad desde la que planificar sus negocios. Los que habitan junto a las calzadas han llevado el peso de las invasiones y están más preparados para guerrear. Los del Garona se han habituado a mezclarse con los aquitanos. Nunca hemos tenido un rey que nos unifique con una nobleza que controlara los territorios según los proyectos de una corte.

Hartzea daba unos pasos junto a la casa y se sentaba de nuevo.

–Ni siquiera coincidimos en la forma de hablar. Unos dominan solamente la lengua vasca, otros se arreglan también con el romance, y en ciertas zonas han olvidado su lengua originaria.

Hacía una pausa, enredando con la punta del bastón en el suelo.

–Solía decir Luspanar, tu abuelo, que lo más grande que tienen los vascones es que los criados comen en la mesa de los amos y que no hay siervos entre nosotros. Si nos unimos con los aquitanos y aceptamos un príncipe común, ¿cuál va a ser nuestro destino? ¿Vamos a morir por otras cosas y hasta por un rey? Lo único que poseemos ahora y defendemos es nuestra tierra. Todos los demás: godos, francos o burgundios proceden de otros lugares y viven en tierras que han robado. Solamente nosotros vivimos en las nuestras y es primordial que ninguna autoridad ajena pueda afincarse en ellas.

El príncipe Lupus

El duque Félix murió en el año 670. Y para sorpresa de los francos, que así lo reflejaron en sus crónicas, todos aceptaron como príncipe a Lupus, tanto los aquitanos y los vascones de las llanuras como los que vivían en los montes, a los que ellos denominaban «depravadísima gente».

Argidar tenía entonces veintiséis años. Lupus lo había tomado a su servicio desde el viaje al Pirineo, admirado del vigor que emanaba de su mirada y de su forma de razonar. Argidar le manifestaba a veces su desacuerdo con lo que hablaba o decía y aquella sinceridad y temple lo diferenciaba de otros consejeros. Además representaba el sentimiento de muchos vascones.

La primera medida de Lupus fue crear un ejército vascoaquitano. No eran suficientes las milicias y guarniciones. Muchos oficiales eran vascones por su experiencia y capacidad de choque. Lupus esperaba una ocasión para llevarlos a combate. Era el único camino para convertir un tropel de hombres en un ejército.

La ocasión se presentó al poco tiempo, ya que solicitaron su ayuda desde Septimania. Algunos nobles, obispos y abades de aquella comarca preparaban una revuelta contra el godo Wamba. También se supo que los ruccones estaban levantándose por el Ebro. Fue entonces cuando Lupus planeó atacar a los godos por ambos extremos.

El rey Wamba, a su vez, demostró una gran capacidad. Reclutó en breve un ejército para ir contra los sublevados, deliberando a qué parte acudir primero. Y decidió empezar por la zona vascona del Ebro. Durante siete días estuvo causando estragos y saqueando poblaciones, entre ellas Calagurris. Después se dirigió a Huesca y desde allí pasó por la costa a la Septimania, sitiando Nimes.

El ejército de Lupus partió hacia esa ciudad. Antes de llegar supieron que los hombres de Wamba habían logrado tomarla, y la sometieron a un terrible castigo. Al duque Paulo, responsable de la rebelión, le habían sacado los ojos antes de matarlo. Comprendió Lupus que no estaba en condiciones de enfrentarse a aquel ejército y mandó retroceder a sus fuerzas, sin dejarse alcanzar por los godos.

Parecía Lupus, a pesar de todo, satisfecho de aquella campaña y lo comentaba ante sus oficiales. Nunca los vascones había acometido una empresa tan atrevida ni cruzado territorios que iban de costa a costa. Argidar admiraba el temple de Lupus pero no compartía su opinión. Entonces Lupus se puso ante él, erguido como si quisiera darle a entender que era su jefe, y le dijo con dureza:

—Nuestra obligación es tener un ejército preparado y que tanto oficiales como soldados sepan lo que significa atacar, defender

y retirarse ordenadamente si es preciso. Aunque tengamos muertos no vamos a encerrarnos en los valles de ahora en adelante.

Argidar se mantuvo tranquilo. Con voz firme le replicó que estaba dispuesto a dejar su servicio si le estorbaba. No iba a cambiar de parecer cada vez que se pusiera delante como lo estaba haciendo. Entonces Lupus se contuvo y lo abrazó ante todos. Para demostrar públicamente su amistad, le dio una casa en Tolosa. También puso a su servicio a una mujer que había quedado viuda en aquella campaña, a la que acompañaban una hija de quince años y un hijo algo más joven.

Argidar se avergonzaba de tenerlos a su disposición. Lo hería la mirada silenciosa de la mujer y de los hijos, siempre dispuestos a hacer lo que les ordenara, azuzados por la necesidad en que habían quedado.

Expediciones hacia el norte

Pronto se notaron los efectos de la jefatura de Lupus. No aparecían francos como antes, ni los visigodos sobrepasaban el Ebro, pues aquél movía los cuerpos de su ejército de una a otra parte. Entre sus guerreros se contaban también hombres de los reinos de Borgoña, Neustria y de Austrasia, que habían escapado de las tensiones y venganzas que allí se producían, sobre todo después del asesinato del rey Childerico II, un día que estaba de caza.

Los francos tenían el odio en sus mismas tierras. El poder era ejercido de manera tiránica por el mayordomo de palacio, de nombre Ebroin. Hubo importantes revueltas en Poitou, y en Poitiers las dirigió Ansoaldo, su obispo. Cuando el descontento se extendió a Borgoña, Lupus se presentó con su armada delante de Limoges, pasando por el país como si fuera un libertador. Una vez dentro de la ciudad, ordenó que el obispo y los ciudadanos se congregaran ante él. Cuando los tuvo delante, los eximió del juramento de fidelidad hecho anteriormente al rey franco y les informó de que, en adelante, estarían sometidos a él.

Argidar hubiera deseado más prudencia en la campaña. Era necesario fijar los objetivos y calcular cada acción, mientras que Lupus se dejaba llevar a veces por la euforia. En esas fechas, para infundir mayor respeto a la multitud, decidió de pronto entrar en la iglesia donde estaba sepultado San Marcial, muy venerado en Limoges. Una vez dentro, notó Argidar que dirigía codiciosamente la vista al sepulcro. Resaltaba, entre otros donativos, un ceñidor de oro adornado con piedras preciosas, que algún personaje de gran fortuna había dedicado al santo. Lupus pensaba seguramente

apropiárselo, tanto por su valor como para dotar a su imagen de más solemnidad ante el pueblo.

En ese momento, sin embargo, asomó un hombre detrás del altar y golpeó a Lupus con una espada en la cabeza. Argidar no llegó a prevenirlo. Sólo pudo matar al franco y asistir seguidamente al herido. La gente salió atropelladamente del recinto, empujada por los guerreros, y luego se encerró en sus casas temiendo que los vascones cometieran una masacre en cualquier momento. Afortunadamente, Argidar logró convencer a Lupus, cuando volvió en sí, de que no tomara venganza. Después hizo correr la voz de que el príncipe había sanado por mediación del santo, ganándose de esa manera la voluntad de las gentes.

Era el año 680.

La vida en la ciudad

Vueltos a Tolosa, Lupus se mostró reconocido con él y le ordenó que descansara.

—En Tolosa tienes mujeres y es bueno disfrutar con ellas. Pronto tendremos que salir a Borgoña o a Iruñea y hemos de aprovechar ahora.

El cuerpo desnudo de una mujer era el mejor de los descansos, aunque uno tuviera que pagar por ello. Todas las sensaciones eran suaves. El olor de su piel era diferente a los demás. Y su roce era lo más lejano a los golpes de espada que herían en el costado mientras uno se torcía violentamente, aunque no sintiera el ardor de las heridas hasta que los enemigos se hallaban lejos o agonizaban en los alrededores. El placer era casi infinito y lo buscaba una y otra noche, sin saciarse.

La viuda seguía atendiéndolo, tan solícita como siempre. Por el contrario, la muchacha, que tenía ya veintitrés años, se mostraba vigilante tal vez por curiosidad o para prevenirse de él. Tenía un cuerpo tan joven y esbelto que, aun evitando mirarla, le hechizaba. Se llamaba Ainize.

Argidar se disponía una noche a salir de nuevo, cuando Ainize se interpuso en la puerta. Argidar esperó un momento y, como ella no bajara la mirada, le llevó las manos a la cara y luego las bajó por sus brazos. Ella no se movía, con los ojos fijos en los suyos. Pero le dijo de pronto con firmeza:

—No soy tu sierva, ni ejerzo el oficio de prostituta.

Argidar retiró las manos de ella y le preguntó si quería ser su esposa. Ainize le respondió sin ablandar su mirada:

–Si me lo pidieras podría incluso dormir contigo esta noche. Pero debes estar dispuesto a que te lo niegue.

Largo tiempo de control vascón

Al primer hijo lo llamaron Andoitz. Con el tiempo se unió a la hija de un hombre de Tolosa, que poseía una hacienda fuera de las murallas y trabajó con él. Al segundo hijo lo llamaron Urti y se mostró muy pronto aficionado a los caballos y a la vida de los guerreros. Cuando partían destacamentos de soldados, salía de las murallas con otros muchachos y los remedaba. El tercer hijo nació sin vida y Ainize se preguntó durante mucho tiempo qué podía significar aquella muerte prematura. Afortunadamente tuvo después una hija, a la que llamaron Goikiria. Se la veía desde pequeña tan alegre y sana, que todos se juntaban a su alrededor. Más tarde terminaría casándose con un hombre del valle de Garazi, adonde marcharía a vivir, como lo habían hecho antepasados de su familia. Y por fin, en el año 688 tuvo a Semeno. Éste era tímido y afectuoso, protegido siempre por sus hermanos a los que seguía por todas partes.

Ainize se inquietaba mucho por su marido. Pero mientras gobernó Lupus el territorio vascón no fue invadido por los francos. En la vertiente sur el peligro era mayor. Los godos intentaron repetidamente avanzar hacia Iruñea. El rey Egica, que reinó entre el 687 y 702 logró apoderarse de la ciudad. En Vasconia fue el suceso más grave durante aquel tiempo. El ejército de Lupus consiguió pronto echar a los godos y avanzó hasta el Ebro. Ni siquiera permitió que los sucesivos obispos de Iruñea y de Calagurris acudieran a los concilios de Toledo.

Capítulo 9

Francos y musulmanes

Lupus murió en el año 710 y le sucedió Eudon, que se había formado junto a él. Algunos decían que era hijo suyo. Tenía el arrojo de Lupus, más aprendizaje militar y un ejército experimentado en los años anteriores. Se le auguraban éxitos tan grandes o mayores que los de su predecesor, a no ser que las circunstancias le fuesen especialmente adversas.

Al año de regir a vascones y aquitanos supieron que un Ejército godo, con el rey Rodrigo a la cabeza, se acercaba al Ebro. Urti tenía entonces veintisiete años y pasó el Pirineo con otros muchos para reforzar la ciudad y apostarse en los montes cercanos, de modo que los godos no pudieran cercarla sin ser ellos asediados por la espalda.

Apenas había llegado el grupo de Urti a Iruñea, notaron que se retiraba el Ejército godo apresuradamente. Algún hecho de suma gravedad estaría acaeciendo por el sur. En realidad, el rey godo había subido al norte aconsejado con engaño por algunos nobles que tenían planeado destronarlo. Entre ellos se encontraba el obispo de Sevilla y el gobernador de Ceuta a cuya hija había afrentado. Cuando estuvo lejos de Toledo llamaron a Muza, el gobernador árabe en la costa de Ifrikiya o África, quien acababa de enviar al beber Tarik Ben Malluk al frente de miles de guerreros.

Don Rodrigo fue derrotado el 19 de julio de aquel mismo año 711 en Guadalete. A partir de entonces los hechos se precipitaron. El reino visigodo estaba sostenido por una aristocracia llena de

tensiones internas. Sin embargo, no existía un pueblo como tal. Sólo había una aglomeración de poblaciones anteriores: íberas, celtas y latinas, a las que se habían añadido alanos, suevos, judíos y bizantinos. Los árabes comprendieron pronto que podían adueñarse del reino pues aquellas poblaciones no estaban dispuestas a defenderlo. Entraron nuevos contingentes africanos, al mando del mismo Muza, y avanzaron sin obstáculos, primero hasta la meseta central y luego hacia Zaragoza.

Los montes de Babeluna

El ejército de Eudon regresó de Iruñea tras la súbita retirada de Don Rodrigo, aunque dejó en la ciudad una fuerte guarnición. Urti solicitó formar parte de ella. Era un hombre lleno de vitalidad y hacía amigos donde llegaba. También era enamorado. Vivía con una mujer que había visto mientras patrullaba por la zona de Murru Artederreta, que era la puerta de la cuenca. Urti se acercó hasta lograr un día aproximarse a ella y se puso sin más a lisonjearla. Como ella se girase sin hacer caso de sus halagos, intentó sujetarla por el brazo. La muchacha se desasíó con energía y entró corriendo en su casa. En unos instantes, Urti vio que salían sus hermanos con ánimo de agredirlo aunque iba vestido de guerrero. Para calmarlos les juró que venía a pedirla por esposa. Y así lo hizo poco después.

Durante varios años la situación fue tranquila. Los africanos se habían apoderado de todas las tierras excepto, como escribirían más tarde, «de los montes de Caracoxa y los montes de Babeluna y una peña de Galiquia». Tarik había sido llamado a Siria para dar cuenta al Califa de la ocupación del reino goda y su lugarteniente Abd Al-Ariz, recorría la costa sur hasta Elche y repasaba Lusitania hasta cerca del Duero, vigilando las tierras ocupadas.

En el año 714, sin embargo, los árabes sobrepasaron Zaragoza y se presentaron en las tierras vasconas del Ebro. La línea de poblaciones que habían establecido los visigodos en las cercanías del río, entre las que ahora destacaban Tudela y Arnedo, estaban administradas por un conde goda de nombre Casius. Tampoco éste se sentía obligado a defender el reino y pactó desde el primer momento con los árabes. No tuvo prejuicios en asumir la religión del Islam. Los musulmanes también creían en un solo Dios, al que llamaban Allah, parecido al nombre Elohim que usaban los judíos en arameo. Además reconocían a Jesús como profeta y practicaban la circuncisión.

La mujer de Urti se llamaba Amunia. En el año 715 tuvo un primer hijo al que pusieron de nombre Erlanz. Tres años más tarde les nació una niña a la que llamaron Kiteria. Estando Amunia de parto, llegó un cuerpo expedicionario musulmán ante las murallas

de la ciudad. Los vascones cerraron las puertas, aunque sabían que duraría poco su resistencia si no recibían refuerzos. Y éstos no iban a llegar fácilmente. Eudon había movido el grueso de su ejército hacia el norte, en apoyo de los neustrios contra los austrasianos. En esos días se hallaba cerca de París.

Las tropas musulmanas se detuvieron ante los muros sin mostrar ánimo de asediarla. Luego se adelantaron algunos caballeros. Eran representantes de la familia Casius. Les prometieron que, en el caso de aceptar las capitulaciones de los mandos africanos «nada cambiaría en la situación. Mantendrían su soberanía, no sufrirían ni cautiverio ni muerte, serían respetadas las iglesias y objetos de culto y no serían molestados en el ejercicio de su religión. Sólo deberían pagar el amán», un tributo que cabía discutir.

Nueva situación entre los francos

También por el norte estaban sucediendo hechos importantes. En el reino de Austrasia ejercía el cargo de mayordomo de palacio Pipino de Heristal. Era el jefe de una poderosa familia asentada junto al río Mosella, en Metz, capital del reino. Había vencido al ejército de los neustrios y borgoñones poniendo los reinos bajo una sola monarquía. En realidad el rey era una figura sin prestigio alguno y Pipino absorbía todo el poder.

Los austrasianos dominaban, por tanto, hasta el río Loira. Hubiera pretendido Pipino entrar en Aquitania, pero Lupus primero y después Eudon le cerraron el paso. El austrasiano volvió entonces sus tropas contra los bretones, sajones, frisonos, alamanes y bávaros, que se mantenían independientes.

Al morir este mayordomo, los neustrios vieron la ocasión de recuperar el control de sus tierras y nombraron rey a Chilperico II. Pronto apareció en la corte de Austrasia un nuevo mayordomo, Carlos Martel, hijo bastardo de Pipino, y movió con firmeza su ejército para abortar aquellas pretensiones. Chilperico no tuvo fuerzas suficientes para defender sus derechos y solicitó la ayuda de Eudon.

El caudillo vascoaquitano juzgó más importante dar un golpe decisivo a la política expansiva de los austrasianos del Rin que frenar a los musulmanes en la vertiente sur. Cruzó con su ejército el Loira y atravesó París para ayudar a los neustrios. Llegaba a Soissons, más allá del Sena, cuando se enteró de que las tropas de Carlos Martel se habían adelantado, derrotando al ejército de Chilperico II.

Eudón recogió las tropas neustrias fugitivas. Retuvo consigo al rey Chilperico y su tesoro real y retrocedió, llevando tras de sí a Carlos Martel, quien lo persiguió hasta Orleáns, en la frontera aquitana.

El nuevo ataque musulmán

La hostilidad siguió abierta durante los meses siguientes. Mientras tanto los musulmanes se habían afianzado en la península y tenían el propósito de internarse en el continente, en Al-ar-al-kabira, que decían, «la tierra grande». En el año 720 cruzaron los desfiladeros de Gerona a Elne, mandados por El Haur, tomaron Narbona, degollaron a los varones de la ciudad y enviaron a las mujeres y niños a Hispania.

Los territorios vascoaquitanos eran sus próximos objetivos. Ante el peligro, Eudon se vio forzado a ofrecer la paz a Carlos Martel y éste aceptó exigiendo, eso sí, que le entregara al rey Chilperico y su tesoro real. El acuerdo tuvo lugar el 2 de diciembre de ese mismo año.

Meses después, nuevas fuerzas musulmanas cruzaron los Pirineos por los ríos Auda y Ariege, y llegaron hasta las cercanías de Tolosa, capital de los vascoaquitanos. La comarca quedó sobreco-gida ante el peligro. Se introdujeron en la ciudad con prisa suministros y vituallas: animales, trigo, vino, y, desde luego, armas. Al mismo tiempo, se enviaron mensajeros a Eudon que estaba con su ejército en Burdeos.

Andoitz vivía con su mujer y sus dos hijos, Bordat y Ermíne, en la hacienda heredada de sus suegros. También estaba con ellos Ainize, su madre, que se mostraba firme a pesar de sus setenta y cinco años, y el hermano menor, Semeno. Vacilaba Andoitz en refugiarse dentro de las murallas pues le dolía abandonar la finca. Falta-ba poco para cerrar las puertas cuando hizo entrar a los suyos mientras que él, engañándolos, se quedó fuera, con la intención de alejar el ganado y vigilar la casa durante la noche. Ainize cayó en la cuenta de que Andoitz no se encontraba con ellos y avisó a su nieto Bordat. Éste logró salir de los muros y se marchó en su busca. Tenía diecisiete años y mostraba gran apego a su padre.

No regresó ninguno de los dos. El ejército musulmán empezó a batir las murallas con máquinas de guerra, completando la acción con hondas para impedir que los defensores se aproximaran a las rampas. Así, día tras día, hasta que divisaron desde los muros a los hombres de Eudon, que se acercaban a lo lejos. Los sitiadores, por su parte, se alinearon para la lucha delante mismo de la ciudad. Su jefe, al-Samh, arengaba a los guerreros prometiéndoles la ayuda de Allah.

Emprendida la batalla, se decantó pronto el triunfo a favor de Eudon. Entonces abrieron las puertas de la ciudad y salieron en tropel para acelerar la victoria. Los musulmanes tuvieron que huir, perseguidos por la calzada romana que iba de Tolosa a Carcasona.

Murieron tantos, que los cronistas árabes llamaron a aquella ruta la «vía de los mártires». También pereció su jefe, al-Samh, y tomó el mando de las tropas que huían Abd al-Rahman.

Ainize, acompañada de Semeno, de la mujer de Andoitz y de su nieta Ermiñe, aceleró el paso hacia la finca. La puerta de acceso estaba desencajada. El cuerpo de Andoitz se hallaba en la parte de atrás y por su estado, parecía haber muerto recientemente. Bordat no aparecía por ninguna parte.

Ainize se quedó frente a su hijo, abatida. Pero se repuso enseñada, mandó traer una tela limpia y envolvió suavemente el cuerpo de Andoitz, ayudada por su nuera. Luego excavaron una sepultura y lo enterró en silencio. No permitió que se perdieran en lamentaciones, como si ella misma necesitara ocultar su propio dolor. Bordat llegó a los dos días junto con otros, por el camino de Carcasona. Tenía las ropas llenas de sangre y lloraba, sin haber limpiado siquiera la espada que sostenía en la mano. Ainize lo abrazó y lo hizo descansar. Seguidamente partieron en busca del ganado disperso.

El ataque de Carlos Martel por el norte

Cuatro años más tarde se produjo otra invasión, dirigida por el nuevo emir Ambasa, que buscaba vengarse y ganar prestigio. Sus tropas llegaron hasta Carcasona, pero Eudon las hizo retroceder hasta más allá del Ródano.

En los años siguientes se produjeron continuos hostigamientos por aquella parte. Aunque los musulmanes eran frenados una y otra vez, causaban un gran desgaste en el ejército de Eudon. Era necesario establecer acuerdos de paz apenas se entreviera la oportunidad.

Ésta se produjo en el año 729 cuando un jefe bereber, llamado Munuza, se levantó contra los árabes en la zona de Cerdanya, limítrofe con Aquitania. Las fuerzas musulmanas estaban compuestas por árabes, sirios y bereberes y no faltaban tensiones entre ellos. Eudon consiguió hacer un pacto de amistad con Munuza, y le entregó como esposa a su hija Lampegia, que era de gran belleza.

La estabilidad obtenida se rompió en el año 731 por el norte. Carlos Martel acababa de someter a los sajones, alamanes, suevos y bávaros y decidió mover sus tropas para debilitar a Eudon y preparar la conquista de sus tierras.

Bordat se había mantenido en el trabajo de la hacienda en consideración a su madre. Sin embargo, cuando Eudon hizo un llamamiento general a los hombres para detener a los francos, dejó

todo en manos de su tío Semeno y se presentó en el ejército vascoaquitano.

No se llegó a librar una verdadera batalla. Carlos Martel poseía un ejército engrosado por hombres de pueblos vencidos, a los que vigilaban oficiales curtidos. Los diferentes cuerpos del ejército de Eudon se vieron arrollados y hubieron de retroceder. No pudieron impedir que los francos cruzaran el Garona y se internaran en Vasconia. Cuando regresaron a sus tierras iban cargados de botín.

Para más desgracia, Abd al-Rahman al-Gafiquí atacó aquel mismo año al bereber Munuza, yerno de Eudon, derrotándolo. Más tarde se contó que Munuza se había precipitando por un desfiladero para no caer en manos de los árabes. Su mujer, la hija de Eudon, fue llevada a Damasco, al harén del Califa, en razón de su hermosura.

La tierra desaparecía bajo los guerreros

El objetivo principal de Abd al-Rahman no era aniquilar el poder de Munuza. Había traído un gran contingente de hombres desde Egipto y otras partes de África y pretendía adentrarse en las zonas del norte. Una avalancha de guerreros cruzó Iruñea camino de Roncesvalles y descendió por la otra vertiente del Pirineo.

Eudon ordenó a todas sus fuerzas reunirse junto a la desembocadura del Garona, abandonando Vasconia. La ciudad de Burdeos cerró las puertas y los vascoaquitanos se dispusieron para la batalla en la otra orilla.

Bordat sentía la angustia de que todo el país podía quedar exánime ante los musulmanes si se perdía aquella batalla. Como más tarde escribirían los cronistas árabes, el ejército de Abd al-Rahman era tan numeroso que «la tierra desaparecía bajo la muchedumbre de sus guerreros».

El Ejército de Eudon, aunque poseía experiencia y disciplina, no tenía la fuerza de años anteriores. La batalla se mantuvo indecisa durante horas. Pero el terreno se cubrió pronto de vascones heridos y agonizantes, y los jefes dieron la voz de retirarse. Mientras lo hacían ordenadamente para evitar que los musulmanes los dispersaran, Bordat vio a lo lejos el humo del incendio de Burdeos.

Fueron retrocediendo hasta la frontera de los francos, en el Loira. Eudon, a pesar de aborrecer a Carlos Martel, le envió mensajeros requiriendo su ayuda, advirtiéndole que el reino franco iba a ser el próximo objetivo de Abd-al Rahman.

El franco exigió a Eudon, en contrapartida, que reconociera la soberanía austrasiana. Sólo cuando Eudon formalizó aquel com-

promiso y prestó juramento de fidelidad, convocó Carlos Martel a su ejército, haciendo venir a los cuerpos de germanos y borgoñeses que tenía sometidos.

Los musulmanes habían avanzado hasta cerca de Poitiers, saqueando lo que encontraban a su paso. Quería Abd-al-Rahman llevar sus tropas hasta Tours, donde confiaba hallar tesoros fabulosos. Al llegar a esta ciudad, que se encontraba dentro de las fronteras aquitanas, sus habitantes cerraron las puertas. Intentaron los musulmanes un primer asalto, mas viendo la dificultad de rendirla siguieron adelante. Poco después se enteraron de que un gran ejército de vascoaquitanos y francos venía contra ellos. Abd al-Rahman ordenó entonces retroceder hasta una llanura, en las inmediaciones de Poitiers.

Aconsejaron al jefe árabe quemar el botín que habían acumulado. Sin embargo no lo hizo, confiado en sus fuerzas. Durante siete días ambos ejércitos se mantuvieron desplegados el uno frente al otro, tanteándose y realizando escaramuzas, queriendo intimidarse mutuamente.

En la mañana del octavo día, Abd al-Rahman se puso al frente de su caballería y ordenó lanzarse contra el enemigo. Aquella embestida no hizo retroceder a vascoaquitanos y francos. Se repitieron los asaltos hasta que Eudon dio un rodeo e «irrumpió con los suyos en el campamento árabe dando muerte a muchos y devastándolo».

Aquel ataque fue de gran transcendencia. Los musulmanes volvieron la espalda creyéndose atacados por detrás, atentos a proteger el botín, y el enfrentamiento degeneró en una confusa batalla que no cesó mientras hubo luz. Era otoño y la noche temprana hizo que unos y otros abandonaran la lucha y se retiraran a sus respectivos campamentos. Nadie podía medir el resultado. Solamente se oía el clamor de los moribundos y los estertores de los caballos mortalmente heridos. Los guerreros de una y otra parte buscaban en las sombras a sus heridos, respetándose en esa tarea.

Al amanecer se pusieron de pie vascones, aquitanos y francos, oteando el campamento árabe, tratando de percibir sus primeras maniobras. Nadie se movía, aparentemente. Mandaron entonces a un grupo para que inspeccionase con cautela. Bordat avanzaba, agachado, con los otros. Al aproximarse al campamento enemigo caminaron más erguidos y terminaron corriendo. Se creó una inmensa algarabía. Amparándose en la noche el ejército de los árabes había huido. Unos habían tomado el camino de Septimania y el resto se dirigía al Pirineo para marchar por Jaca y por Iruñea hasta el Ebro.

Era el año 732.

Capítulo 10

Lucha y desunión vasca

Goikiria, la hermana de Andoitz, vivía en Garazi. Había perdido cuatro hijos: uno antes de nacer, otro en el parto y dos cuando eran todavía niños. Solamente le quedaba Hanot. Hubiera deseado prevenirlo de todo resentimiento pero ¿cómo evitar que abriera los ojos o que oyera lo que contaban unos y otros? Tenía once años cuando cruzaron el valle los guerreros musulmanes, primero de ida, y luego escapando, derrotados. Hanot se escondía con otros muchachos en las alturas del valle, gritándoles y tirándoles piedras. Días más tarde entró en casa contando que una mujer del Roncal había matado al rey árabe mientras pasaba éste por el puente romano, cerca del desfiladero de Olast, y que en Iruñea habían echado a la guarnición musulmana. Allí tenía ella un hermano, Urti, del que ignoraba si habría sobrevivido.

Tiempo después, cuando el vello le sombreaba los labios, vino con la noticia de que un nuevo emir había tomado otra vez Iruñea. Y un año más tarde, apareció con aspecto sombrío, como un hombre, diciendo que había muerto Eudon en plena batalla con el ejército de Carlos Martel, quien seguía obstinado en añadir Aquitania y Vasconia al reino de los francos.

Los hijos de Eudon

Tenía Hanot veintidós años cuando aparecieron por el valle hombres que buscaban caballos y reclutaban jóvenes. Uno de ellos preguntó por la familia de Goikiria. Era Bordat, el hijo de An-

doitz. A pesar de sus treinta y ocho años se le apreciaban profundos surcos en las mejillas y en la frente.

Los hijos de Eudon, Hunaldo y Hatton, proseguían la lucha contra los francos. Controlaban las mismas tierras que su padre, aunque las arremetidas de los francos eran más frecuentes. Bordat estaba a las órdenes directas de Hunaldo. Tras pasar un día entre sus guerreros, se había fijado en él y lo había asignado a su guardia.

Goikiria temió, desde el primer momento, que Hanot se marchara con su tío, y cavilaba cómo evitarlo. Al fin se fingió enferma y llamó a una muchacha que estaba enamorada de su hijo. Mientras la cuidaba, le pidió que sedujera a Hanot para que no se fuera del valle. La muchacha se llamaba Iruri y era mañosa en todo. Al poco tiempo le aseguró que había cumplido sus deseos. Pero como Goikiria le abrazara, expresándole su agradecimiento, Iruri le separó suavemente las manos, aclarándole que tal vez no había cumplido exactamente el encargo. Hanot deseaba seguir a Bordat y ella misma lo había animado a hacerlo. Tras maldecirla, la echó de casa. Mas cuando se vio sin Hanot fue a buscarla y le rogó que viviera con ella pues deseaba tenerla por hija.

La traición de Hatton

Los guerreros francos cruzaban el Loira para dañar campos y aldeas. En una de las escaramuzas tomaron preso a Hatton, el hermano de aquél. Al tiempo se supo que Hatton había aceptado el nombramiento de duque de Aquitania y Vasconia como feudatario de Austrasia. Los francos pretendían de esa forma suplantar a Hunaldo o al menos crear división entre las gentes.

Hanot servía a las órdenes de su tío en la guardia personal de Hunaldo. Éste se mostraba sombrío, imprecando contra aquél que olvidaba la muerte de su padre y de miles de guerreros. Un día pareció haber tomado una decisión. Llamó a Bordat, en quien confiaba totalmente, y le indicó que eligiera un grupo de guerreros y se dirigiera hasta el primer puesto franco. Debía llevar regalos y rehenes y transmitir a las autoridades francas el compromiso y juramento de que él, Hunaldo, deseaba constituirse en aliado y vasallo de los francos, dando por concluidas aquellas guerras.

Ordenó además a Bordat que, una vez cumplido dicho encargo, pasara por Poitiers, en la zona norte de Aquitania, donde se hallaba Hatton, y le explicara el juramento hecho y la necesidad de entrevistarse ambos para establecer una relación amistosa, acorde a los tiempos.

Eligió Bordat a un grupo de soldados, entre ellos a Hanot, y ejecutó la orden de Hunaldo. Luego pasaron por Poitiers. No podía creer Hanot lo que estaba presenciando pues su tío resultaba plenamente convincente. Hatton conocía personalmente a Bordat y lo tenía por hombre de palabra. Por ello se fió y los acompañó hasta Hunaldo.

Una vez junto a la tienda de éste, Bordat hizo señal a los guerreros que lo acompañaban de que sujetaran a Hatton y él mismo le quitó la espada, empujándolo hacia dentro. Hanot permaneció vigilando la entrada. Desde allí sintió pronto la voz airada de Hunaldo y unos momentos después se oyeron los gritos de Hatton. Y sin más lo sacaron a rastras dos guerreros. Tenía la cara ensangrentada y extendía los brazos, gimiendo, pues le habían sacados los ojos.

Era el año 744.

El príncipe Weifre

Después de aquel castigo, Hunaldo abdicó en su hijo Weifre y se retiró al monasterio de la isla de Ré. Había sido duque de vascos y aquitanos durante nueve años.

Weifre era tan astuto y valiente como su padre y su abuelo Eudon. Solicitó la paz a los francos pero inmediatamente se dedicó a reclutar nuevas tropas dispuesto a continuar con la defensa de sus tierras.

En el año 747 tomó Pipino, hijo de Carlos Martel, el gobierno de Austrasia, Neustria, Borgoña y Provenza. Ejercía el poder con tal dureza que hubo pronto gentes y hasta nobles que buscaron refugio en las tierras vascoaquitanas. El año 748 llegó un hermano del mismo Pipino, un tal Griffon, dispuesto a colaborar con Weifre.

Ese mismo año Bordat mandó a Hunot a Garazi pues hacía cinco que no veía a su madre. No quería que se le agriase el carácter como sucedía a muchos soldados que no tenían casa ni esposa.

En realidad había otro motivo en aquella licencia. Bordat se daba cuenta de que el peligro de los francos acaparaba la atención del ejército de Weifre y no se intervenía ni en Iruñea ni en las tierras del Ebro. Ni siquiera tenían noticias ciertas sobre su situación. Al despedirse de Hanot, le dijo:

—Un hermano de tu madre se llama Urti. Él o sus hijos continuarán viviendo en Iruñea. Si puedes, haz un viaje hasta ellos y entérate de lo que sucede en la vertiente sur.

Y moviendo la cabeza, añadió:

—Por la zona del Garona y del Loira somos a veces vencidos pero nos reponemos. Hay sin embargo, una derrota de la que va a ser

difícil recobrase. Estos enfrentamientos nos han impedido crear una corte, con ducados que rijan cada zona dentro de un gobierno común. No hemos logrado unir las tierras vasconas.

Desde Aragón hasta Araba

Goikiria e Iruri se alegraron del regreso de Hanot. Pero éste recordaba más las indicaciones de Bordat que las tareas de los pastores. Desde los primeros días empezó a buscar noticias entre la gente que llegaba de Iruñea. Y estimando que no eran suficientes, decidió ir él mismo hasta allá.

Urti no se parecía en nada al joven risueño y atrevido que le había pintado su madre. Tenía ya setenta años y caminaba con dificultad. Vivía en casa de Erlanz, su hijo mayor, y hospedó a Hanot, emocionado de tener ante sí a un hijo de Goikiria.

La situación en la zona era más tranquila que por el norte, pues había menguado la presión musulmana. En realidad, el Imperio musulmán se encontraba en crisis en África y Siria. El paso del tiempo había agrandado las diferencias de los pueblos integrados en el Islam. La dinastía Omeya tenía los días contados. En la península de Hispania se hacían la guerra árabes y bereberes, e intervenían en la contienda expedicionarios sirios y yemeníes.

Hanot había visto en Iruñea soldados de la guarnición musulmana, dependientes del walí de Zaragoza y no entendía cómo soportaban su presencia. Urti le dijo, bajando la vista:

—Aquí no hemos sido protegidos por el ejército de Hunaldo o de Weifre. Ya llegará el día de echar a esos soldados. De momento, ya hemos empezado a no cumplir los pactos. Estamos, además, en tratos con los musulmanes de la zona de Tudela, que aborrecen a los walíes de Zaragoza. Como sabrás, no son árabes ni bereberes sino antiguos romanos, visigodos y vascones, gobernados por la familia de Casius, que ahora llaman Banu-Kasi. Los vascones de Iruñea y Jaca, lo mismo que los del Deierrri y de la Berrueza, vivimos en buena armonía con éstos.

Más riesgos corrían las tierras del oeste, a las que llamaban Araba por estar situadas en la zona baja de los valles. El peligro no venía de los árabes sino de los godos. Una parte de su nobleza se había refugiado en la parte montañosa de los astures y últimamente aprovechaban los conflictos de los musulmanes para ocupar nuevas tierras. La gente de aquellas montañas era de estirpe astur, cántabra o bien se constituía por antiguos galos y suevos, pero la nobleza que los regía era goda.

El año 743 habían hecho una incursión al mando del que llamaban Alfonso I, casado con una hija del famoso caudillo Pelayo.

Dicho Alfonso se tenía por heredero de la monarquía goda, con derecho a sus comarcas. Como sus territorios actuales estaban constreñidos frente al mar, se proponía abrir una vía que lo relacionara con el continente cristiano. En aquella primera expedición había alcanzado Miranda, Revendeca, Abeiza, Cenicero y Alesanco, en el Alto Ebro, utilizando los viejos caminos romanos que se internaban en Asturias. Antes de retirarse les impuso tributos. Posteriormente intentó repoblar con astures la zona cantábrica, y llegó hasta la parte de Carranza y Sopuerta.

Regresó Hanot a Garazi preocupado por aquellas noticias y no tuvo sosiego hasta ponerse en camino en busca de Bordat para hablarle de lo sucedido. Afortunadamente regresó en breve pues Bordat juzgaba oportuno que viviera cerca del Pirineo.

Iruri tuvo una niña a la que llamaron Lirain. Era la alegría de todos. Más tarde, en el año 753, nació otra hija y le pusieron de nombre Nunila. Ese año hubo un intento de tomar Iruñea por parte de Yusuf, el walí de Zaragoza. En los últimos tiempos no cumplían los vascones los compromisos o capitulaciones que exigía, y había mandado un destacamento para forzarlos a ello. Ante esa circunstancia, se reunió gente de las comarcas cercanas, salieron a su encuentro y los derrotaron. El mismo Ibn Xiheb, jefe del destacamento y gran parte de sus soldados resultaron muertos. Los supervivientes escaparon Ebro abajo. Más tarde se comentó que Yusuf lo había mandado con pocas tropas para que pereciera.

Los valles occidentales

Weifre reclutó pronto nuevos hombres y reforzó las posiciones vascoaquitanas del norte. Muchas ciudades, como Bourgers o Thouars en la frontera del Loira, tenían de nuevo guarniciones suyas. Hanot se dividía por dentro. Sentía deseos de acudir pero le costaba dejar a sus hijas y a Iruri. La piel, la boca y el vientre de su mujer lo retenían un día y otro.

Habían pasado cinco años desde el nacimiento de Nunila cuando Iruri se quedó de nuevo embarazada. Estaba empeñada en dar un hijo a Hanot. Por esa época aparecieron en Garazi hombres de la zona sur, convocando a los jóvenes para ayudar a las gentes de Araba. La misma llamada habían hecho en Iruñea y en la llanada del Zadorra. Hanot no pudo retenerse más y marchó con ellos, acompañado de un hermano de Iruri. Tardó un par de meses en regresar, y se mostró desalentado, visto lo que sucedía en aquellos parajes.

Desde el año 757 reinaba en Asturias un hombre de gran dureza, llamado Fruela. Había enviado a sus hombres por tierras de Cantabria hasta los valles vascones y cometían todo tipo de atropellos. Aunque habían conseguido empujarlos fuera de las tierras,

se habían llevado un gran botín, tomando incluso mujeres que luego se repartían. El mismo Fruela había apartado para sí una adolescente llamada Munia que era de una familia muy conocida en Araba.

Al no llegar el mando de los sucesivos príncipes Eudon, Hunaldo y Weifre hasta aquellas tierras vasconas, tomaban el gobierno los jefes de linajes y regía cada uno su respectiva comarca. Munia era la hija de uno de aquellos jefes y tal vez Fruela planeaba casarse con ella para reclamar un día sus tierras.

Iruri lo escuchaba y le preguntaba una y otra vez por su hermano. Estaba ya en el séptimo mes de embarazo y Hanot no se atrevía a decirle la verdad. Pero ella adivinó enseguida que había muerto en los enfrentamientos, y no pudieron consolarla. Unos días después dio a luz prematuramente, pero la criatura no vivió más que unas horas. Y no tuvieron más hijos.

Capítulo 11

El acoso de los francos

Lirain y Nunila, las hijas de Iruri y Hanot, tenían trece y diez años respectivamente, cuando apareció de nuevo Bordat, enjuto, con los ojos hundidos, la barba mal cortada y las arrugas endureciéndole las facciones. No tenía ganas de hablar. Sólo al tiempo supieron que había sido uno de los mandos en la plaza de Bourges. Aunque la línea defensiva vascoaquitana se había mantenido firme durante un tiempo, el rey Pipino había conseguido romperla. Entre el año 761 y el 762 había conquistado tanto Bourges como el castro de Thouars. Licenció a los demás defensores pero condujo a los guerreros vascones a tierras francas. Bordat había tardado un año en escapar, vagabundeando hasta cruzar el Garona.

Los francos, por lo demás, no dominaban más que ciertos puntos, ya que la lucha contra ellos era general. En el 765 se corrió la voz de que un tío de Weifre, llamado Remistano, había jurado fidelidad a Pipino, quien le había dado el título de duque para restar autoridad a Weifre, además de regalos de todo tipo, desde oro y plata hasta armas y caballos. Bordat se mostró convencido de que Remistano, al que conocía de cerca, había engañado al rey franco. La verdad es que volvió pronto al vasallaje de Weifre. Como venganza por su humillación asoló las comarcas de Berry o de Limoges, que los francos habían anexionado. Los colonos traídos por éstos no se atrevían a arar sus campos ni a podar sus viñas. Otro pariente de Weifre, llamado Mansion, acompañado por soldados de gran experiencia, había dado un golpe de mano a las puer-

tas mismas de Narbona, impidiendo que una expedición de Pipino llegara a la ciudad.

A pesar de aquellas acciones de guerra Bordat sospechaba que, según corría el tiempo, Weifre se encontraba cada vez más acorralado por los ejércitos francos. Aunque valía tanto como Eudon y Hunaldo, tenía un enemigo más fuerte que ellos.

En el año 768 llegó la noticia de que el rey franco había apresado a varios miembros de la familia de Weifre en la ciudad de Saintes, a media distancia entre el Loira y el Garona. Con ellos en su poder avanzaba hacia el sur. Hubo fuerzas que se entregaron y empezó a cundir el desánimo. El mismo Weifre tuvo que escapar, perseguido por los hombres de Pipino, que prometía grandes recompensas a quien le diera muerte.

Al final Weifre se vio forzado a ocultarse por zonas inhabitadas y boscosas, acompañado de un pequeño número de guerreros. Incluso entre éstos se hablaba de llegar a un acuerdo con Pipino. Weifre no cedió y la tensión fue apoderándose del grupo. Algunos decidieron, incluso, acabar con él. Y en ese mismo año 768, estando en la selva llamada Edobola, en Perigord, lo mataron.

Como una agonía

Bordat esperó angustiosamente algún tipo de reacción. Surgió un hombre al que llamaban Lupo II, que se proclamó duque de Vasconia, mientras que otro, de nombre Hunaldo, lo hizo de Aquitania. Hunaldo, cuyos territorios estaban más próximos a los francos, fue derrotado por éstos al año siguiente y se refugió en Vasconia, junto a Lupo II.

Pipino acababa de dividir sus reinos entre los dos hijos, Carlos y Carloman. Carlos era el más ambicioso. Ante la actitud de Lupo, cruzó el Garona y le envió mensajeros para advertirle que él mismo se pondría al frente de sus tropas si no le entregaba al fugitivo. Intimidado Lupo, entregó a Hunaldo y a su mujer y puso ambos ducados a disposición del franco. Era el año 769.

Desde ese año, la situación dio un gran vuelco. A pesar de que Lupo II continuaba como duque, se hallaba sometido a los francos. Pronto empezaron a verse partidas de Carlos cruzando el Pirineo con dirección al Ebro, acompañadas por hombres de Lupo.

Murió Carloman el año 771 y Carlos quedó dueño de todas las comarcas. Su proyecto, sin embargo, era fijar las fronteras en el Ebro. La vertiente sur del Pirineo sería simplemente la Marca Hispánica de su reino.

Bordat anduvo durante muchos días cabizbajo, sin hablar ni apenas comer. Luego lo vieron marchar por una y otra parte, tante-

ando el sentir de la gente, sin hacer caso de los consejos de sus familiares que temían por su salud. Terminaron dejándolo ir a su antojo.

Solamente Lirain, la hija mayor de Hanot, se preocupaba por él. Bordat sentía gran cariño hacia ella. No había tratado con muchas mujeres en su vida, y, sobre todo, no pausadamente. Probablemente le rehuían por su expresión endurecida. Cuando las muchachas bailaban en las fiestas se sentaba en un madero mirándolas y se llenaba de sentimientos confusos.

El marido de Lirain había muerto en la misma acción en que había caído, por fin, Remistano, el tío de Weifre, al que habían ahorcado por mandato personal de Pipino. Desde entonces trabajaba ella en silencio como si nunca se agotara. Era hábil con los partos tanto de yeguas como de vacas, y sobre todo de ovejas. Si las crías salían sin fuerza las reanimaba golpeándolas un poco o simplemente soplándoles en el hocico. Si tenían mordeduras de lobo o de perros, les limpiaba la herida con sal y vinagre, y si eran de serpiente se las cerraba luego con arcilla.

Cuando veía a Bordat alejarse con la yegua, tomaba otra y lo acompañaba. Así hubiera hecho su marido. Aunque los muertos desaparecían en la fosa, perduraba en la mente su modo de ser.

Cambio de estrategia

La rendición de Lupo II y el control que ahora tenían los francos de las comarcas dolía a mucha gente. Otros se alzaban de hombros. Nunila decía que era mejor dar un cordero de tributo que arriesgar el rebaño entero y que soportar a los francos era mejor que vaciar de jóvenes las familias y llenar los poblados de cojos y mancos. Lirain replicaba que las personas no eran ovejas a las que el pastor mataba la cría y seguían comiendo de su mano.

Pronto aparecieron por los valles prófugos de las tropas de Lupus. Según ellos no se podía tornar de momento a batallas en campo abierto contra los francos, ni recuperar las zonas bajas. Era necesario organizarse en las zonas montañosas: nombrar jefes en cada valle, avituallarse de armas y disponer de mensajeros que fueran y vinieran. Había que asestar los golpes en circunstancias favorables y desaparecer luego. El rey franco Carlos había logrado dominar a los longobardos en el norte de Italia y ahora atacaba a los sajones. Apenas concluyera esa campaña retomaría su propósito de extenderse hasta el Ebro. Eso lo obligaría a cruzar el Pirineo y entonces sería el momento de atacarlo.

Las tierras musulmanas se encontraban en grandes tensiones en los últimos años. Los árabes yemeníes de al-Andalus habían

acogido a uno de los Omeyas escapados de la matanza ordenada por los Abasíes en Siria, y éste había roto con Bagdad, capital del califato, proclamándose emir, con sede en Córdoba.

Abd al-Rahman I, como se hacía llamar, no tenía, sin embargo, la adhesión de todos los musulmanes peninsulares. Las ciudades del norte: Barcelona, Zaragoza y Huesca, no estaban dispuestas a someterse. El walí de Zaragoza, había acudido a Carlomagno, con la promesa de entregarle la plaza si le protegía contra el cordobés. La oferta se formalizó en el marco de la Dieta de Paderborn. De esa manera, el valle del Ebro se ponía al alcance del rey franco. Era el año 777.

Carlomagno preparó un gran ejército. Parte del mismo debía entrar por Pertus, en la zona oriental del Pirineo, y el resto por Roncesvalles. En la primavera del año siguiente, el 778, se pusieron en marcha los dos cuerpos. El rey franco había recabado la aprobación del papa, Adriano I. Éste le había contestado que rogaba al Dios omnipotente para que «os preceda y haga triunfar a vuestra excelencia». Cruzó la armada el Garona que, como seguían diciendo los cronistas entonces, era un «río que corre fronterizo entre aquitanos y vascones», y siguió hacia Roncesvalles sin mayores precauciones, pues contaba con la ayuda de los hombres de Lupo.

La batalla de Roncesvalles

Los cabeza de linaje de las diversas zonas habían advertido a la gente que se alejaran de las zonas de paso, llevándose los ganados para no facilitar a los francos las tareas de avituallamiento. Encargaron asimismo a personas de confianza que comprobaran el número de hombres, la caballería y la distribución de los diferentes cuerpos del Ejército franco.

Carlomagno llegó a Pamplona sin dificultad y renovó las capitulaciones que regían la sumisión a los francos. Luego continuó su marcha hacia Zaragoza. Había guerreros vascones que seguían sus pasos, mezclados al principio con los pastores y luego caminando como vagabundos. De esa forma observaron que en Zaragoza convergía el cuerpo de ejército que había entrado por la costa tarraconense.

En Zaragoza, sin embargo, esperaba un gran contratiempo a los francos. Había cambiado de manos el gobierno de la ciudad y los nuevos jefes no se mostraban de acuerdo con las condiciones estipuladas anteriormente, ni estaban dispuestos a entregar la plaza, tan bien protegida con muros. No tuvo otra opción Carlomagno que improvisar el asedio. Transcurrieron, no obstante, semanas y meses sin conseguir someterla, pues no venía pertrechado para tal eventualidad.

Había atravesado Aquitania en abril y estaban ya en agosto. Entonces le llegó la noticia de que los campesinos sajones se habían rebelado de nuevo. Enojado con aquel revés, tomó Carlomagno presos a los musulmanes que habían avalado la expedición, acusándolos de traidores, y ordenó levantar el asedio y disponer el regreso. Ahora marchaban los dos cuerpos de ejército juntos, en dirección a Iruñea.

Advertidos del hecho, los *buruzagis* convocaron a todos los hombres. Bordat tenía entonces setenta y cuatro años. Veía salir a los jóvenes con envidia y los animaba. Lirain advirtió una mañana que su tío sacaba una yegua y se alejaba por detrás de la casa. Tomó ella otra, lo alcanzó y preguntó a dónde iba. Bordat callaba, sin detenerse. Al cabo de un trecho, dijo:

—Lirain, no he disfrutado mucho a lo largo de mi vida y deseo hacerlo ahora. Vuelve tú a casa, que yo voy al paso de Orreaga y tengo prisa, no sea que llegue tarde.

Lirain se puso a su lado y, al no poder disuadirlo, lo acompañó. Al cabo de dos días llegaron a la zona alta, donde todavía se veían las losas de la antigua calzada romana. Todo estaba aparentemente tranquilo. Se cobijaron bajo una peña, un tanto alejados del camino que iba hacia el bosque de Altobiskar, y quedaron a la espera.

Era mediados de agosto. Al amanecer Bordat despertó a Lirain. Tenía los ojos brillantes y le fue señalando diferentes lugares.

—Mira cómo van silenciosos, en pequeños grupos, sin caballos, por entre las piedras y los árboles, situándose cerca de la calzada. Son los nuestros. Por fin se han decidido, Lirain. Los vamos a cazar aquí después de diez años de matar a Weifre.

Avanzada la mañana aparecieron al fondo los primeros hombres del Ejército franco. Y seguidamente un enorme número de guerreros. En el centro se distinguía el séquito de caballeros que hacían guardia al famoso rey. Desaparecía ya el primer gran cuerpo de guerreros tras el alto cuando se distinguió el segundo ejército.

Apenas este segundo cuerpo se internó en el valle, empezó el ataque. Los vascones aparecían por todas partes. Primero rodaron un sinnúmero de rocas para descomponer las filas francas. Luego los atacaron con dardos, jabalinas y piedras lanzadas a mano. Los francos se movían desconcertados. Resonaban las voces de sus jefes pero solamente conseguían organizar a pequeños grupos de guerreros. Intentaban subir tras los vascones pero éstos se retiraban unos pasos y volvían a empujarlos hacia el fondo del barranco. Los francos no podían moverse con agilidad dentro de sus armaduras, presos, asimismo, del cansancio a consecuencia de las largas marchas desde Zaragoza. Los caballos relinchaban y los mulos caían con la carga al querer trepar por las cuestas. Poco a poco el suelo

iba llenándose de cuerpos. A veces se arrastraban unos metros y luego quedaban yertos, con el gesto lleno de dolor de su última contracción. Según menguaban los vivos, trataban de guarecerse tras los árboles o debajo de alguna roca. Y morían allí mismo, tumbados o acurrucados en el suelo.

Bordat deseaba bajar también, mientras Lirain lo retenía. Al final ella misma echó a correr y a tirar piedras. Bordat le indicaba alguno que huía:

–Por allí, Lirain, por allí.

El combate había durado unas horas solamente. Aquel cuerpo del Ejército franco quedó deshecho. Solamente algunos escaparon en dirección del grupo real. Los vascones recogieron rápidamente el botín y desaparecieron en distintas direcciones. En una parte del barranco se hallaban solamente Bordat y Lirain. El anciano miraba los cuerpos sin vida o moribundos y repetía, con las facciones descompuestas:

–Son todos francos, Lirain.

Capítulo 12

Partición de Vasconia

Mientras regresaban hacia Garazi, se dio cuenta Lirain de que Bordat vacilaba en su yegua. Lo ayudó a desmontar y buscó una borda para pedir algo de comer, suponiendo que estaba exhausto. Cuando regresó con pan de mijo y un poco de leche lo encontró tendido y sin vida. Lo enterró y descansó aquella noche. Al amanecer tomó también el ganado de su tío y siguió el camino, teniendo siempre a la vista el río Errobi para no extraviarse.

A media mañana fue alcanzada por un grupo de hombres que venían de la cima. Al notar su inquietud el jefe la tranquilizó. Habían acudido desde Fezenzac, una zona entre Ausci y el río Garona. No eran los únicos llegados de lejos. En aquella y otras zonas abundaban los que no aceptaban la sumisión a los francos que mantenía Lupo II.

Siguió con ellos todo el día. Aunque Lirain iba marcada por el cansancio, la línea de su cuerpo era hermosa en aquel silencio de hayas y robles. Sentía que los hombres la miraban e intentaba situarse en la última posición del grupo. A pesar de ello, uno u otro se colocaban detrás para observarla. Algo parecido sucedió cuando se detuvieron para descansar. El jefe, al que llamaban Adalaritz, les advirtió que la dejaran en paz. Al caer la noche, sin embargo, él mismo se acercó a Lirain y le propuso seguir el camino junto a él.

—Tengo casas y criados y estoy ahora sin mujer. Me he dado cuenta de que eres decidida y hermosa y, aunque alejo a los demás, yo mismo ardo en deseos por ti.

Lirain le contestó que no podía acompañarlo, pues ella también tenía un hogar. Pero estaba tan agradecida por su actitud y tan abrumada por las imágenes y los sentimientos, que se acostó a su lado. Hasta el amanecer permanecieron abrazados. Lirain sintió un inmenso descanso y Adelaritz parecía un niño enhebrándose en ella.

Las particiones de Carlomagno

La alegría general por el triunfo sobre los francos se transformó pronto en preocupación. Carlomagno había deducido que no era suficiente hacer incursiones guerreras y regresar con el ejército victorioso a la otra parte del Loira. Era necesario tomar medidas de gran alcance. La primera de ellas fue convertir en reino la comarca vascoaquitana, dotándola de la organización necesaria. Y no puso de rey a uno de los nobles sino a su propio hijo Ludovico.

La segunda gran disposición fue dividir dicho reino, aprovechando las diferencias de cada territorio. De esa manera quedarían desvinculadas las partes entre sí. Dividió a los vascoaquitanos en cuatro regiones. La parte norte oriental sería ahora la Aquitania primera, con su capital en Bourges. La zona contigua a la costa sería Aquitania segunda, con la capital en Burdeos. Narbona sería la tercera zona con capital en la ciudad del mismo nombre. Vasconia tendría su capital en Eauce.

Seguidamente, subdividió la misma Vasconia en cinco partes. A la zona norte, entre el Adur y el Garona, que estaba más romanizada, la llamó Condado de Vasconia Ulterior. La parte al sur del Garona hasta el Ebro, donde la gente era de costumbres y lengua más tradicionales, fue denominada condado de Vasconia Citerior. A la región más cercana a la frontera con el Garona, por el lado de Tolosa, la llamó condado de Fezenzac. Y la zona oriental pirenaica quedó en dos subzonas: condado de Bigorre, en la región alta del río Garona, y condado de Comminges y Conserans.

Hanot recordaba, a sus sesenta años, las palabras de Bordat:

—Ahora empieza, Lirain, nuestra verdadera derrota. Los vascos vamos a olvidar que somos una única nación.

Pronto aparecieron condes gobernando cada una de las zonas. También llegaban abades para fundar monasterios o regir los que ya existían. Traslataban gentes de unas tierras a otras. Incluso traían colonos francos para asentarlos en la ribera aquitana del Loira.

Lupo Sanzio, hijo de Sancho Lupo, que mantenía el título de duque de Vasconia, fue llevado a la corte franca para ser educado

en ella. Aunque Sancio Lupo figuraba como duque de Vasconia, el jefe militar era un hombre llamado Chorson, nombrado por el rey. Lupo no tenía autoridad siquiera para convocar una asamblea general, que debería celebrarse en Tolosa.

Estaba Carlomagno tan atento a la situación de Vasconia que, cuando presentó a su hijo Ludovico como rey del nuevo reino en la Dieta de Paderborn en el 785, lo hizo vestirse a la manera de los vascones.

La secesión de Fezenzac

El dominio de los francos no cubría todos los territorios. En la franja pirenaica que iba desde Bigorre hasta las cuencas de Lumbier no se aventuraban los hombres de Sancio Lupo y menos los de Chorson. Por el contrario, llegaban muchas familias desde las zonas bajas, buscando dónde asentarse lejos de los francos.

Un día encontró Lirain cerca de su casa a un hombre de expresión resentida. Era Adalaritz e iba camino de Iruñea. Últimamente habían surgido conflictos entre los vascones de Fezenzac y los aquitanos por cuestiones de límites. En un golpe de mano, él y otros habían logrado capturar al jefe militar del nuevo reino, Chorson. No lo dejaron en libertad hasta que juró restituir las tierras. El joven rey Ludovico les dio seguidamente la razón. Sucedió en el año 787. Posteriormente el rey franco, su padre, que seguía marcando las decisiones, condenó al destierro a los cabecillas de la comarca, entre los que se hallaba Adalaritz, y se mostró dispuesto a separar el condado de Fezenzac de Vasconia, pues los vascones se mostraban más hostiles a los francos, y asignarlo a Aquitania.

Lirain lo hizo entrar en casa se lo presentó a su padre, a su hermana Nunila y a los sobrinos. Luego le hizo comer y descansar. Ella misma metió en la cuadra el caballo que tenía atado a un árbol. Se hermana Nunila la miraba tratando de adivinar sus pensamientos. Al día siguiente les comunicó Lirain que se marchaba con Adalaritz. Nunila intentó disuadirla. No podía una mujer en su sano juicio atarse con cuarenta años a un hombre que le llevaba otros diez y empezar ambos a vivir de la nada. Hanot les aconsejó simplemente que, si llegaban hasta Iruñea, recurrieran a los hijos de Urti, uno de los cuales se llamaba Erlanz.

Lirain abrazó a sus sobrinos, preparó una yegua y le puso encima una alforja. Montó luego, e indicó a Adalaritz que avanzara sin detenerse.

Divergencias entre la gente de Iruñea

Erlanz los recibió cordialmente. Adalaritz le explicó los motivos que lo habían llevado desde Fezenzac, enterado de que en

esa parte del Pirineo la gente no estaba dispuesta a cumplir las disposiciones de los francos.

Erlanz lo escuchó en silencio y les ofreció alojamiento en su casa mientras tuvieran de qué ocuparse. Luego les habló de su familia. Una de sus hijas, de nombre Alduara, estaba casada con un hombre llamado Gartxot, al servicio de las armas por cuenta de una familia muy conocida: los Belasko. También era hombre de armas otro de sus hijos, Bostitz, aunque al servicio de otra familia, los Enneko, de los que era pariente su mujer, llamada Orose.

Al día siguiente le dijo con expresión grave:

—No quiero que os llaméis a engaño ni cometáis imprudencias. En Iruñea se oyen opiniones diferentes respecto a los francos. Por la zona montañosa entre Iruñea y Jaka, por los valles altos, por Lumbier, el río Aragón y bajando a la sierra de Uxue, goza de gran prestigio la familia de los Enneko. Al parecer son gente venida del Bigorre. Son dueños de abundante hacienda y hay muchos hombres armados a su servicio. Al poseer grandes rebaños, necesitan bajarlos a la Bardena. Por eso han cuidado sus relaciones con los Banu-Kasi del Ebro. Sé, por Orose, que la madre de Iñigo Aritza, actual jefe de esa parentela, al quedarse viuda casó con Musa Ibn Fortún Banu-Kasi, que gobernaba la comarca. Todavía vive allí. La gente de los Enneko no soporta a los francos ni los acata, aunque evitan enfrentamientos armados con ellos.

Erlanz hablaba con voz segura a pesar de sus años.

—Los Ximeno son otra familia de gran prestigio por la zona del Deierri y la Berrueza. Su jefe de linaje es actualmente Ximeno el Fuerte. Está emparentado con los Enneko y opina como ellos respecto a los francos.

Esperó un poco antes de continuar.

—Pero hay gente que piensa de manera muy distinta. Creen que no puede prescindirse de los francos en las circunstancias actuales y que se deben cumplir los pactos establecidos con ellos. Los Belasko constituyen la familia más conocida entre éstos. Como os expliqué ayer, al servicio de ellos está mi yerno Gartxot, el marido de Alduara. Gozan en este momento de la confianza del duque de Vasconia y hasta del rey Ludovico. Tienen mucha fuerza en la Cuenca de Pamplona, por la barranca del Arakil y las partes de Araba y de Aiala. Los francos controlan con su ayuda la zona que va desde el Bidasoa hasta la llanada del Zadorra. Por eso denominan a esa zona Galia Commata, que en su lengua debe significar Galia boscosa o espesa.

Lirain y Adalaritz lo miraban sorprendidos.

–Veo que os hiere el tono de mis palabras ya que no hablo con dureza de los Belasko. Os voy a contar un hecho. Hace nueve años el emir Abd al-Rahman quiso someter a los walíes rebeldes del Ebro e hizo una terrible expedición. Primero tomó Zaragoza. Luego, Calahorra. Después entró en Viguera. De paso fue desmantelando las fortalezas que encontraba. Cruzó seguidamente el Ebro por Vareia y se internó por las tierras de somontano, desde la Berrueza hasta el Deierri. Finalmente, llegó a Pamplona y la devastó. Después, regreso a Córdoba sin que nadie se atreviera a incomodarlo.

Hizo un silencio y los miró fijamente.

–Muchos opinan desde entonces que los musulmanes terminarán ocupando todas nuestras tierras si Vasconia no es defendida por los francos.

No obstante lo dicho, añadió luego Erlanz que se honraba de tenerlos en su casa y que apreciaba la actitud de Adalaritz en Fezenzac y su preocupación por las tierras vasconas.

Los Enneko

Adalaritz y Lirain buscaron a Bostitz y Orose y éstos los condujeron a los Enneko. Al ver a Adalaritz experimentado en armas y caballos lo tomaron a su servicio. Pronto advirtió que la gente de los Enneko no se preparaban para la guerra en campo abierto. Todo lo confiaban al terreno. Las piedras, las flechas, la jabalina, el agazarse tras las rocas y correr a pie por ellas eran todavía sus bazas principales.

Es cierto que no tenían recursos para hacer frente a un Ejército franco o musulmán a campo abierto, y estaban supeditados a mantenerse en las zonas de montaña. Pero si un día tenían oportunidad de salir a zonas abiertas, deberían manejar la espada y los caballos.

Tenían Bostitz y Orose un hijo llamado Iñautzi, también al servicio de los Enneko y Adalaritz empezó a enseñarle lo que sabía sobre armas. Cuando los demás observaron cómo manejaba Iñautzi la espada, sintieron curiosidad por aquel hombre de Fezenzac. Adalaritz les repetía que una espada no era ni un garrote ni un cayado. El brazo tenía más posibilidades de movimiento que las utilizadas habitualmente y la espada prolongaba y aumentaba sus recursos.

Adalaritz insistía también en el tratamiento de los caballos. Los labradores y madereros miraban el pecho y las patas de los animales valorando su fuerza de tiro. Pero en un caballo había que observar el ardor, los movimientos, cómo arrancaba al galope y si era sensible al roce del pie o a la voz del jinete. No había que aman-

sar a un caballo, sino hacerlo amigo. Cuando hubiera que salir a las zonas más abiertas el animal sería imprescindible para trasladarse, luchar y escapar. El caballo había sido la clave de muchas conquistas y derrotas.

Según pasaban los años entendía mejor Adelaritz el mérito de los Enneko al mantenerse libres en aquella zona montañosa, aunque seguía lamentando las limitaciones de su decisión. No participaban en los sucesos del norte u otras zonas sometidas a los francos. Cuando los musulmanes atacaron Araba en el año 791 y en el 793, ningún hombre de los Enneko acudió. Tampoco cuando en el 794 los árabes llevaron sus ataques desde Araba hasta Asturias. En todos estos casos ayudaron los hombres de Belasko y otros venidos de la zona norte. Pero no los Enneko. Fue por ejemplo Gartxot, el yerno de Erlanz y hasta Endura su hijo, y no lo hizo Bostitz ni su hijo Iñautzi.

Los musulmanes de Tudela

En el año 798 decidieron los Enneko mandar una importante delegación a Tudela. No se trataba simplemente de visitar a su madre. Querían llegar a acuerdos de mucha importancia con los Banu-Kasi. Iñautzi formó parte del grupo de guerreros que les acompañaban.

Para evitar enfrentamientos en Pamplona salieron por el valle del río Aragón y pasaron por la sierra de Uxue, que estaba bajo su control. Desde allí se metieron por la Bardena, conducidos por pastores que conocían las sendas y barrancos.

Tudela no era una ciudad amurallada aunque sí el centro de la comarca. Los Banu-Kasi se habían mantenido ajenos a los conflictos entre árabes y bereberes. Además cuidaban sus relaciones con el emir de Córdoba y eso los había salvado de sus incursiones contra los walíes rebeldes de Zaragoza.

Esa habilidad había creado una notable tranquilidad en la zona. El contacto con los africanos incrementaba el interés por la agricultura y se veían numerosas huertas y campos por la vega del Ebro. Los árabes, acostumbrados a tratar con mimo cualquier zona donde apareciera el agua, como sucedía en los oasis o en sus ríos, les habían transmitido sus técnicas e interés por el riego. Aunque eran pocos los Banu-Kasi que entendían el árabe, utilizaban términos introducidos por aquellos en las huertas. Decían *as-sut*, *séquia*, *safareig*, *alcaduf*, para decir, azud, acequia, aljibe, alberca. Seguían cultivando el trigo, la cebada, el lino, el esparto, los olivos, las higueras y la vid. Aunque en otras partes habían arrancado viñas para cumplir la prohibición coránica de consumir vino, en

la zona del Ebro no se habían puesto en práctica dichas medidas. Cultivaban asimismo un cereal nuevo: el arroz.

Los Enneko permanecieron en Tudela varios días. Planeaban con los Banu-Kasi la toma de Pamplona, librándola del control de los francos. El beneficio para los del Ebro sería instalar como gobernador de la ciudad a un Banu-Kasi. A su vez ellos intervendrían ante el emir de Córdoba para que éste no dirigiera sus tropas contra Iruñea.

Mientras cerraban aquellos tratos, Iñautzi se limitaba a cuidar de los caballos, montar guardias en el edificio en que se alojaban los Enneko y acompañarlos en sus salidas. Las criadas de la casa se hacía a veces enconadizas con los del grupo vascón, riéndose entre ellas mientras éstos cuchicheaban maliciosamente. Iñautzi era el más joven y puede que el mejor parecido. A sus veintiún años no estaba habituado a aquellas picardías y le tensaban profundamente. Se había fijado en una de las muchachas, de expresión muy risueña, que parecía mirarle especialmente. Iñautzi sufría por verla.

La víspera de partir, cuando salía de dar de comer y echar la última mirada al ganado, se encontró con ella y sin decir nada la abrazó. La joven se desasíó y desapareció. Unos momentos después notó, sin embargo, sus pasos. Lo condujo de la mano a oscuras por una escalera. Abrió luego una puerta y lo abrazó. Tenía el cuerpo perfumado e Iñautzi se olvidó pronto de todo, como si los hayedos de Izaga, las calles de Pamplona, el ganado y las huertas se hubieran convertido en los pechos y en la piel rizada de la tudelana.

—Me llamo Zaynab.

Al día siguiente partieron los de Iruñea pero no regresaban solos. Con ellos iba Mutarrif, el hermano de sangre de Musa ben Musa, jefe de la familia Banu-Kasi, y un centenar de hombres. Al despedirse unos de otros, pudo Iñautzi ver a la madre de Fortún y Enneko. Había tenido en Tudela tres nuevos hijos a los que había dado nombre vascón: Enneko, Lupo y Gartzea. Aparecía rodeada de ellos y de sus nueras. En el último momento salieron algunas mujeres que iban a acompañar a la esposa de Mutarrif. Y entre ellas distinguió Iñautzi la mirada sonriente de Zaynab.

Nuevos hechos de armas

A los pocos días llevaron a cabo la acción prevista. Ocuparon Pamplona y colocaron a Mutarrif como gobernador, ante la sorpresa general. Cuando se estabilizó la nueva situación llevó Iñautzi a Zaynab antes sus padres y Lirain. Éstos la vieron tan hermosa y expresiva que dieron por buena la decisión del hijo.

Zaynab servía durante el día en la residencia de Mutarrif, y durante la noche volvía a casa de Iñautzi, contagiando a todos con su vitalidad. No duró, sin embargo, aquel estado de las cosas. Apenas un año después tendieron una celada a Mutarrif, y lo asesinaron. Durante varios días hubo gran tensión en la ciudad. Iñautzi iba de un lado a otro, enfrentándose en grupos a los hombres de Belasko. Zaynab había venido corriendo, llorosa, y la tenían escondida en casa. No tardaron los partidarios de los francos en hacerse de nuevo con el control de la ciudad. Los hombres de Enneko tuvieron que salir hacia Egüés y sus partidarios se movieron con prudencia.

Lirain se encerraba en casa con Zaynab y Adalaritz salía a enterarse de la situación. Un día lo hirieron en plena calle. Lirain oyó gritos y lo encontró tendido. Durante días y noches luchó en vano por curarlo. Zaynab lloraba continuamente y Lirain le pidió que se calmara. Era preferible guardar el dolor dentro para así no olvidar los sucesos.

Aquel mismo año 799, colocaron también en Jaca un gobernador partidario de los francos: Aznar Galíndez. Dos años más tarde, en el año 801, Lupo Sanzio participó al frente de soldados vascos en la campaña que el rey aquitano, Ludovico, hijo de Carlomagno, llevó a cabo en Barcelona. Con esa operación los francos establecían la tan deseada Marca Hispánica.

Por esas fechas los hombres de Belasko ganaron una gran batalla a los musulmanes en las Conchas de Arganzón, en Araba. El terreno se hacía, por aquella parte de Araba, más abierto, sin riesgos en los que defenderse y estaban levantando tantas fortalezas que llamaban a aquellas tierras «Araba y los castillos».

No todo era, sin embargo, bienandanza para los francos. En Fezenzac había gran descontento por estar adscritos a Aquitania en vez de a Vasconia. Llegó a tanto que los vascos quemaron vivos a varios de los hombres de Lieutar, el nuevo conde impuesto por Ludovico. El rey preparó un gran castigo, condenando a la hoguera a los cabecillas de acuerdo con la ley del talión. Lirain dijo:

–Mejor que haya muerto Adalaritz antes de enterarse de todo esto.

Era ya el año 802. Zaynab estaba embarazada de varios meses, cuando sucedió otra desgracia. El ejército del emir de Córdoba Al-Hakam tomó Tudela, apartando de su gobierno a los Banu-Kasi. La derrota de Arganzón había convencido al emir de que era necesario asegurar la zona del Ebro. Zaynab llegó a decir que en mala hora se había quedado preñada. Lirain le replicaba que la vida tenía su ley. Si no quería aquel hijo ella lo cuidaría como propio.

Iñautzi parecía endurecido por lo que iba acaeciendo. Sin embargo, era muy tierno con Zaynab. Por las noches le besaba el vientre desnudo y la animaba. Cuando llegó la hora del parto, Lirain acompañó a Zaynab. Y como se quejaba y gritaba según le venían las contracciones, le recriminó para que pujara, diciéndole que la vida era parir. Apenas vio Zaynab la criatura sobre sí olvidó sus dolores y se mostró tan alegre que Lirain misma sonrió. No permitió, sin embargo, que Zaynab le pusiera un nombre musulmán.

—He tenido tanta paciencia contigo, que seré yo quien decida. Se va a llamar Naroa, para que nos ayude cuando andemos escasos de bienes o de humor, porque significa abundancia.

Iñautzi estaba por aquellos días fuera de Iruñea. Cuando tuvo a Naroa en sus brazos le tembló el cuerpo. Zaynab le riñó por no haber asistido a su parto, pero Iñautzi le habló al oído y le cambió el semblante. Venía del Ebro. Entre la gente de Enneko y los guerreros de Musa ibn Musa habían tomado de nuevo Tudela, trayendo preso al jefe del castillo.

El nuevo paso de los francos

En el año 805 tuvo Zaynab a Aiora, y casi dos más tarde a Azima. No consiguió tener más hijos. En el 812 se quedó embarazada pero abortó. Durante ese año se produjeron importantes sublevaciones vasconas por la zona de Dax. A pesar de la fuerza del Ejército carolingio y de sus medidas administrativas, no lograban estabilizar la situación. El rey Ludovico se encontraba dirigiendo la asamblea anual de Aquitania cuando le llegó la noticia de aquellos hechos. Con la autoridad que le confería la aprobación de la Asamblea, él mismo tomó el mando de sus tropas, se dirigió hasta aquella zona y devastó poblaciones y campos.

Tenía también noticias de que en Iruñea, a pesar de hallarse bajo el control de los Belasko, seguían produciéndose tensiones alrededor de amplias zonas no sometidas. Así es que, aprovechando la cercanía del Pirineo, tomó decididamente el camino de Ibañeta con su ejército, en el que había aquitanos, e incluso vascones bajo las órdenes de Semen Lupo, y se presentó en la ciudad.

En Iruñea congregó a los jefes, abades y otros funcionarios, y dispuso una serie de medidas que garantizaban la sumisión de todos, colocando en sitios claves a personas de reconocida fidelidad.

Solamente entonces decidió regresar con sus tropas. Le hicieron saber, sin embargo, que los Enneko y Ximeno habían situado cuerpos de guerreros por los desfiladeros con la intención de atacarle a su paso por ellos. Entonces, planeó apresar a mujeres e hi-

jos de los partidarios de dichas familias, y llevarlos en medio de sus tropas.

Lirain se había encerrado en casa con Zaynab y las hijas, esperando que todo aquello pasara. Les preocupaba asimismo lo que podría acaecer a Iñautzi que estaba con la gente de los Enneko. Ya no era el hombre jovial de otros tiempos. La presencia de los francos lo tensaba cada vez más.

Una noche se comentó que los hombres del rey Ludovico se marcharían al día siguiente. Estaba amaneciendo cuando se oyeron gritos. Los soldados recorrían la ciudad, entrando en las casas y apresando gente. Lirain obligó a Zaynab y a las niñas no hacer ruido, pero fue en vano. Sonaron golpes en la puerta. Como no abrieron, la echaron abajo y las arrastraron con ellos. Sólo ante las protestas de Lirain la dejaron marchar con Azima que tenía entonces cinco años.

Obligando a caminar a aquellas criaturas y mujeres en medio de la tropa, salió el Ejército franco de Iruñea. Querían evitar con aquella medida que «los vascos intentaran poner en práctica su nativa y usada costumbre de engañar».

Zaynab, que había llorado casi continuamente durante aquellos días, agarró ahora con fuerza a las hijas. Parecía otra mujer. Mantenía la misma expresión endurecida y sin lágrimas que mostraba a veces Lirain. Naroa miraba a su madre, extrañada de encontrarla tan silenciosa y ella misma callaba a pesar del cansancio.

Al entrar en la zona alta de los valles, se notó la presencia de los hombres de Enneko y Ximeno. Los francos caminaban con cautela, atentos a todo ruido, sabiendo que eran seguidos por las laderas. Al menor indicio se detenían, colocando a las mujeres e hijos de cara a las pendientes, para que recibieran las primeras piedras o flechas. Después continuaban la marcha. Al igual que sus hijas, Zaynab fue agarrada y empujada, mientras escuchaba las burlas de los soldados. En algunos tramos más estrechos se oían los irrintzis y gritos que venían de arriba. Parecía que los de Enneko y Ximeno iban por fin a atacar. Sentía el deseo desesperado de que lo hicieran de una vez. Pero sólo estaban tanteando a los francos.

Seguramente estaba Iñautzi por allí cerca, desesperado de verlas entre los soldados de Ludovico, temiendo que fueran llevadas al norte y casadas algún día con francos.

Estaban acercándose al alto de Ibañeta cuando, de improviso, se produjo un movimiento entre los soldados. Un vascón había salido de la espesura y venía corriendo al lugar donde ellas se encontraban, gritando y maldiciendo a los francos, con la espada en la mano. Como más tarde dijeron los cronistas «uno de ellos se lan-

zó a provocar y fue cogido y colgado». Zaynab vio que lo apresaban los soldados francos y atrajo hacia sí a Naroa y Aiora para que no vieran cómo ponían a su padre una cuerda al cuello y lo ahorcaban, mientras miraban con sorna a los que gritaban desde las rocas altas. No podían hacer nada porque los guerreros de Ludovico tenían ahora puesta la punta de las espadas en el cuello de las mujeres y de las hijas e hijos. Sólo cuando pasaron las zonas de más riesgo los dejaron libres.

Las hijas de Zaynab

Desde aquel día Zaynab se mostró llena de resentimiento. Aquitania y Vasconia estaban, según decían, llenas de «condes, abades y otros muchos funcionarios de origen franco, cuya prudencia garantizaba al rey que no se dejarían sorprender por ninguna astucia ni por ninguna violencia». Llegaron a imponer un duque en Vasconia que, por primera vez, no era vascón, un tal Sigwin, de reconocidos servicios al rey. Ni siquiera se fiaban de los hijos de Lupo Sanzio. Zaynab miraba con odio a los empleados francos que veía en la calle y, como Lirain le aconsejara ser más prudente, replicaba:

—No quiero calmarme ni consolarme, Lirain. No quiero vivir en paz.

Un pariente de ellos llamada Kiteria, nieta de Erlanz por la otra rama de la familia, viéndolas vivir en apuros, se les acercó en más de una ocasión ofreciéndoles ayuda. Zaynab se negaba a aceptar nada, argumentando que trabajaba en las dependencias de la Iglesia para los sacerdotes y que recibía su ayuda. Y le añadía con altivez que aquellos hombres, aunque habían prestado juramento al rey franco, se mostraban cercanos al sentir de la gente. A sus hijas, cuando se daba cuenta de cuánto habían crecido, les decía:

—Que no os toque ningún franco. Te lo digo sobre todo a ti, Naroa, que tienes ya el cuerpo de mujer y caminas erguida como tu padre.

Kiteria se hacía la encontradiza con las niñas, a pesar de la negativa de Zaynab, hablaba con ellas y las metía en su casa. Luego aparecían con alimentos y ropa y contaban lo que habían visto en casa de aquellos parientes. La misma Lirain, que estaba ya muy enferma, insistía a Zaynab que no prohibiera aquellas relaciones de sus hijas.

En junio del año 816, salieron de Iruñea y de los poblados de Sakana y Burunda un gran número de hombres, para ponerse a las órdenes de los Belasko por la parte de Araba. El emir de Córdoba

había roto una tregua que duraba desde hacía cuatro años y estaba acercándose de nuevo al Ebro por aquella zona.

Entre los hombres alistados se encontraba un hijo de Kiteria, de diecinueve años, llamado Inguma. Era el orgullo de su madre por su figura y buen carácter. Sus primas, las hijas de Zaynab, también lo querían y hablaban frecuentemente de él a su madre.

La batalla tuvo lugar junto al río Orón. Los musulimes, que llegaban devastando la zona, tuvieron que detenerse. Al otro lado del río, que entonces llevaba mucho caudal, los esperaba un verdadero ejército. Hubo diversas escaramuzas e intentos de cruzarlo. Por fin, los musulmanes parecieron retirarse. Los de Belasko vadearon entonces el río en su persecución. En ese momento, sin embargo, se detuvieron los musulmanes y les hicieron frente. Fue una batalla encarnizada que duró trece días. Los mismos cronistas musulmanes la comentaron más tarde. Al cabo de esos días los de Belasko se vieron obligados a pasar de nuevo el Orón. Lograron hacerse fuertes en el desfiladero de Pancorbo y los musulmanes optaron por retirarse sin conseguir entrar en las zonas más interiores de Araba.

Cuando regresó Inguma a Iruñea, tenía una gran herida en pleno rostro a consecuencia de un golpe de alfanje, agravada además por la falta de cura. Aiora, que tenía doce años, fue a visitarlo, desobedeciendo a su madre, y se estremeció al ver la mejilla abierta. Su mirada había perdido el brillo de antes, tanto por los sucesos vividos como por aquella deformación. Y Aiora sintió una gran ternura por aquel hombre

El tercer paso franco de Ibañeta

Continuaron las rebeliones contra los francos aunque sin prosperar. En el año 818 murió un caudillo al que llamaban Garsea-Innicum, que se había levantado al frente de muchos hombres. Al año siguiente, otro jefe vascón llamado Lupo Centulo se rebeló de nuevo, llegando a atacar a tropas del conde Berengario de Tolosa y del conde Warino de Auvernia. El emperador Ludovico envió un ejército a Vasconia, con su mismo hijo Pipino al frente, para someter a los rebeldes.

Zaynab sufría al ver que no medraban aquellas sublevaciones. Un día, al toparse con algunos soldados francos, levantó la vista al cielo e imprecó:

—No sé si te llamas Allah, o Yahvé o Urtzi, pero mándanos a alguien, a un Cristo o a un Mahoma, y hazlo pronto.

Los francos la habrían detenido si no hubiera intervenido la gente reprochándoles que se metieran con una mujer como ella. La amargura de Zaynab se suavizó un tanto cuando Naroa se casó

y le dio una nieta. Pusieron la criatura sobre la puérpera y ésta la entregó seguidamente a Zaynab:

—Tómala para ti, ama, y que te cure de tanto recuerdo.

Zaynab cerró los ojos y lloró, yéndose a un rincón, inclinando la cara sobre su nieto, sin girarse en un largo rato. Luego suspiró profundamente.

—Hija mía, me has castigado a vivir de nuevo.

Y por eso lo llamaron Zigor. También Azima se casó joven. Era alegre, a pesar del influjo de su madre. Todo en ella se llenaba de atrevimiento. Zaynab dijo a Aiora:

—Ahora solamente faltas tú, y moriré tranquila.

Era Aiora tan esbelta como sus hermanas pero no daba pie a que la cortejaran los de su edad. Su madre sospechaba de que tuviera algún amor secreto y no le preguntaba nada.

Un tiempo después se hicieron de nuevo con el gobierno de Iruñea los hombres de Enneko. Habían extendido el pacto establecido con los Ximeno y Banu-Kasi a otra poderosa familia vascona del Pirineo: los Garsea o Hartzea de Jaka, hasta entonces en buenas relaciones con los francos.

Todos preveían una contraofensiva del rey franco de Aquitania y estaban dispuestos a hacerle frente. Y así sucedió. El año 824 envió Pipino I un ejército al mando de los condes Eblo y Aznar. Subieron el Pirineo y bajaron hasta Iruñea sin encontrar resistencia a pesar de sus temores. Al poco tiempo dieron por «acabado el negocio que les habían encomendado», y tornaron hacia el Pirineo creyendo restablecido el control franco en la ciudad.

Pero al cabo de unos días aparecieron en Iruñea las gentes de Enneko, de Garsea el de Jaka, y de Musa el de Tudela, que portaban en carretas y caballerías las pertenencias y despojos del Ejército franco. También traían a los condes Eblo y Aznar atados sobre sendos mulos. Al llegar a Zisa los habían acorralado, degollando a su ejército «casi sin dejar hombre». Más tarde permitieron marchar a Aznar a tierra franca, «por ser pariente de ellos», mientras que los de Musa llevaron preso a Eblo para enviarlo al nuevo emir Abd al-Raman II, como signo de alianza.

Tanto Aiora, como Naroa y Azima celebraron aquella victoria. Cuando volvieron a casa encontraron a Zaynab junto a la puerta, sin participar de la alegría general, pero no se lo reprocharon, pues sabían la amargura que arrastraba dentro.

Capítulo 13

Un reino entre barrancos

En el verano de aquel mismo año Abd al-Rahman II decidió enviar una expedición contra las tierras cristianas para ganar prestigio ante sus súbditos. Deliberó con sus oficiales cuál de las fronteras podía ser más apropiada para atacar, y eligieron la puerta de Araba y los castillos, porque «detrás de ella había una llanura donde tenía el enemigo sus almacenes y provisiones».

Como en otras ocasiones en que habían atacado los cordobeses, no se recibió ayuda de los asturianos, ni tampoco de los Enneko. Solamente acudieron los reclutados por los Belasko. Los guerreros del Emir entraron por el Zadorra hasta la Llanada y tomaron un gran botín, además de llevarse a mucha gente cautiva. Inguma se había sumado a los de Belasko. Si antes de ir era un hombre amargado por los sucesos generales, por la deformidad de su cara y por la imposibilidad de amar a Aiora, al regresar estaba endurecido y desesperado.

No quiso ver a Aiora. Descansó unos días en casa de su madre y le dijo que se marchaba al otro lado del Pirineo, a no ser que lo admitieran en algún monasterio para allí morir de una vez.

A pesar de conocer Kiteria los sentimientos de Aiora por Inguma, no quiso hablarle de su llegada ni de su partida, pues no deseaba traspasarle la carga de aquel hijo. A los pocos días, sin embargo, se encontró con Zaynab y le dijo que ya podía vivir tranquila puesto que Inguma no iba a regresar. Zaynab la tomó de la ma-

no, echando a correr a toda prisa hacia su casa. Llamó a Aiora e hizo que Kiteria le contara lo sucedido. Luego abrazó a su hija y le dijo al oído:

–Vete a buscarlo, Aiora, y perdóname que haya sido tan mala madre contigo.

Los monasterios del Pirineo

Temía Aiora que Inguma hubiera ingresado en alguno de los monasterios que había por el Pirineo, y que ya no pudiera tomar mujer. Así es que se dirigió por el valle de Longida hasta la sierra de Errando, donde se encontraba el monasterio de San Salvador.

No había imaginado una vida como la de aquellos hombres aislados. Al observar que otros caminantes se acercaban a la puerta, ella también lo hizo. Cuando comprobó que le daban comida y respondían con amabilidad a sus preguntas, dejó de extrañarse. Al citar a Inguma, le dijeron que no era nombre cristiano y que no habían visto a nadie de aquellas características. Un poco más arriba, ya en el valle del Roncal, había otro monasterio, el de Urdaspal. Podía preguntar allá.

En éste tampoco le aclararon gran cosa y dirigieron sus pasos al monasterio de Igal, que estaba en el valle de Salazar. Fue en él donde le proporcionaron señas de Inguma. Lo habían tomado a su servicio al comprobar su fortaleza, pues necesitaban a alguien que protegiera a un monje en el viaje que debía hacer hasta Oloron, con manuscritos y recados para el obispo de aquella diócesis. Pronto estarían ambos de vuelta. Aiora decidió quedarse por la zona, ayudando unas veces a los pastores y otras pidiendo limosna junto a la senda del monasterio. Cada tanto se acercaba a éste para recabar noticias de Inguma.

La mayoría de los monjes eran venidos del norte. En su día habían tenido el favor de los reyes de Aquitania y ahora los protegía la familia Enneko, cuyo jefe recibía ya el título de rey entre los suyos. Así por lo menos se lo explicaba el monje que atendía la puerta y que le ponía en las manos un kaiku con leche. Aiora solía ir desgreñada y descuidada, para evitar así a los hombres que tropezaba por los caminos. Cuando se acercaba al monasterio, sin embargo, se lavaba dando por hecho que también los monjes tratarían mejor a una mujer aseada que a una sucia, y así obtendría más fácilmente comida y noticias si las hubiera.

Al advertir un día tras otro la ansiedad de sus ojos cada vez que preguntaba por Inguma, el portero se apiadó de ella y le dio una manta para protegerse del frío. Otras veces conversaba con ella, no porque la supusiera curiosa de sus palabras sino para ali-

viarla del abandono de todos. Los monasterios, le decía, eran tan necesarios para los reinos como los guerreros. Había conocimiento de los antiguos edificios que se habían perdido en siglos de invasiones y de guerras. Los monjes los tenían recogidos y no eran meramente asuntos de religión sino también de labranza, de cuidado de animales o de medicina. Aquel reino de los Enneko también necesitaba de ellos. Tenía más despeñaderos que ciudades y la gente no sabía siquiera leer ni escribir. El rey Enneko había cumplido dos tareas muy acertadas: aliarse con los musulmanes y proteger a los monjes, aunque unos y otros fueran diferentes del modo de ser de los vascones antiguos.

Cambios en la corte de los francos

Apareció por fin el monje que había viajado hasta Olorón pero no lo acompañaba Inguma. Aiora hubiera maldecido de todo en la misma puerta del monasterio. Ya se alejaba cuando el recién llegado, al enterarse de su situación, pidió hablar con ella y le aconsejó que se dirigiera hacia la zona de Oloron, pues sospechaba que Inguma podría merodear por allí.

—Desde la muerte del gran emperador Carlomagno se ha perdido toda autoridad. No existe ya un imperio franco, ni los reinos que lo componían. El actual emperador está viejo y sus hijos pelean tanto con él como entre sí. La que llaman Vasconia Citerior, a este lado del Aturri, está bajo el control de cabecillas vascones. Cada uno de éstos vigila su comarca y los francos no se cuidan de ellos, atentos a las rencillas de la corte. Ese hombre del que me hablas ha decidido quedarse precisamente por el desorden que se percibe en todas partes. Pienso que no sabe qué hacer con su vida y espera perderla en esos acontecimientos.

Ante aquellas noticias Aiora determinó seguir hasta la otra vertiente. Una vez allá, empezó a ir de un lado a otro. A veces dudaba adónde dirigirse. Se enteró por fin de que un hermano del conde, un tal Sancio Sanciones, encabezaba una partida de guerreros en la zona fronteriza con Tolosa, y que se distinguía por sus acciones atrevidas. Allí se dirigió.

Habían transcurrido más de dos años desde que saliera de Iruñea. Ahora sí estaba convertida en una desgredada, con las ropas, manos y la cara mugrientas. Caminaba en dirección a Tarbes. Al caer la noche se acercó a una casa y rogó que le permitieran dormir junto al ganado. Estaba ya amaneciendo cuando la despertó el trote de unos caballos. Eran una docena de hombres que traían a un herido. El que parecía el jefe golpeó la puerta de la vivienda, gritando para que le abrieran. Aiora se asomó por la parte trasera de la casa y, al verla, se dirigió a ella:

–Tú, cochambrosa, diles que abran.

Apareció una mujer en la puerta y se hizo cargo del hombre. Le limpió la herida y se la vendó con trozos de tela escaldados en agua hirviendo. Aiora se dio cuenta de que el jefe también tenía sangre en la espalda y le mandó que se quitara la camisa para hacerle una cura. Se negó, levantando la voz. Aiora consiguió vencerlo argumentando que un jefe de grupo no podía ser tan poco razonable ante sus hombres. Se trataba de una herida grande aunque no parecía profunda. La limpió con cuidado, sonriendo al notar que se quejaba por el hervor del agua. También tenía sangre ya seca por la cabeza y la cara. Al intentar limpiársela Aiora, él la apartó diciendo que lo dejara en paz, que podía hacerlo él mismo. Ella lo sujetó con firmeza y siguió pasándole la tela húmeda por la cara. Mientras lo hacía, dijo:

–¡Cuanto tiempo hace que no veía una cicatriz como ésta!

Seguidamente se alejó un poco, se lavó ella misma el rostro y se echó hacia atrás las greñas. Y mostrándole la cara, le sacudió por los brazos y le dijo en voz baja:

–¡Cómo pudiste marchar, Inguma, sabiendo que te quería!

La familia Sancio

Inguma se tranquilizó al convivir con Aiora. No quiso ésta insistirle en regresar a Iruñea. Había odiado tanto la estrategia de los Enneko, encerrados en sus montañas, que no lo imaginaba sometido a sus disposiciones.

También en la vertiente norte podían sobrevenir épocas favorables si los jefes vascones aprovecharan la situación general. Las enemistades entre el emperador Ludovico y sus tres hijos dejaban abiertas muchas posibilidades. El año 830 se rebelaron contra su padre y volvieron a hacerlo en el 833. En esa ocasión, las tropas de Ludovico se pasaron al ejército de sus hijos cuando estaban a punto de librar una batalla contra ellos. Por eso llamaban a dicho lugar «Lügenfeld», que significaba «campo de la mentira».

Aquella situación modificaba los razonamientos anteriores de Inguma. Ya no constituían los francos el gran aliado contra la presión musulmana del sur. Los mismos vascones de la vertiente norte se habían distanciado de ellos. En el año 836 murió asesinado Aznar Sancio, el conde de Vasconia Citerior, la constituida por las tierras de entre el Aturi y el Pirineo. Su hermano Sancio Sanciones ocupó su cargo sin esperar la confirmación del rey aquitano Pipino. Lástima que Sancio se condujera sólo por sus impulsos. Era capaz de arriesgar la vida en asaltos aventurados, pero no tenía constancia. En esto lo superaban los Enneko y Ximeno del sur.

Desilusionado de Sancio y notando en Aiora el deseo de ver a su madre y hermanas, decidió Inguma cruzar el Pirineo. Aiora había sido durante aquel tiempo tan delicado con él, que le había disipado la amargura. A veces se desnudaba enteramente, se deslizaba sobre él y se mecía sobre su cuerpo, borrándole de esa manera el pasado.

El reino de Pamplona

En el verano del 838 entraron los musulmanes de nuevo en Araba causando muchos muertos. Al año siguiente se enfrentaron en la misma zona los Banu-Kasi del Ebro y los asturianos, pues ambos codiciaban aquella tierra tan fértil. Fue durante ese año cuando llegaron Aiora e Inguma cerca de la Cuenca de Iruñea. Un hombre de Etxarren, una aldea próxima a las dos piedras cortadas por el río Larraun, tomó a Inguma para cuidar el ganado por las sierras de Satrustegi y Aralar, y allí se quedaron.

Aiora aprovechó la época en que subía Inguma el ganado a las sierras y fue andando hasta Iruñea. Desde el primer momento le sorprendió la fuerza que ahora poseían los Enneko. Iñigo Aritza se hacía llamar rey de Pamplona y sus hombres dominaban el Pirineo hasta Jaca, muchas tierras del Aragón y del Arga y el valle detrás de Etxauri, secundado en todo por la familia de los Ximeno, parientes suyos. Los gobernadores musulmanes de Zaragoza habían tratado de invadir sus tierras sin conseguirlo, preocupados por la dimensión que estaba alcanzando aquel enclave independiente.

Zaynab estaba envejecida y se alegró mucho de ver a su hija. Al despedirse le dijo:

—No te preocupes más por mí, Aiora, que ya me has curado el rencor que te guardaba.

Llevaban dos años en Arakil cuando Aiora tuvo un hijo, al que llamaron Ximeno en honor a la familia que controlaba el Deierri. Al año siguiente, en el 842, tuvo lugar una gran batalla del ejército de Enneko unido con los guerreros de Musa, el jefe Banu-Kasi del Ebro. Había pretendido el walí de Zaragoza que éste les ayudara para debilitar a los Enneko, pero Musa se había negado, aliado y pariente como era del pamplonés. Entonces se dirigió el walí al emir de Córdoba y lo convenció de que era preciso acabar con aquel jefe del Ebro, que mantenía tales pactos con el reino cristiano. Abd al-Rahman II envió un ejército al mando de Harit y entró en tierras de Musa.

Las fuerzas de éste se enfrentaron a las de Harit primeramente en Borja, pero fueron derrotadas. Se encerró entonces Musa en Tudela, y luego se retiró hasta Arnedo. Hostigado también en esta

fortaleza, solicitó ayuda a los de Pamplona. Unieron Enneko y Musa sus tropas y tendieron entre ambos una emboscada a Harit en las cercanías de Balma. De esa manera causaron una gran derrota a las tropas del Emir, y tomaron preso a Harit. Nunca había llegado tan lejos Enneko con su ejército, ni obtenido semejante triunfo fuera de sus montañas.

Aquella victoria podía acarrear graves represalias. Hubo un compás de espera. Comenzada la primavera del año siguiente, el 843, se supo que avanzaba un gran ejército musulmán, con el mismo emir Abd al-Rahman II a su cabeza. Su hijo Muhammad tenía el mando del ala derecha, y la izquierda era dirigida por otro hijo, Al-Mutarrif. Mientras se acercaban a Iruñea causaban estragos en los campos y talaban bosques. Viendo lo extremo del peligro, se convocó a todos los hombres y se pidió ayuda al conde Sanzio y a los partidarios de los francos. Inguma también salió una mañana de casa, para sumarse a los Enneko.

Los Banu-Kasi de Musa se replegaron hasta juntarse con los hombres de Enneko en tierra de Iruñea y allí esperaron al enemigo. La batalla duró todo el día. Aiora y otras mujeres se acercaron hasta divisar a lo lejos los movimientos de los guerreros. Nadie podía predecir el desenlace. Al caer la tarde se supo que los del emir estaban saqueando Pamplona. Entre los muertos se encontraba Fortún, hermano del rey Enneko. Era considerado el mejor caballero del ejército. Su grupo de más de cien hombres había causado gran daño a los musulmanes en el combate. Sin embargo, todos estaban muertos. De Musa Ibn Musa, el rey Enneko y su hijo Galindo se contaba que estaban a salvo, aunque heridos.

Tardó Inguma en volver a casa, exhausto por la batalla. Aiora lo cuidó durante varios días, sintiéndolo desvariar durante el sueño por la pesadilla de lo vivido.

Cambio de alianzas

Una vez repuesto, siguió Inguma trabajando en el monte, atento no obstante a lo que se comentaba. A veces tomaba a Ximeno en brazos y decía:

—¡Qué difícil va a ser envejecer!

Aiora lo animaba.

—¡No sufras tanto, Inguma! Vive tranquilo con lo poco que tenemos.

Replicaba que era imposible tener los ojos y los oídos impasibles. No llegaba Ximeno a los siete años cuando los normandos sitiaron Burdeos, saqueándola e incendiándola. Guillermo, duque de Vasconia, murió en la lucha. El rey Pipino II, titular del reino de

Aquitania, no se dejó ver en el escenario de los hechos. Fue Carlos, *el Calvo*, rey de los francos, quien acudió en auxilio.

Eso cambió los sentimientos. Cuando en junio del 848 fue proclamado en Orleáns dicho Carlos el *Calvo* rey de Francia y de Aquitania, muchos se declararon en su favor. Inguma temía que aquella unión de intereses con los francos llevara un día a borrar los lindes de cada pueblo.

También se produjo un cambio de actitud en la vertiente sur. Dos años más tarde, en el año 850, Enneko el de Pamplona y el mismo Musa de Tudela hicieron las paces con aquel rey. Los jefes de las tierras del Pirineo y del Ebro llegaron por primera vez como amigos hasta la corte francesa.

Los cambios de alianzas fueron mucho más lejos a la muerte de Enneko, el año 852. Su hijo García Ennékez estimó que había llegado el momento de mirar hacia las tierras de Araba. Eso exigía cultivar la relación con el reino asturiano. La decisión, sin embargo, llevaba consigo un gran riesgo. Iba a ser difícil compartir pactos con asturianos y Banu-Kasi pues estaban muy enfrentados entre sí por el dominio de las tierras fronterizas del Ebro.

El jefe de los Banu-Kasi, Musa Ibn Musa, que ya rondaba los sesenta y cinco años, se había convertido en un hombre muy ambicioso. No temía enfrentarse a los walíes de Zaragoza, se mostraba engreído ante el emir de Córdoba y frenaba a los asturianos, que asomaban por sus límites. Sólo había guardado sus pactos con el rey Enneko, con cuya hija Assona estaba casado. Hacía un año, todavía vivo Enneko, había atacado Musa la fortaleza de Albelda. El asalto se saldó con la muerte de muchos musulmanes. El mismo Musa, recibió varios lanzazos que atravesaron las mallas de su lorica. Pero al día siguiente, a pesar de las heridas, se puso al frente de los suyos y consiguió una gran victoria. Los vascones de «Araba y los castillos» perdieron muchos hombres. El rey Enneko, viejo y enfermo, no intervino en aquellos hechos.

Teniendo en cuenta los recientes hechos de Albelda y la actitud del nuevo rey García Ennékez, repetía Inguma:

—Pronto veremos a los musulmanes del Ebro atacando Pamplona

Las circunstancias, por lo demás, llevaban a resultados imprevistos y de muy distinto signo. En el 854 acompañaron los vascones de Iruñea a los astures en apoyo de una sublevación por tierras de Toledo. Nunca se habían atrevido a tanto. Sin embargo, en el 859 los normandos llegaron de improviso hasta la cuenca, capturando, de un solo golpe, al mismo rey García Ennékez.

Y fue precisamente ese año 859 cuando los musulmanes de Musa, por primera vez desde que existía el reino de los Enneko, die-

ron por rota aquella relación de parientes y aliados y atacaron Pamplona. García Ennékez pidió ayuda a Ordoño I de Asturias. Llegó éste cuando había pasado el peligro pero no regresó a su país, sino que se dirigió al Ebro buscando el ejército de Musa. La batalla se libró de nuevo en Albelda. Ordoño consiguió tomar aquella plaza fuerte y destruirla, además de poner en fuga a Musa, «semivivo», como contaron después las crónicas. Quedó además su Ejército tan maltrecho que «nunca más consiguió victoria alguna».

A pesar de ese triunfo cristiano, el reino de Pamplona quedó en una situación de enorme riesgo pues no contaba ya con un jefe musulmán que mediase ante el emir de Córdoba. De hecho, al año siguiente, el 860, el emir Muhammad mandó un ejército contra Babeluna como ellos la llamaban. Cruzó el Ebro y se apoderó de las fortalezas de Firuskh, Faldchas y Al-kashtil, como nombraban a Caparroso, Falzes y Carcastillo. Capturó a Fortún, el hijo de García Ennékez, y lo llevó prisionero a Córdoba.

En los años siguientes continuaron los musulmanes sus aceifas, expediciones de guerra y tomas de botín y prisioneros, por tierras de Araba. En el año 863, en el 865 y otra vez más en el 866, se los vio asolando las mismas tierras a pesar de los castillos que habían levantado como defensa. En la última ocasión, según el testimonio de los escritores árabes, no encontraron ya «ninguna resistencia de conjunto en razón a sus grandes pérdidas en hombres y en bienes que se les había causado el año precedente».

Inguma decía que las tierras llanas parecían negadas a los vascones y que García Ennékez tenía sólo un reino entre barrancos.

Capítulo 14

El precio de las tierras abiertas

Ximeno no sentía pasión por el ganado. Ciertamente sabía manejar un rebaño y poner trampas de caza pero su afición era el cultivo de la tierra. Durante la siembra y la cosecha trabajaba para los labradores que había siguiendo el Arakil, hacia la llanada del Zadorra. Con el tiempo puso una pequeña huerta cerca de casa. No obtenía al principio grandes resultados pues desconocía los efectos de la humedad, la importancia del sol y la clase de tierra que necesitaban las hortalizas y los frutales.

Inguma le recordaba que el monte era el mejor lugar para los pobres. Proporcionaba madera, que servía para el fuego, para construir una casa y para hacer toda clase de objetos. Existían frutales muy diversos: encinas, nogales, avellanos, manzanos y ciruelos. Y había caza de todo tipo al alcance de quien tuviera habilidad y paciencia. La agricultura, por el contrario, estaba llena de incertidumbres. Los labradores vivían pendientes de las malas hierbas y de la lluvia.

Sin embargo, fue el monte quien se llevó a Inguma. Un día lo trajeron muerto, atrapado por un árbol que estaban cortando. Otro hombre más joven lo hubiera esquivado a tiempo. Aiora lo lloró mucho y desde aquel día se fue consumiendo. No tenía ganas de vivir y se disculpaba ante Ximeno.

—¡Con lo fuerte que he sido y ahora te estoy abandonando!

Murió dos años más tarde. Ximeno la encontró sin vida un anoche, al volver a casa. Era invierno y traía leña sobre un mulo. Aiora estaba junto al fogón, inclinada contra la pared y cubierta con una manta, con la boca abierta aunque sin la expresión desencajada. Ximeno estuvo junto a ella durante toda la noche, dormitando a veces y otras velándola, manteniendo encendido el fuego para no sentir frío y distinguirla con la penumbra de la llama. Por la mañana avisó a unos vecinos y la enterró junto a la casa, en una fosa profunda para que no la abrieran los animales. Y siguió alternando el campo con el ganado.

Los huidos de Araba

Después de la última aceifa musulmana del 866, llegaron hasta la zona del Arakil algunas gentes procedentes de las tierras de Araba que buscaban donde asentarse. El éxodo había sido general. Unos habían huido a los valles de Aiala, otros a tierras de Durango, próximas a Bizkaia, que estaban menos pobladas, y otros, como ellos, subiendo el curso del río Zadorra.

Por las cercanías de Etxarren aparecieron también dos familias, a las que se había unido una mujer durante el camino. Venía ésta sola, según contaban, ya que ella apenas hablaba, porque habían matado a su marido y quemado lo que poseían. La pobre infeliz no conseguía sobreponerse a la angustia.

Al entrar Ximeno un día en casa, la halló en el interior. Tenía en las manos un trozo de queso que comía ávidamente. Al ver a Ximeno se quedó inmóvil, apretándose contra la pared y sin pronunciar palabra. Ximeno le aseguró que no tenía de qué asustarse y que podía comer cuanto quisiera.

Pocos días más tarde apareció de nuevo por las cercanías de la casa. Ximeno puso ante ella leche y pan y mientras comía le explicó que estaba solo y que necesitaba la ayuda de una mujer. Desde entonces vivió con él.

Se llamaba Munia. Cuando adquirió confianza, mencionó la muerte de su marido y habló de que los vascones tenían en Araba como enemigos a los musulmanes y a los asturianos. No reconocían por reyes a los Ennekos pues tampoco recibían su protección. La máxima autoridad eran los condes de la familia de Eylo o Beila, de la rama de los Belasko, que era muy antigua en Araba.

Ximeno la deseaba a veces pero no se animaba a expresarlo. Un día se escapó el caballo en el campo, asustado por un jabalí que había salido de la espesura. Como tomara el camino de casa, Ximeno fue tras él. Y pudo ver a Munia que estaba lavándose en una zona del río, casi escondida por las ramas de los arbustos. Xi-

meno se quedó absorto ante aquella piel que se curvaba en el agua. Debió adivinar la presencia de alguien, y se vistió rápidamente. Vio después el caballo de Ximeno y comprendió que la había visto desnuda en el río.

Desde aquel día ambos se miraron de otro modo. Como pasaban los días y Ximeno seguía respetándola, le preguntó ella si quería tomarla por esposa. Y desde aquella noche durmieron juntos. Munia era algunos años mayor y le fue enseñando a no inhibir sus deseos y los diversos caminos por donde se podía hallar el placer. A veces regresaba Ximeno a casa sin acabar la tarea para estar juntos.

Se quedó embarazada Munia y Ximeno, que no había visto de cerca lo que sucedía con las mujeres, miraba sorprendido su vientre terso y deseaba que se cumplieran los meses. El día del parto llamó a una mujer que solía hacer de comadrona y él quedó fuera, atisbando desde la puerta.

Le pusieron de nombre Otsando. Año y medio después tuvo Munia una hija a la que llamó Zuria, porque era de tez muy blanca, parecida en eso a su padre. Era el año 870, por las mismas fechas en que los vascones de Pamplona y de Jaca decidieron apoyar una rebelión contra el amil de Huesca.

Un nuevo rey

Ximeno continuaba con su afición al cultivo de la tierra. Había pensado marcharse a la llanada del Zadorra, donde roturaban nuevos campos. Bastaría seguir el curso del río Arakil y encontrar una parte lleca. Pero le advirtieron que la zona estaba ya llena de aldeas y que los habitantes de cada lugar eran del mismo linaje. Si quería dedicarse a la agricultura tendría que ir hacia la parte de somontano del Arga o del Ega, la franja que García Ennékez estaba repoblando para su reino.

Era tarea arriesgada. Desde que no existían pactos con los Banu-Kasi del Ebro se sucedían los enfrentamientos. Unos y otros buscaban botín o al menos intimidarse. Los musulmanes atacaban desde Tudela y desde Huesca. En los años 873 y 874, cuando Otsando tenía cinco años, llegó un ejército desde Córdoba para apropiarse de cuantos víveres encontraran, porque las cosechas habían sido desastrosas en todo el emirato. Ese año tuvo Munia otro hijo, que no sobrevivió al parto. Y, para su desconsuelo, no prosperaron otros embarazos.

En el año 878 se acordaron tratados de paz entre musulmanes y cristianos. Hubo también canje de prisioneros por una y otra parte. Así pudo regresar el infante Fortún Garcés, que había permanecido en Córdoba como rehén desde el año 860.

Hubiera sido ocasión para marchar a la zona de somontano. Munia, sin embargo, le repitió que era muy duro trabajar la tierra para un hombre solo y que esperase hasta que Otsando estuviera en edad de ayudarlo. Fue acertado retrasar la partida porque empezaron de nuevo las hostilidades. El año 882 murió el mismo rey García Ennékez en una emboscada que le tendieron los de Tudela, conducidos por el Banu-Kasi Ababdalah. Parecía mentira que aquellas dos familias emparentadas hubieran llegado en pocos años a semejante enemistad. Al recoger el cuerpo del rey, se vio que tenía dos grandes heridas por la parte baja de ambas piernas. Una, como de un golpe de alfanje y otra, metiéndose en el mismo hueso un poco más arriba. Además de otras en la mitad superior del cuerpo, que le habían producido la muerte.

Dos años más tarde, cuando Otsando tuvo ya dieciséis y Zuria casi quince, bajaron por la orilla del Arga. Llevaban dos yeguas y algunas ovejas, lo que había tomado Munia de casa, las layas, algo de ropa y pieles. Al llegar a las ruinas de Andelos les pareció que el terreno se hallaba demasiado abierto a los musulmanes del Ebro y torcieron hasta dar con el río Ega. Pasaron a la otra ribera y caminaron hasta divisar una torre del rey en las primeras cuestas del monte Jurra. Asegurados por aquella defensa decidieron establecerse allí.

La zona se encontraba casi despoblada. Tantos años de enfrentamientos habían desolado las antiguas poblaciones. La tierras de los Banu-Kasi estaban a dos días de camino. Aunque ocupaban todavía el castillo de Deyo, al otro lado de Montejurra, les servía más de defensa que de ataque.

El nuevo rey Fortún Garcés, no era hombre ambicioso. Sus dieciocho años de prisión en Córdoba le habían quitado vigor. Se comentaba que, de no haber muerto su padre tan de imprevisto, hubiera ingresado en un monasterio. Dejaba correr las cosas. Por las fronteras del Tudela permitía que su pariente Muhammad ibn Lupo, conocido como Ababdalah, bajo el que había muerto su padre, hiciera incursiones a su antojo. Tampoco ayudaba a los vascones del Baztán y de la costa. Los normandos tenían ocupada Baiona y habían edificado un templo a su dios Odín. La gente no se atrevía a vivir junto al mar por miedo a sus correrías.

Fortún Garcés se limitaba a llegar a acuerdos con el conde Aznar sobre mojones por la parte de Aragón. Con ello trataba de resolver los litigios entre monasterios y vecinos de las poblaciones limítrofes. Asimismo cuidaba las relaciones con Alfonso III de Asturias, a pesar de que cada vez penetraban más caballeros de León por la zona de los castillos, junto a Araba.

La familia Ximena en el poder

Zuria tenía el cabello claro y la tez limpia y cualquier hombre de la zona del Ega se hubiera casado con ella. Además, era esbelta y tenía una expresión suave. Un día pasó cerca de la casa el señor de la torre con su hijo y un par de hombres más. A Munia le daba miedo cualquier hombre que llevara armas pero Zuria se les quedó mirando, saludándolos. No habían transcurrido dos semanas cuando apareció de nuevo el joven. Al ver a Zuria se bajó del caballo, le pidió un poco de agua y se ofreció a ayudarlos en lo que necesitaran.

Ya no dejó de volver. Pronto estuvo Zuria tan enamorada que pasaba el día mirando hacia al camino que venía de la torre. Munia hubiera querido para su hija un marido de otro oficio. Ximeno, por el contrario, opinaba que Iraitz, que así se llamaba, era hombre de buenos sentimientos. Y Otsando quería tanto a su hermana que todo le parecía bien en ella. Además se había acercado alguna vez con Iraitz hasta un poblado llamado Lizarra, donde se juntaba el Ega con el Urederra, y se habían hecho amigos.

Tenía Munia veintiún años cuando se marchó con Iraitz a la torre. Poco tiempo después el padre de Iraitz hizo venir a toda la familia y les dio tierras. Aunque él mismo no trabajaba el campo, era considerado como señor de la zona por encargo del rey.

En el 892 parió Zuria su primer hijo, y lo llamó Ahostar. Tres años después nació Hobeko. Luego tuvo una criatura sin vida. En el 900 nació Iainso. Pasaron otros dos años y nació la última, a la que llamaron Cara.

El año 905, el rey Fortún Garcés se retiró al monasterio de Leire, para pasar sus últimos días como monje. Hacía cuatro años que había realizado en aquel monasterio lo que llamaban pacto de fraternidad. El rey daba parte de sus bienes a la comunidad monacal, y ésta lo hacía partícipe de sus méritos religiosos.

Según algunos, aquella decisión de Fortún Garcés había ido precedida de muchas conversaciones entre los Ennekos y los Ximemos hasta llegar a un acuerdo que trocaba el papel de las familias. En virtud del mismo habían casado a donna Sancha, de la familia Ximena con Enneko Fortún, hijo del rey. Enneko Fortún, a su vez, había desistido de suceder a su padre. Se aseguraba que los Ximemos no estaban de acuerdo con la pasividad de los últimos años y exigían un cambio en el modo de gobernar. El nuevo rey iba a ser Sancho Garcés, de la familia Ximena.

Todos comentaban que los hombres de guerra iban a tener más actividad. Y la verdad, ese mismo año 905 Sancho Garcés fre-

nó duramente las andanzas de Lope Ibn Muhammad, hijo del que había causado la muerte al rey García Ennékez. Ibn Muhammad se había hecho famoso atacando al conde de Barcelona y por llegar en sus incursiones guerreras hasta Toledo. Después de internarse en Pallars, acechaba las tierras de Pamplona por el río Aragón.

Fue la primera vez que en la casa de Zuria vieron salir a Iraitz para enfrentarse a los musulmanes, acompañado de un grupo de hombres a caballo, mientras la gente los despedía. Zuria hubiera querido impedirselo. Tenía la sensación de haber despertado y comprender por fin que estaba casada con un hombre de armas al servicio del rey. Afortunadamente, Sancho Garcés obtuvo una gran victoria sobre Muhammad cerca de Liedena y regresó el grupo entero a la torre.

Todos los hombres del país a la guerra

Por entonces, diferenciaban tres clases de gente. Una estaba compuesta por los que en latín llamaban *oratores*. Entre ellos estaban los monjes de los monasterios y quienes regían las iglesias. Los principales monasterios eran el de San Salvador, cerca de Leire; el de San Pedro de Siresa, fundado en el 833 en el Pirineo; San Millán de la Cogolla, en Suso, en la zona montañosa del otro lado del Ebro; San Esteban de Salcedo, en la zona de Araba a este lado del Ebro; San Vicente de Igal; y el de Urdaspal. Los sacerdotes seculares pertenecían, por su parte, a la diócesis de Pamplona; a la de Armentia y Oca, en Alava; y a la de Oloron, en el Bearn.

Otra clase de hombres eran los *bellatores*, los que luchaban. En ella se encontraban quienes servían directamente al rey de Pamplona, encargados o no de cuidar alguna torre o castillo; los que servían a los Beila o Belas en Araba; los que estaban a las órdenes de García II Sánchez, *el Corvo*, duque de Vasconia o del vizconde de Bearn, Centulo Lupo.

Y en tercer lugar, se citaba a los laboratores, los trabajadores. Es decir, los pastores, leñadores, labradores, los artesanos del cuero, del lino o de la madera, los que partían leña y los canteros. Desde que reinaba Sancho Garcés I, se convertían en *bellatores* a veces todos los hombres jóvenes disponibles, fueran guardias de torres, pastores o labradores.

Al poco tiempo de la batalla de Liedena contra Ibn Muhammad, pasó el rey con una tropa elegida de guerreros al otro lado del Pirineo pues había señores de linajes y el mismo Sancho, *el Corvo*, que deseaban establecer una relación más estrecha, incluso de vasallaje, con el nuevo rey de Pamplona. Ximeno, que ya tenía sesenta y cinco años, se alegró de aquella acción del rey Sancho Garcés, acordándose de su padre Inguma. Era el año 906.

Un año más tarde, en el 907, se hizo una llamada a «todos los hombres del país». No partió solamente Iraitz, sino el mismo Ot-sando que tenía casi cuarenta años. Lupo Ibn Muhammad, dolido por el desastre de Liedena, había levantado defensas cada vez más cerca de Pamplona, fortificando incluso el castillo de Heriz. Zuria se llenaba de sobresalto cada vez que ladraban los perros o aparecía alguien a lo lejos. Pero también esta vez volvieron los hombres de la torre con aspecto satisfecho. Habían tendido emboscadas, una tras otra, a los hombres de Lupo hasta rodearlo por todas partes. Gran parte de sus guerreros había perdido la vida. Los restantes se refugiaron en el monte, cercados por Sancho. Sólo se entregaron cuando les prometió dejarles libre el camino si cumplían el pago del amán o tributo. Pero luego hizo matar a unos y tomó cautivos a los demás.

A pesar de que Zuria apartaba a su hijos para que no oyeran contar aquellos sucesos, Ahostar, Hobeko, launso y la misma Cara, que tenía solamente cinco años, estiraban el cuello para escucharles.

Decidió el rey seguidamente tomar el castillo de Deyo, pues constituía una especie de cuña de los musulmanes. En su día lo habían dejado los Enneko en manos de Muza, dada la estrecha relación entre ambas familias. Los Ximeno, sin embargo, deseaban hacer tiempo su recuperación porque ocupaba parte del Deierri, que era su comarca original.

Aquella fue otra gran hazaña. El rey Sancho Garcés se detuvo a rezar junto a los monjes del monasterio de Iratxe. El monasterio constaba simplemente de una iglesia pequeña, dependencias de los monjes y cuadras para el ganado, todo en su mayor parte de madera. El rey quería significar con aquel gesto a sus hombres que no los llevaba a la batalla en nombre de la casa Ximeno o de la casa Enneko, sino en nombre de fines más altos.

Luego, subieron hacia el castillo por la ladera occidental, que era menos escarpada. Aunque había un foso que les cerraba el camino, nadie pudo impedir que saltaran sobre él. Seguidamente pusieron escalas y subieron los muros, hiriendo o matando a unos y arrinconando a los demás hasta que se rindieron y entregaron el castillo.

La marcha hacia el Ebro

El rey Sancho Garcés dio gran importancia a la toma de aquella fortaleza y sus tierras ya que dejaba expedito el camino hacia el Ebro. Mandó abrir una iglesia en el castillo y dispuso que lo enterraran en ella cuando muriera. Desde ese momento, además, empezó a denominarse no sólo rey de Pamplona, sino también de

Deio, pues el Deierri era una gran comarca diferente a la que representaba Pamplona.

Cumpliendo las promesas hechas antes del asalto, donó a los monjes las tierras y poblados del valle de San Esteban, que así iba a llamarse el castillo. De esa manera no abandonaba la tarea de repoblación y roturación de las tierras a los intereses y peticiones de particulares sino que hacía responsable de ella a la comunidad

La conquista de aquel enclave musulmán había sido tan sólo el primer paso de la ambiciosa campaña que tenía en mente el rey Sancho Garcés desde la muerte del rey León Alfonso III, en el año 910. Las tierras de Galicia, Asturias y León quedaban divididas entre sus hijos. Era el momento de arremeter por el Ebro sin peligro de ser frenados por los asturleonese. Reunió pues el rey todas las fuerzas posibles y se dirigió hacia aquella franja de tierras.

Ahostar había cumplido dieciocho años y era fuerte y hábil con las armas. Su madre lloró una noche tras otra, rogándole que no acompañara a su padre. A pesar de que Ahostar callaba para no contrariarla, cuando llegó el día de unirse al ejército, se sumó a él.

Durante las marchas el rey se mostraba vigilante. Oía Ahostar cómo los jefes daban instrucciones y mantenían disciplinadas las columnas. Iraitz, su padre, ya no era el hombre que volvía orgulloso y sonriente y lo abrazaba. Tenía el rostro seco, y daba órdenes con dureza. Cuando llegaban a un poblado, se distribuían de acuerdo al terreno y avanzaban según sonaban las consignas.

De esa manera fueron tomando torres y poblados: Mendavia, Lodosa, San Adrián, Azagra y Milagro. Arrasaban las mezquitas y arrojaban a los habitantes al otro lado del Ebro. Después levantaban fortificaciones, aunque fuera de modo provisional, por si hubiera algún contraataque.

Al regresar a la torre, Zuria se agarró a los dos hombres, llorando y tapándoles la boca, porque no quería oírlos sino tenerlos atados. Apenas ella se alejaba, Ahostar contaba a Hobeko, a launso y a Cara todo lo vivido. Zuria lo adivinaba y repetía que iban a terminar yéndosele todos y que cualquier día se los traerían muertos.

No había olvidado sus temores, cuando se juntaron los musulmanes de Huesca con los de Tudela y atacaron a los pamploneses por la parte de Sos y Lumbier, intentando llegar hasta Pamplona. Fueron, sin embargo, frenados por Sancho Garcés que acudió rápidamente. Era el año 911.

En el 912 murió el emir de Córdoba, que había estado casado con Oneka, la hija del rey Fortún, el que había permanecido preso dieciocho años en Córdoba. Sancho Garcés convocó a todos sus

hombres, aprovechando aquella circunstancia y llegó con las tropas hasta la cuenca del río Oja. En esa ocasión salieron Iraitz, Ot-sando y Ahostar. Los acompañaba también Hobeko, el segundo hijo de Zuria. Liberaron el monasterio de San Millán en Suso, que había sobrevivido gracias a los tributos que pagaba a los musulmanes, y se apoderaron de Logroño, Alcanadre, Ausejo, Calahorra y Alfaro, llegando hasta cerca de Tudela. Luego ladearon el Moncayo y tomaron Tarazona. Siguieron desde allí hasta las mismas fuentes del Duero y entraron en Garray, la antigua Numancia.

Quedaban en manos de los asturleonese los valles del Tirón y del Oca y los ríos alaveses Zayas y Zadorra. Las buenas relaciones con aquellos reinos no permitían recuperar aquellas zonas.

Zuria hacía los trabajos sin hablar con nadie, mascullando que los había parido solamente para sufrir por ellos. Las mujeres parían y nadie se preocupaba de ellas sino de lo que habían dejado en el mundo. Las madres eran un simple tallo de cereal que ya había dado la espiga, y así continuaban toda la vida.

Regresaron los cuatro hombres como si no fueran ciertos sus temores. Dos años más tarde, en el 914, los musulmanes recuperaron algunas plazas y reforzaron las de Valtierra y Caparroso. En el 915 ya estaban otra vez las tropas de Sancho I Garcés en tierras de Tudela. Se coordinaron con el Ejército de Ordoño, rey de León y extendieron aún más las conquistas. Los leoneses llegaron hasta el Tajo, y los pamploneses hasta Viguera y Arnedo.

La reacción del Califa de Córdoba

En ambos reinos aguardaban la reacción de Córdoba. Cuanto más tardara en producirse más terrible sería. Se supo que el nuevo emir, Abd al-Rahman III, había convocado a los guardas de sus fronteras del norte para consultar con ellos sobre fuerzas y estrategias, y que estaba organizando un gran ejército. Tenía el propósito de dirigirlo él mismo. El reino de Pamplona se había consolidado peligrosamente y tenía el respaldo de las tierras de la otra vertiente pirenaica.

Enterado de aquellos preparativos, Sancho I Garcés dio aviso de que todos los hombres estuvieran dispuestos para acudir a las órdenes de los jefes de su comarca respectiva.

La invasión se produjo en el año 920. A primeros de julio salió Abd al-Rahman de Córdoba. Pasó pocos días después por Osma y paró en Clunia. De ahí salió el día 15 en dirección a Tudela, adonde llegó cuatro días después. En Tudela sentó su campamento y ordenó al gobernador Mohammad ben Lupo que se adelantase hasta Cárcar. Ésta fue tomada el día 21 de ese mes de julio. El día

25 cayó Calahorra. Ese mismo día partió Abd al-Rahman III hacia el Deierri.

La gente abandonaba las aldeas llevándose ganado, alimentos y enseres hacia la parte alta de los montes. El rey Sancho I Garcés intentó hacer un primer ataque por sorpresa, pero no logró detener a los musulmanes. Quería ganar tiempo y que llegara, mientras tanto, la ayuda de Ordoño, prevenido de la magnitud del Ejército musulmán. Cuando se reunieron ambas fuerzas, siguieron desde los altos el paso de los musulmanes, esperando el momento más oportuno para atacar.

En la torre habían quedado solamente quienes no podían llevar armas. Iraitz, Ahostar, Hobeko, launso y Otsando estaban también movilizados. Así llegó el 26 de julio. A primeras horas se corrió la voz de que los pamploneses y leoneses habían decidido atacar cerca de Muez, en una parte que llamaban Valdejunquera en razón de los muchos juncos que había.

Le gente esperó tensa hasta el anochecer, sin conocer el resultado del combate. Al día siguiente empezaron a verse soldados musulmanes haciendo estragos por las zonas cercanas. Muy mal habrían quedado los de casa. Y lo mismo sucedió durante cuatro días, desde el 27 al 30 de aquel mismo mes de julio. Quemaron cosechas, tomaron caballos, entraron en las casas haciendo un pillaje general. Se supo también que habían degollado a un gran número de prisioneros. Por fin, el día 31 se retiraron hacia Viguera. A su paso continuaron destruyendo mieses y plantíos y se llevaron el grano ya trillado.

Las mujeres iban de un lugar a otro buscando noticias y preguntando por los suyos. Zuria se adelantó con su hija Cara, camino del Deierri. Y tras esperar, subirse a los altos y regresar al camino, vieron por fin una reata de caballos aproximándose. Regresaban todos aunque solamente Hobeko y Otsando con vida. Los cadáveres de Iraitz, de Ahostar y de launso, que había cumplido veinte años, venían doblados sobre los caballos.

La nueva invasión de Abd al-Rahman

El rey Sancho I Garcés no cambió de planes por aquella derrota. Fue consolidando la unión de las tierras que habían pertenecido a la gente vascona. Mantuvo la relación de vasallaje del conde García II Sánchez, *el Corvo*, señor de las zonas transpirenaicas y en el 921 unió el condado de Aragón al reino de Pamplona, aprovechando la amistad del conde Aznar II, a quien le unían lengua, costumbres y pactos anteriores.